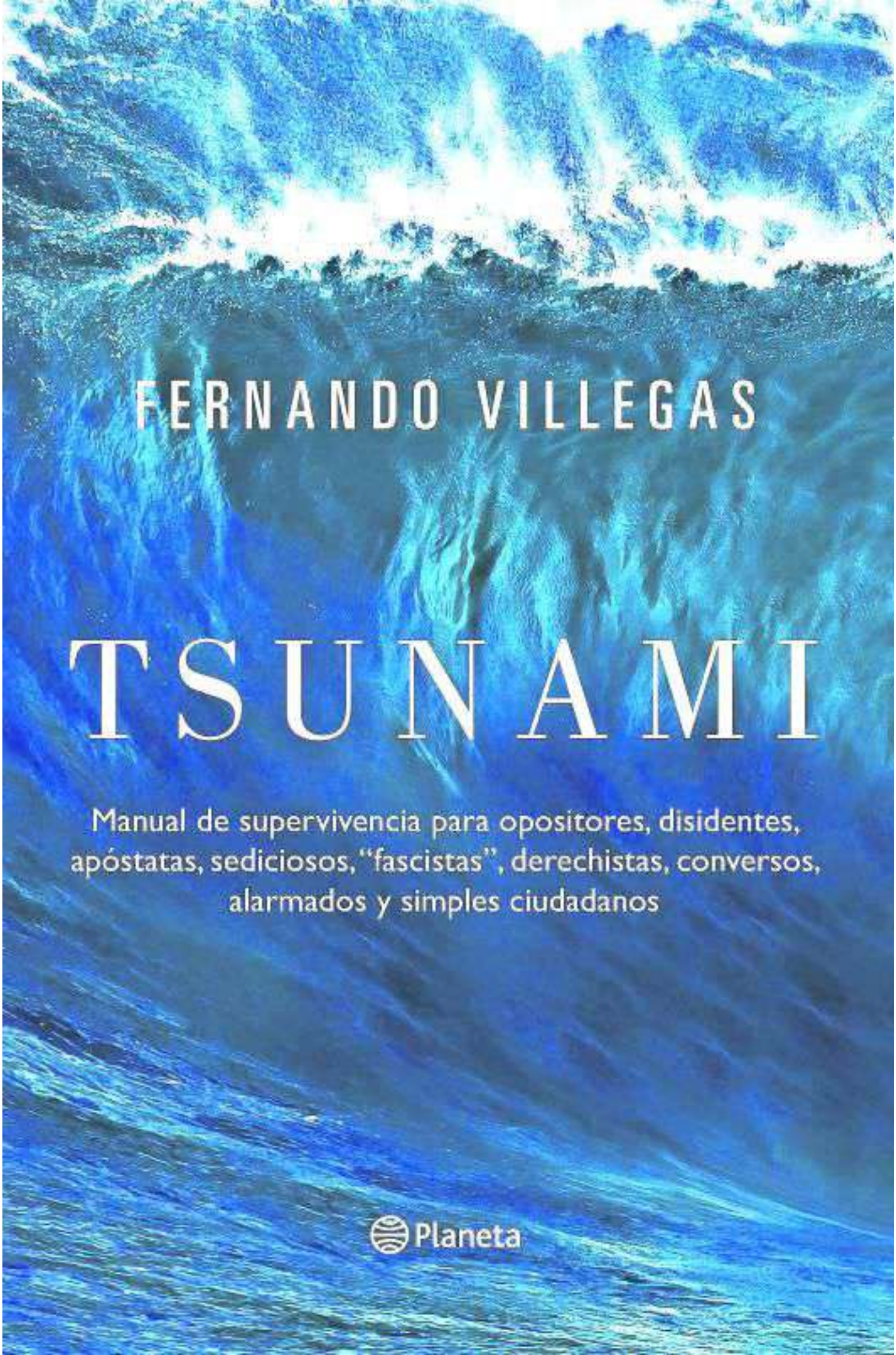
FERNANDO VILLEGAS
TSUNAMI
Manual de supervivencia para opositores, disidentes, apóstatas, sediciosos, "fascistas", derechistas, conversos, alarmados y simples ciudadanos
Planeta

TSUNAMI

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2016, Fernando Villegas

Derechos exclusivos de edición
© 2016, Editorial Planeta Chilena S.A.
Av. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: diciembre de 2016

Inscripción N° 267.368
ISBN 978-956-360-111-1

Impreso en: Salesianos Impresores Ltda.

FERNANDO VILLEGAS

TSUNAMI

Manual de supervivencia para opositores, disidentes, apóstatas, sediciosos, "fascistas", derechistas, conversos, alarmados y simples ciudadanos

Planeta

ÍNDICE

CARTA DE INTENCIONES **11**

INTOLERANCIA **19**
Esa vieja acusación que nunca cesa, *hit* inevitable en labios de los progres: "Fascista" 20
De lenguajes y semánticas repletas de intolerancia y a veces de odio 24
Un gran surtido de intolerantes para todos los gustos 26
El alma intolerante de los creyentes y en especial de los beatos 31
Abundantes como una plaga 33
Origen de los beatos 35
Y, a propósito de INTOLERANCIA, entra a escena Osvaldo Andrade 37
Un curioso acompañante de la beatería: la rutina 39
De acomodaticios y de apóstatas 40
Un ejemplo sublime: don José Miguel Insulza 41
Los escasos apóstatas 44

VIOLENCIA **49**
Del Estado mapuche que pretende la CAM, la mucha violencia ya desatada y la por venir 50
Exijo una explicación y recibo varias 53
Lo que nos dicen algunos grafitis: "cuarenta años juntando odio" 55
Violencia corriente 58
Las turbas juveniles de un verano muy caliente 61

INCOMODIDAD **63**
Un Chile jamás imaginado 64
Un filósofo para recordar: Heráclito y su río 67
Aparece el malo de la película: la desigualdad 71
La INCOMODIDAD tal como es vivida por los nenes 73
Pero los adultos también terminan por incomodarse 77
¿A qué aspiran los que ya respiran? 80
Hay bastante gente razonable hastiada de los trajines y tumultos revolucionarios, pero 82
A propósito de los enojados y el socialismo bolivariano, entra en acción el senador Alejandro Navarro 86
La desigualdad es terrible no cuando es injusta, sino cuando es justa 88
Y en esto operan, además, terribles lógicas 91

Y ahora veamos la desigualdad tal como se vive en Chile 93
Uno de los furiosos: el chofer de retroexcavadora Jaime Quintana 95
Pero el pueblo llano, además de estar furioso con el modelo, ahora también 98
Uno que tampoco hizo nada: Nicolás Eyzaguirre 99
Y, como les decía, nadie hará nada 102

INCOMPETENCIA 103
El hombre de derecha se atreve, pisotea y arriesga, mientras el de izquierda elabora sus rencores en imágenes de revuelta y venganzas estériles 104
Una simple pregunta para el respetable público lector 108
A propósito de rentar siempre de lo mismo, se incorpora al baile la bella Camila Vallejo 110
La izquierda, vocera y representante putativa de los que tienen menos, tienen poco o no tienen nada 112
La fauna de siempre: idealistas, clientes, apitutados 115
Y en cuanto a los clientes 117
Y esa eterna casta: los apitutados 121

IMPUNIDAD 125
Apriétense el cinturón, llegaron las invasiones bárbaras 126
Ese océano de lava apenas oculto y contenido por una cutícula de leyes y costumbres 131
Y he aquí los rabiosos del ritmo 136
Los justicieros que andan arriscando la nariz y son tan serios 138
Algunos nombres de célebres justicieros posando de tales 141
Otros enrabiados dignos de tomarse en cuenta, muy numerosos y de gran memoria 142
El horror de los discursos políticamente hegemónicos y el de los políticamente correctos 144
El rey, Buda, zar y papa de los políticamente correctos: Jorge Teillier 147
Los corruptos que hoy hacen nata son otra faceta de la impunidad 148
A propósito de lo cual, tengo el agrado de presentarles a Guido Girardi .. 150

DERRUMBE 153
La derecha, como siempre, teme a los "comunachos" 154
La propiedad es y siempre será el Santo Grial de la derecha, pero también de casi todos los demás 157
La Santa Madre Iglesia y los curas de la puta madre 159
Llega Ossandón, "tribuno de la plebe" y orador de cajón azucarero. 162
De "mantequillosos" a transpirados 163
Andrés Allamand, el Churchill criollo a la espera de un día que nunca llega 164
El derrumbe de los coroneles, de la UDI y otros desplomes dignos de nota 166
Piñera, otrora el "chico listo", pero hoy menos alentado, más golpeado e igual de no querido 168

IMPACIENCIA 175
Los eternos pretendientes a asaltar el Cielo 176
Log N = Log A + mLogx 178
El candidato de los impacientes ya saben quién es: Marco Enríquez-Ominami, el "MEO" 180
Y finalmente, cerrando el espectáculo, os presento a la excelentísima presidenta de la República, Michelle Bachelet 182

EL TSUNAMI 187

CARTA DE INTENCIONES

Usted puede llamarla como quiera, esconder la cabeza como quiera, engañarse a sí mismo como quiera o tratar de engañar al prójimo como quiera, pero lo que hoy vive Chile es una revolución. Revolución, esto es, un cambio o intento de cambio masivo del aparato institucional por obra y gracia de un grupo político e ideológico más o menos organizado y apoyado por y en una masa ciudadana más o menos importante, todo eso acompañado de un desalojo sustantivo de las élites tradicionales (sus posiciones de poder y hegemonía cultural) para ser reemplazadas por otras nuevas. Tal es la esencia del asunto, no la presencia o ausencia de "efectos especiales" asociados visualmente a esa palabra como resultado del cine y la iconografía que acompaña las revoluciones. Ninguna ofrece todos los días tomas de la Bastilla, asaltos al palacio de invierno, asonadas callejeras y turbas con antorchas prendiendo fuego al mobiliario del antiguo régimen. Salvo durante lapsos pequeños, el 99% de la vida —aun en medio de la revolución más intensa— parece "cosa de todos los días". Se va al café, se abre el comercio, funcionan los organismos públicos, se pasea en las avenidas, se come, se fornica, se duerme, se lee y escribe como siempre.

Épocas como estas y aun si se prefiere otro nombre para definirlas —período de reformas, transformaciones profundas, proceso de independencia, liberación nacional, "ponerse al día

con los países de la OCDE", etc.— acontecen periódicamente en todas las sociedades. Se desatan cuando los equilibrios que han predominado por un tiempo a veces bastante largo se debilitan y finalmente se desploman cediendo lugar a un período de conflictos, descontento e incluso, como dijimos, de revoluciones. El tiempo previo, aquel donde predominaron los acomodos, la paz y hasta el desarrollo, los chilenos lo vivimos principalmente en los años noventa y comenzó a resquebrajarse a principios del actual siglo. El primer arribo de Bachelet a La Moneda, candidatura nacida del espanto de la Concertación ante una muy probable derrota —lo que llevó incluso a los cuadros machista-leninistas de esa coalición a tomar una medida tan obviamente desesperada como escogerla de candidata—, marca la frontera entre ambos períodos. En medio de ellos, para hacerlo todo aún más confuso y difuso, se produjo ese curioso paréntesis histórico: la administración de Piñera. Fue un paréntesis a medias, porque ya durante ese gobierno la estantería comenzó a venirse abajo con el famoso y sacralizado "movimiento estudiantil", fenómeno que no lo inició, pero lo aceleró todo.

La época de conflicto social bastante agudo ahora vigente y que este autor considera "revolucionaria" se manifiesta como sucesos radicales ocurriendo esporádicamente en medio de la normalidad de todos los días, como nuevas tendencias y modos de comportamiento que aparecen y se afirman poco a poco a medida que echan a un lado las modalidades anteriores, como la llegada al escenario de la fama y el poder de nuevos tipos de personalidades, como un creciente pulular de ideas y sentimientos extremos, predominio creciente de la violencia, iniciativas políticas inéditas y envolviéndolo todo un clima de cierta confusión e inseguridad cada vez más opresivo. A todo eso se suma un incatalogable surtido de accidentes históricos e imprevistos. Como resultado el conjunto es tan abrumador que

bien pudiéramos decir y hacer como dijo e hizo Lytton Strachey en *Eminent Victorians*.

En la primera línea del prefacio Strachey aseveró lo siguiente: "La historia de la era victoriana nunca será escrita: sabemos demasiado". Y luego agregó: "(...) tanta es la información acumulada que aun la perspicacia de Gibbon vacilaría ante ella". Y afirmado eso anunció que seguiría una estrategia más sutil: describir en profundidad algunos personajes célebres y representativos de dicho período para así indirectamente ilustrarlo. Una vez resuelto eso desarrolló su obra a base de retratos del cardenal Manning, Florence Nightingale, el doctor Arnold y el general Gordon.

Casi con seguridad, de esos cuatro personajes a usted solo le sonará la Nightingale. Tiene la vaga noción de que "inventó" la Cruz Roja, pero no sabe cuándo, cómo ni dónde. O la no menos vaga idea de que fue una abnegada enfermera en alguna guerra, pero tampoco sabe en cuál. De los demás casi de seguro no sabe nada. Eso por sí solo prueba que la eficacia del método de Strachey se limitó a los lectores de su época, para quienes esos nombres tenían vívida resonancia. Para nosotros, incluyendo en el "nosotros" al lector inglés del presente, eso no sucede. De ahí que el libro haya pasado de la categoría de historia mediante la biografía a la de obra literaria por medio de la historia.

Escribo este prefacio —que debiera llamarse epílogo— después de haber ya escrito el libro, de modo que sé bien qué hice y ciertamente no hice como Strachey. Pese a lo dificultosa de la tarea traté de pintar un cuadro general, si bien aquí y allá también examiné las características de algunos personajes representativos de nuestro período. Y como lo "general" abarcaba una inmensidad de información que abrumaría no solo a Strachey sino también a Google, me limité a una muestra encajonada dentro de siete dimensiones siempre presentes en toda sociedad viviendo "tiempos de angustia". Estas son la

INTOLERANCIA, la VIOLENCIA, la INCOMODIDAD, la IMPUNIDAD, la INCOMPETENCIA, el DERRUMBE y la IMPACIENCIA. No son las únicas, pero era preciso poner límites a esa inmensidad. Cada una se refracta en numerosos avatares que a primera vista parecen aislados y hasta meramente anecdóticos. Suele ocurrir que en las primeras etapas de un período de turbulencias los síntomas iniciales —los "prodromos", como los llamaba el gran historiador y analista Crane Brinton— se manifiesten como eso que los políticos definen, en una suerte de exorcismo para barrerlos debajo de la alfombra, como "hechos puntuales". Puntuales son al comienzo por su escaso número, pero pronto aumentan y sus relaciones mutuas, a veces casi escondidas y/o muy complejas, al fin ya siendo más abundantes pueden desentrañarse y examinarse.

Examinar todo eso fue nuestro propósito. Escudriñamos hasta donde pudimos esas dimensiones, cómo se aglutinan, agrupan y desenvuelven en una sola y enorme ola de perturbación en gran escala. De ahí el título: *Tsunami*.

Esas dimensiones tal vez podrían haberse agrupado como partes de una superdimensión, la del INFANTILISMO o TONTERÍA, porque el mínimo común denominador de aquellas es un notorio deterioro de las capacidades analíticas, la caída en picada de la razón y el inversamente proporcional y desmesurado crecimiento de las emociones, los alardes, las furias, la violencia, el fanatismo, el sectarismo y las torpezas en escala mayúscula. Tal vez por eso y durante un tiempo estuve tentado de titular este libro tomando prestada una expresión del escritor y articulista Jenaro Prieto (1889-1946), muy destacado en su época y muy olvidado en la nuestra. Fue el autor de la novela *El socio*, clásico de la literatura nacional e inspiración de varias películas, incluyendo una francesa. Prieto solía referirse a Chile como "Tontilandia" y no sería porque nos considerara un pueblo muy avispado. Con obsesión entre angustiada y rabiosa, a menudo la sombría compañera de una mente capaz

de penetrar la sinrazón de tantas conductas humanas, Prieto hurgó en muchas de nuestras costumbres y reveló su tontería opaca y sórdida, como lo es toda tontería. De tanto excavar ese filón terminó por no ver nada más y bautizó a Chile de ese modo.

Finalmente no tomé prestado "Tontilandia", pero escribí este libro con ánimo parecido al que seguramente embargaba a Prieto cuando redactaba sus columnas en *El Diario Ilustrado*. Hay diferencias: si él escribía desde el territorio del desprecio, yo lo hice desde la vereda de la frustración y el descontento; si a él lo provocaron las imbecilidades de una sociedad pacata, en extremo conservadora, estrecha de mente y provinciana, a mí, situado en otro período histórico, lo que me provocó es el feo rostro de una sociedad de masas que se ha desbocado y en cuyo lomo, para peor, cabalga una caterva de jinetes veinteañeros, sesenteros y sesentones que la huasquean para que se desboque aún mas.

Siguiendo con los antecedentes bibliográficos, no sé cuál pudo ser el ánimo de Guillermo Blanco y Carlos Ruiz-Tagle cuando bajo el seudónimo de "Sillie Utternut" (tonta de remate) publicaron, en 1962, una especie de novela llamada *Revolución en Chile* que pinta las peripecias de una periodista yanqui muy imbécil, pero olfateando los signos o señales de que Chile iba derecho a una revolución. Lo que los autores olían era lo que vendría a ser la reforma en libertad de 1964 con Eduardo Frei Montalva a la cabeza, lo que en algunos sentidos es como lo que vivimos hoy, pero en tono menor, con un país más chico y más pobre, aunque igual de leso y quizás hasta menos.

Ese libro de 1962 así como los artículos de Prieto de los años treinta y cuarenta demuestran que Chile hace ya mucho tiempo que tiene bastante de "Tontilandia" o de "Sillie". Lo que cambia de una generación a otra es la encarnación con que se manifiesta. La de los últimos años le cacarea al mundo una presunta "modernidad en el umbral del desarrollo" sin darse

cuenta de que su versión de "desarrollo" es de pacotilla, sin nada que ofrecerle a la humanidad salvo el espectáculo de un país que ha agregado media docena de ítems a su lista de exportaciones de materias primas y se place en un gregario, pasivo y necio consumir lo que otros han inventado, diseñado, desarrollado y producido. Y así sucede que pese a los muchos cambios ocurridos desde el gobierno fundacional de Aylwin hasta el segundo de Bachelet, gran parte de nuestra fisonomía sigue siendo en lo esencial tal como la describió Encina en 1910[1]; el progreso desde esa fecha hasta el presente consiste en que de hacendados y labriegos de la Edad Media nos convertimos en una horda de zombis bebiendo su alimento espiritual desde un *tablet* o un iPhone, amén de sacar pecho y blandir un puño con aire de "aquí te las traigo, Peter" porque nos dicen que estamos empoderados. A esa condición que arrastramos desde hace tanto tiempo se agregan ahora los efectos del actual régimen, el que, según dijo Ricardo Lagos en diciembre del 2015, "ha perdido el rumbo". Temo diferir del ilustre estadista; no es que Chile o más bien su actual gobierno haya perdido el rumbo, sino que se precipita ganosa, voluntariosa y decididamente a lo largo de un funesto sendero de su elección y que muy probablemente terminará en un pantano o en un abismo. Tanto es así que el proceso de "trasformaciones profundas" solo se ha materializado en alardes de profunda incompetencia. Al Chile que en tantas cosas sigue siendo el mismo se agrega ahora un Chile oficial convertido en Caja de Compensación de Pitutos a disposición de los amigos y en especial amigas de quien encabezó, hace unos años, el Centro de Madres del Planeta, la ONU de las señoras.

Escribí marcando las tintas para dejar absolutamente claro lo que sostengo. El eufemismo nunca ha sido lo mío y por eso muchos dirán no solo que exagero, sino además distorsiono.

1 Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica* (1911).

No lo creo: solo he enfatizado para marcar bien la diferencia entre el país que ahora se construye —o destruye— y el que todos querríamos, a saber, uno creciendo de VERDAD, con una población más educada, refinada, disciplinada, trabajadora y creadora y sin grupos, corporaciones, fracciones, colectividades, partidos, gremios, sindicatos, sensibilidades, alianzas o conciliábulos que impongan su voluntad y sus intereses, para no decir nada de sus latrocinios. Vemos, al contrario, a Chile arruinándose o al menos acabándose la esperanza de que iba a dejar de ser una ruina, como lo son por *default* todos los países del Tercer Mundo. Vemos cómo se están desandando los pasos que costó tanto tomar durante lo que ahora nos parece y aparece como una Edad Dorada, la de la Concertación, para en cambio ir regresando cada vez más rápido al pasado gracias a la gestión de quienes creen llevarnos al futuro. Vemos como poco a poco retornamos al país abrumado por la inflación, los paros interminables, una política panfletera y vociferante, un creciente ánimo conflictivo y un decreciente progreso económico en comparación con el ritmo de los últimos veinte años.

He escrito sobre una realidad que día a día se le presenta a toda laya de chilenos. Es un cuadro de torpezas y planes mal pensados y peor ejecutados. Dicho panorama se despliega no solo ante mí, la oposición y el chileno que no sabe dónde situarse pero está inquieto, sino también ante los propios partidarios del régimen. La única diferencia es que estos últimos nunca lo reconocerán o solo lo hacen en "la privada", ya con unos tragos en el cuerpo, cuando llega el momento de los lagrimones y las confesiones. Y más y más de ellos están desertando.

Nos sentimos todos, todos por igual, en un barco que amenaza hundirse mientras desde el puente de mando el capitán y su oficialidad, ni muy brillantes ni muy eficientes, nos hacen discursos sobre la importancia del agua para la navegación. De lo que no dicen nada es de crecimiento, productividad, gestión, oportunidades, innovación, rigor, trabajo duro, disciplina,

deberes, orden y de sacarse la cresta en vez de estirar la poruña. En el radar de las izquierdas esas son cosas demasiado domésticas y siempre viene primero la tarea grandiosa de consolidar las "trasformaciones profundas". Por eso los camaradas no van a resolver nada antes de que "se haya resuelto el problema del poder", esto es, cómo seguir sentados frente a la bien provista mesa del erario fiscal, cómo perpetuarse disfrutando asesorías, apetecibles "dietas" o anclados en amistosas instituciones internacionales que operan como casas de reposo para progresistas en apuros.

Para entender dicho fenomenal desbarajuste madurado a partir de pecados viejos y exaltado a base de soberbias y torpezas nuevas es que escribimos este libro. Intentamos averiguar qué mecanismos psicológicos se dispararon en la mente de millones de jóvenes y adultos comunes y corrientes y cómo fue que semillas plantadas hace dos y hasta tres décadas finalmente maduraron y dieron sus frutos ponzoñosos. Examinamos la acción o inacción de grupos, movimientos e individuos particulares y/o de desarrollos en gran escala desenvolviéndose bajo la superficie, ocultamente, como el movimiento de placas tectónicas que precede y prepara un terremoto.

Finalmente aclaro: no hubo ninguna ambición de exponer alguna suerte de "teoría histórica". No estamos para esos trotes de pata pesada. En más de un sentido este libro es como *El Chile que no queremos*, escrito y publicado hace bastantes años y que tuvo muy buena acogida como representación del Chile que empezaba a tomar forma y resultaba, ya entonces, un poquito repulsivo. Esa forma ya murió y se está descomponiendo porque lo que vemos hoy es algo bastante diferente aunque haya nacido de aquella, peor o mejor según como ustedes quieran evaluarlo, pero diferente. Es la revolución...

INTOLERANCIA

...todo comienza con la palabra, con alguna clase de "Fiat lux". Lo hacen las creaciones cósmicas y humildes libros por igual. Por eso inicié el lanzamiento de esta misión sumergiéndome en una masa documental que en este caso sumó mis cuadernos de notas desde el año 2010 en adelante. Mi desorden administrativo es colosal, por lo que debí hurgar en cajones poco visitados pues están ubicados en kardex metálicos que rara vez consulto porque se encuentran en la bodega, a la cual casi nunca desciendo. Vadeando en medio de montañas de contratos obsoletos, pólizas de vida vencidas, cuentas pagadas hace medio siglo, facturas inútiles y toda la enorme estela de papelería que va dejando la vida de todos nosotros, finalmente hallé esos cuadernos. En ellos suelo anotar ideas que pretendo usar no sé dónde, cómo ni cuándo, informaciones varias, números de teléfonos, libros por leer, listas de lavandería, etc. Una vez repletos prefiero conservarlos en alguna parte porque nunca se sabe, pero normalmente lo que no sé es dónde los puse. Fue en uno fechado el año 2014 donde me encontré con las impresiones registradas luego de que una mañana, al salir de casa en compañía de mi esposa y no habiendo dado dos pasos desde la puerta del antejardín hacia la calle, un tipo que pasaba en una camioneta me gritó "¡FASCISTA!". ¡Ah, las palabras! Ya dije que todo empieza con palabras. "In principio erat Verbum" es la primera sentencia con que se inicia el Antiguo

Testamento. De la palabra de Dios surgió la creación y de la palabra del Hombre surge a menudo la destrucción. La palabra a veces prepara el ataque físico con descalificaciones, insultos, la reducción del Otro a un objeto despreciable al que es legítimo destruir. Y por eso "fascista" es una palabra muy adecuada para iniciar el examen de esta dimensión: la INTOLERANCIA...

Esa vieja acusación que nunca cesa, hit inevitable en labios de los progres: "Fascista"

—¡FASCISTA!

A quien me lo gritó alcancé a verle el rostro solo un par de segundos. Enmarcado por la ventanilla de su vehículo, una camioneta de reparto, era el retrato mismo del flaite en estado puro, picante en cuerpo y alma desde la cuna a la sepultura. Viéndolo, recordé instantáneamente lo que dice un personaje de Anatole France, a saber, que la humanidad está conformada por una enorme mayoría de "seres física y espiritualmente imperfectos". Este ejemplo de humanidad iba mucho más allá de la mera imperfección; se trataba de un flaite grasoso y obeso con la expresión de quien ha estado cocinando a fuego lento su inquina contra alguien y de súbito se lo encuentra y tiene la oportunidad de descargar su furor y darse un tremendo gusto. Se dio ese gusto y se dio a la fuga. Lo digo porque no es el único que me ha gritado lo mismo desde un vehículo en movimiento. Gritan y se van. No he tenido aún el placer de que alguien se detenga, se baje, se acerque y tenga la decencia y hombría de decírmelo a la cara.

Esas erupciones de odio tienen algo de pegajoso y como mínimo uno se molesta. Molesto entonces, viendo palidecer a mi mujer, viéndonos a ambos insultados en la puerta misma de nuestra casa, pensé que ese tipo no solo y seguramente no sabía nada del origen del término, su historia y su significado, sino además lo más probable era, me dije, que "este ignorante ni siquiera sepa si su señora está en este momento preparando los tallarines del almuerzo o culeando con el cartero". Ya ven que el enojo nos descarrila un poco, pero no lo digo por mi comentario sobre el cartero, sino porque aun en ese primer instante debí sopesar un hecho muy simple que más tarde consideré y anoté en el cuaderno o bitácora de mi vida, esto es, que el término "fascista" no es usado para describir la presunta afiliación política del prójimo a quien así mentan, sino que se usa como arma arrojadiza, objeto contundente del que solo sabemos que sirve para lesionar, algo así como arrojar una piedra sin saber si se trata de un fragmento de roca volcánica, sedimentaria, metamórfica o ígnea. Es como, cuando niños, los ancianos de hoy nos acusábamos de "maricón" sin tener idea de a qué podía referirse eso.

La existencia de ciudadanos que ven fascistas por todas partes puede parecer solo anecdótica, pero es un signo de los tiempos, de los malos tiempos, de la INTOLERANCIA. Los tiempos intolerantes son siempre malos tiempos. Son los lapsos cuando el hervor ideológico, político o religioso estrecha o elimina del todo esos márgenes de aguante del prójimo que llamamos tolerancia. Tolerancia se refiere, en ingeniería, a cuánto una estructura o componente es capaz de resistir cuando sufre esfuerzos o tensiones extraordinarias. En las relaciones humanas es parecido; tolerancia no es igual a la indiferencia, sino a la capacidad para resistir, asimilar y digerir lo que NO nos gusta y nos afecta. Es, por tanto, componente esencial del orden social, la paz y la civilización. Lo es porque la quisquillosidad del alma humana ante lo que se opone a sus designios, ideas, gustos y sensibilidades es realmente exquisita. Por lo tanto, la convivencia es muy dificultosa —aun con quienes son más cercanos— si no somos capaces de tolerar los contratiempos, contradicciones y antagonismos que brotan de la conducta ajena.

Si no nos toleramos, literalmente regresamos al imperio de la ley de la selva.

Los tiempos de la intolerancia se caracterizan, precisamente, por la subida desde el légamo —desde donde proviene— hasta la superficie de la vida social y sus circuitos comunicacionales de un vasto vocabulario de insultos, odiosidades y descalificaciones. En principio son palabreadas solo por los subdotados, los frustrados y enrabiados, pero muy pronto todo el mundo se sube al mismo carro. Esto, la difusión acelerada del enrabiamiento, es también un signo de los tiempos.

Dicho sea de paso y para ilustración de la ciudadanía, alguna vez la expresión "fascista" solo significaba que un fulano era miembro o simpatizante de un movimiento político creado en Italia por Benito Mussolini en los años veinte. Era una doctrina que rechazaba el concepto de la lucha de clases del marxismo y proponía, al contrario, la cooperación de ellas en procura de vigorizar la presencia de la nación, entendida como el sujeto común que importa a todos. De ahí la palabra fascismo, derivada de "fasces", el atado de palitos que portaban los "lictores" que acompañaban a las autoridades de la República romana cuando estas se trasladaban de un sitio a otro. Usted puede fácilmente romper un palito, pero no todos juntos, esa era la idea. Esa noción era y es absolutamente inaceptable para el marxismo, que predica exactamente lo opuesto: no hay nación que importe, sino clases solidarias aun a través de las arbitrarias fronteras creadas por los explotadores. Interesa el proletariado internacional o la clase trabajadora en general, no los Estados y naciones.

El fascismo se desprestigió rápidamente porque su inventor, Mussolini, hizo de dicha "unidad nacional" una charada de uniformes, marchas, matonaje político y bravatas desplegadas en medio de un aire de Imperio romano trasnochado y ridículo. Adicionalmente ató su suerte a la del régimen de Hitler. ¿Pudo haber habido fascismo sin seudoestandartes del Imperio romano y sin el intento de conquistar el norte de África? ¿Pudo existir un fascismo sin Mussolini, sin "fascistas"?

La mayoría o acaso todos los tratadistas afirman que no; la farsa operática y guerrera y el fascismo, nos dicen, irán siempre necesariamente juntos. Un fascismo aburguesado, tranquilo, mocuo y pacífico dirigido por un sexagenario quitado de bulla es inconcebible. El fascismo no puede subsistir en estado de reposo. En reposo, ¿qué hace con las turbas que ha movilizado? Acabados los enemigos internos a los que se ha sometido y a veces masacrado, ¿qué hacer con esa fuerza inquieta, embravecida, envalentonada? No hay otra alternativa: dirigirla hacia afuera. El fascismo, entonces, requiere para legitimarse de una sucesión de éxitos internacionales y alguna clase de épica, por artificial que sea. No hay otro modo de mantener en orden y a disposición del líder a la parvada de gente, especialmente a la joven, a la que se ha movilizado.

Por todo eso, cuando hoy se habla de fascismo se hace mención inconscientemente al paquete completo; se suman los uniformados agresivos y los cabeza de músculo, los crímenes, las guerras, la barbarie, la asfixia ideológica, el chovinismo y la persecución y matanza de judíos y comunistas. Más aun, se agregó a ese paquete ya maloliente el anatema del PC de la URSS, el cual instaló la idea de que la sola palabra fascismo denomina todo lo que hay de perverso en el mundo capitalista.

Y así fue como por pasos sucesivos la palabra "fascismo", convertida ya en insulto, llegó al hocico del flaite de la camioneta y de tantos otros que se gozan pronunciándola. De hecho, es hoy epíteto peyorativo de amplio espectro usado contra quienquiera que no entre en sintonía con el ideario, agenda y programa de la izquierda; es en verdad el insulto favorito que perpetra esta última. Ya no solo se tilda de fascistas a los fascistas, sino que se acusa de fascistas a los simples derechistas, a los opositores, al crítico que no se traga ruedas de carreta, a los que no manifiestan actitudes de comprensión frente a los

delincuentes, a quienes rechazan y/o se burlan de combatientes y comandantes, a quienes son poco amigos del Estado y sus burocracias, a los que quisieran una actitud enérgica en política exterior y así sucesivamente.

De lenguajes y semánticas repletas de intolerancia y a veces de odio

Las épocas en las que reina la INTOLERANCIA son también aquellas cuando imperan las semánticas del odio y océanos de credulidad. Intolerancia, Odio y Creencia son tres hermanas que siempre andan juntas pues creer es un acto de fe sin evidencia ni empírica ni lógica, un salto al vacío que compromete la emocionalidad del que brinca, pues si no, ¿por qué lo acometería? Quien niega la validez de dicho salto está negando la validez de quien lo saltó. ¿Y cómo tolerar a quien niega lo que hacemos y por tanto nos niega a nosotros? ¿Cómo no odiarlo? Por eso no hay sistema de creencias sin un vocabulario y una gramática dividiendo el mundo entre el Bien y el Mal, entre lo Bueno de aquello en lo que creemos y el Mal de los negadores. Ni una sola creencia deja de manifestar gran intolerancia y fuerte carga de emocionalidad contra el negador. Genera una división entre incrédulos y los fieles, pero no una separación neutral sino áspera, mortal.

De ahí el reiterado hecho que la historia nos refriega a cada paso de cómo las semánticas del odio o siquiera la descalificación forman parte esencial de toda teología o ideología que jamás haya existido. Son adjetivaciones descalificadoras con serias consecuencias. En la Edad Media, mil por ciento cristiana, una mujer calificada de "bruja" tenía sus días contados; un fulano que durante los dorados años del camarada Stalin fuera tildado de "contrarrevolucionario" era hombre muerto; ser "apóstata", "herético", "infiel", "reaccionario", "fascista", "pequeño-burgués", etc., han sido y/o son acusaciones graves. Ya se sabe: primero viene la descalificación, luego viene el golpe y, a veces, la ejecución. La descalificación marca a alguien como blanco legítimo de la furia de los creyentes y la venganza del Estado.

Estos términos, una vez nacidos, suelen usarse por décadas, a veces por siglos. Es lo que pasa con nuestro ya mencionado "fascista". En los sesenta, en Latinoamérica, fue reacuñado como término genérico, peyorativo y acusatorio para describir a los mal nacidos que no apoyaban la Revolución cubana, al Che y a la upé; en años recientes la expresión ha reaparecido tanto en su forma original como en su abreviatura popular, "facho". Los creyentes califican de fachos a quienquiera considere malo al actual gobierno, de fachos rematados a quienes no caigan de hinojos ante el estudiantado chileno y sus presuntas épicas, de fascistas a los que demanden que se ponga fin al despelote en la Araucanía, de fachos despreciables quienes evalúan como eficiente el gobierno de Piñera, de facha a la entera derecha; en resumen, salvo los progresistas todos son fachos, fachos, fachos, fachos, fachos.

Esa manía persecutoria deriva del hecho de que las izquierdas en todas sus variedades han recuperado enteramente su alicaída Fe y se sienten portadoras de la Verdad eterna, amén de haberse literalmente adueñado de todos los espacios, de la calle y las redes sociales, del Congreso y La Moneda. Por lo tanto el facho es, en su esencia, una monstruosidad metafísica, un "extranjero" a la Camus, un afuerino, un leproso, alguien que se ha quedado al margen de todo lo decente y aceptable que hay en el universo. Pero si eso no bastara, si las palabras descalificadoras no fueran suficientes, si parece poca cosa solo insultar y motejar, entonces se funa. La funa se ha ido convirtiendo en "instrumento de lucha" popular, uno muy exquisito, al alcance de todos los bolsillos, más directo, más excitante e igualmente impune. Es también un ejercicio de palabras e insultos, pero

son espetados a quemarropa por un coro de diez, veinte o más sujetos reunidos para hacer tal cosa contra una o dos personas. De vez en cuando los funadores agreden a su víctima, aunque es raro. Por ahora, al menos, es raro.

Oigo los ecos resonantes de esas palabras, los ecos de la palabra fascista espetada con feroz inquina por más y más jóvenes alzando un puño furioso, con el ceño fruncido y a la pasada entonando cánticos en loas a Maduro, Chávez y el Che. No toleran nada, no perdonan nada, han venido al mundo a cobrar venganza de toda la historia humana, a hacer justicia, a no tolerar.

Un gran surtido de intolerantes para todos los gustos

Los intolerantes vienen en muchos sabores. La variedad y cantidad de gente intolerante generada por las actuales atmósferas mentales y emocionales del país es enorme, casi aterradora o al menos fastidiosa por su sofocante dimensión. Se los ve, se los oye y se los siente por doquier esparciendo el tóxico de su irritación y a veces hasta de su odio. Una lista completa podría llenar una de esas antiguas guías telefónicas que ya no se reparten. En algunos casos se trata de personas que actúan con intolerancia solo a ratos, pero no pocos especímenes son ladradores a tiempo completo, catálogos ambulantes de injurias, descalificaciones, amenazas e insultos.

Aunque parezca ridículo o una anécdota menor, en medio de esos vastos ejércitos de la rabia y la mala onda milita un buen número de ciclistas. Los menciono porque hoy constituyen una presencia bastante notoria en su calidad de nuevos protagonistas del paisaje urbano. No están en el centro del escenario político, pero por eso mismo sirven de ejemplo de hasta qué grado de minucia y detalle se esparcen las ondas emocionales vigentes en una época. Hablo NO de todos los que usan una bicicleta, sino de quienes usan ese vehículo no simplemente para movilizarse sino además para vociferar un *statement* a costa de peatones y automovilistas.

¿Quién lo hubiera dicho? En el por lo general odioso panorama citadino, los ciclistas solían ser las criaturas más rescatables de todas, gente inofensiva y a menudo víctimas de los demás, ya fueran niños haciendo zigzags con su peligroso juguete o gente humilde —la que hoy se menciona de manera políticamente más correcta como "de escasos recursos"— como lo era el típico jardinero con la máquina de cortar pasto sobresaliendo de la rejilla de su bicicleta, auténtico pabellón e insignia de su oficio. Todo eso ha cambiado del cielo a la tierra; los jardineros llegan en moto o furgoneta y los ciclistas pueden ser jóvenes o adultos de buen nivel económico enfundados en una costosa parafernalia de cascos, rodilleras, shorts y alambres de telecomunicaciones saliéndoles por las orejas. Es en entre estos verdaderos profesionales que hay quienes, al treparse a su máquina, sufren una trasformación. Es como si un mecanismo se disparara apenas ponen en contacto el culo con el sillín y los convirtiera en el acto en encarnaciones a pedal de la iracundia. Hablo —¡INSISTO!— no de la totalidad de los ciclistas, sino de una fracción importante de los que ahora pululan por las calles del país; hablo de ciclistas furiosos que se sienten empoderados para adueñarse de todos los espacios, que creen tener fuero para saltarse las luces del tránsito, convencidos de tener potestad para insultar a quienes no les cedan el paso, con derecho a arrollar ancianas en las veredas y además poseídos de la delirante pretensión de estar representando, en dos ruedas, la marcha del progreso de la humanidad.

¿Qué bicho les picó a estos ciudadanos que pedaleando furiosamente se nos cruzan por todas partes mascullando maldiciones, desdenes, quejas, reclamos? Disponen de kilómetros y kilómetros de ciclovías y de la buena voluntad de las autoridades, pero no están contentos. No circulan, como los ciclistas

holandeses, con olímpica calma y lentitud, en paz con el mundo, cuidadosos y respetuosos de las normas, los peatones y los demás usuarios del espacio público. Al contrario, ruedan más enojados que nunca. Estas hordas de ciclistas empoderados en mala han hecho de la bicicleta no un medio de transporte, sino una proclama, un instrumento revolucionario, un arma de destrucción si no masiva, al menos lesiva. Tal como muchos "encapuchados" no usan la capucha simplemente para protegerse del sol o la lluvia, sino para mostrarse como tales, para dar a entender tal vez la membresía implícita a las juventudes revolucionarias de la galaxia, así también hay demasiados ciclistas sintiendo que su pedaleo representa mucho más que la simple acción de trasladarse por el espacio y el tiempo. Supongo que algunos imaginan estar haciendo una proclama acerca del medio ambiente que ellos, los perlas, estarían protegiendo; supongo que pretenden proyectar un grado de desprecio hacia quienes usan automóviles y son, por tanto, miembros de una cultura obsoleta, depredadora del entorno, pequeño-burguesa y hasta criminal; supongo, entonces, que más o menos inconscientemente se sienten la vanguardia de una nueva civilización y, por lo mismo, miran al resto, a los instalados en un auto, como "reaccionarios".

A los ancianos —como yo— para quienes la bicicleta está asociada al universo infantil, a objeto de deseo y felicidad casi inalcanzable que tal vez pero rara vez se recibía en Navidad o para el cumpleaños feliz te deseamos a ti, dicha onda agresiva, estos tipos y tipas con aire iracundo galopando monstruosas cabalgaduras capaces de saltar cunetas y pasarnos por encima, en fin, esa combinación del energúmeno y su arma rodante nos parecen tan amenazantes como un camión maderero de veinte toneladas haciendo sonar una ensordecedora bocina tras nuestro diminuto *citycar*.

A esta lista de los intolerantes convencidos de sus derechos absolutos y/o de la validez absoluta de sus ideas absolutas

debe agregarse el político conflictivo y ladrador, especie hoy tan abundante que ya tiene características de plaga. Me refiero a personajes de inevitable ceño adusto apareciendo todos los días en el diario, el noticiero nocturno, las revistas, la radio, el foro televisivo, en todas partes. ¿Pretende no verlos más? ¡Váyase del país, mejor aun, del planeta! Es una especie entradora, intrusiva, avasalladora, estentórea y abundante en una escala industrial. Sus especímenes han sustituido casi del todo a los amables perpetradores de acuerdos de la era concertacionista. Este político conflictivo a quien no podemos despegárnoslo de los medios de comunicación puede estar repleto de virtudes privadas, en especial en los asados y con un par de rondas en el cuerpo, pero como personajes públicos son, perdonen la precisión médica, mucho más desagradables e insoportables que una almorrana de grueso calibre colgando del poto.

Me han dicho —un parlamentario de izquierda refiriéndose a uno de los suyos— que algunos de estos fulanos se comportan así porque creen necesario mostrar los dientes y ladrar lo más posible para ponerse en armonía con la tradición combativa de sus partidos. Imaginan que de ese modo no surge la sospecha entre la militancia simple y de piel muy sensible —porque no han sido beneficiados con pitutos, de modo que se siguen creyendo idealistas— que a la colectividad la compraron los poderes fácticos. Soquimich, ya se sabe, anda penando. Otros manejan ese estilo chirriante con el agregado o aderezo de un tono arrabalero, enfáticamente popular, como si cualquier fineza de modales y de intelecto fuera sospechosa, signo de ser, quien lo manifieste, un despreciable pequeño-burgués. A la mayor parte de estos políticos de arrabal no los conoce ni su madre y tampoco el electorado, porque nueve veces de diez este los votó solamente por el hecho de ir en una lista de su gusto y no habiendo mejores alternativas. Y votados por esa paupérrima razón al día siguiente de los comicios nadie los recuerda. Del seno de esa variedad anónima y misericordiosamente

silente, de la cual el Congreso está repleto, solo unas pocas figuras escapan a tan melancólico destino. Son quienes han sabido construirse una ruidosa imagen de político popular, incluso de revolucionarios. En subsidio de irse a la selva a dejarse barba y juntar piojos, cosa por lo general incómoda, se han encaramado a causas que obtienen eco entre los adolescentes. El chavismo, hoy madurismo, es una de esas causas.

Lo que convierte a los miembros de esta categoría en seres intolerantes es su agresividad y cerrazón mental. Se desviven recitando de memoria toda laya de discursos políticamente correctos y fanfarroneándose con una postura de rectitud digna de los doce apóstoles. Al mismo tiempo, sin embargo, quieren asumir el rol del politicastro callejero y para esos efectos les parece necesario que dicha rectitud acartonada vaya unida a un estilo contrario a la razón, al argumento, al buen gusto y hasta al simple sentido común. Agresivos y rudimentarios a jornada completa, dichos sujetos están entre los grandes contribuyentes al reinado del clima que vivimos.

Otra variedad de intolerantes está formada por los académicos que descubrieron en su debido momento cómo una oportuna pose de progresismo otorga *rating*, prestigio, posibles fondos de investigación, votos para ocupar rectorías y becas para años sabáticos. Oportunistas siempre han existido en los paraninfos, facultades y hasta en los laboratorios, pero los que aludo han descubierto que para conservar e incrementar sus ventajas han de ser más papistas que el Papa. En este caso el Papa son las hordas estudiantiles que los convierten en "intelectuales del progreso". De ahí en adelante, ya consagrados, profesan la Fe en su forma más absoluta. Es lo que los hace intolerantes en un estilo salivoso, especioso, pedante, magisterial y doctoral.

El ciudadano de a pie podría tal vez tolerarlos si se tratara de lumbreras, pero a la inmensa mayoría les pena una triste y pesarosa mediocridad. Por eso ha sido tan estéril la participación

de muchos de estos caballeros —y algunas damas— en los "debates" sobre la reforma educacional. En esos eventos han hecho primar el interés corporativo, la avidez por conseguir "aportes basales", preservar sus cargos y apoltronarse para siempre jamás en sus curules.

Quienes han aportado la mayor dosis de letrada intolerancia provienen del ámbito de las ciencias humanas, nicho ecológico *par excellence* de catedráticos y profesores progres. Las ciencias humanas dan para todo. Hay espacio para eminencias como Max Weber, Robert Merton, Malinowsky o Toynbee, pero también lo hay para perpetradores de lugares comunes, recitadores de lo convencionalmente aceptado y por eso mismo premiados con cargos y prebendas.

Dicho sea de paso, de la pluma de esa variedad zoológica del paraninfo es de donde surgió el ladrillazo retórico donde se examina la "problemática" de Chile y se ofrece una receta. Ahí reside el conjunto de ideas de las que han derivado las magníficas iniciativas legales e institucionales que, como es notorio, están acelerando el crecimiento del país y la alegría nacional. Es un opus construido a base de filosofemas y anatemas del marxismo antiguo y moderno, pedazos varios pegados con scotch y el aporte de un mamotreto evacuado por el PNUD hace unos diez años, o algo menos, una memez relativa a algo así como la felicidad nacional. Uno hubiera pensado que se trataba de un libro de autoayuda o uno de esos números especiales que sacan las revistas de señoras, pero no....

El alma intolerante de los creyentes y en especial de los beatos

La intolerancia encuentra su campo más fértil en el alma de los beatos, de quienes, hoy, en Chile, tenemos carretonadas. Son los **beatos de lo políticamente correcto**, los que usted oye en

los foros, los que salivan en los paneles repitiendo una y otra vez las mismas palabras, frases, párrafos, axiomas, prejuicios y clichés relativos siempre a lo mismo: a la justicia, a la equidad, a "igualar la cancha", a los derechos humanos, a los abusos, la inequidad, los bonos, el cuoteo de las mujeres, las sensibilidades alternativas, etc. Con beatos, entonces, no nos referimos a las ancianas que van dos veces al día a misa —si acaso hoy se encuentran iglesias que ofrezcan tantos servicios—, especie ya en extinción y que nunca le hizo daño a nadie, salvo fastidiar. Hablamos de quienquiera haga suyo del modo más cerrado, impenetrable e inmodificable posible el sistema de creencias y palabrerías ya señalado.

El beato y beata chileno de izquierda CREE con tanta devoción en lo que se mamó de cabro o cabra chica que nada ni nadie puede sacarlo(a) de su creencia o siquiera sembrarle una duda. Este beato político es "generalista"; no cree simple y firmemente en tal o cual asunto particular, como por ejemplo sería decir "creo en los extraterrestres", lo cual no es sino una apuesta basada en algunos indicios, sino que pone su fe en un sistema de amplio espectro determinando su entera visión del mundo, el modo como lo percibe y lo juzga y usa de guía para todos sus actos. Así como quien cree en Dios no cree simplemente en la posibilidad de que cierta hipótesis metafísica sea verdadera, sino que su creencia es visceral e inamovible, dotada de una fuerza de convicción que no necesita razones o pruebas —"creo porque es absurdo", decía un Padre de la Iglesia—, del mismo modo dogmático cree el beato de izquierda, del mismo modo repite las mismas oraciones y del mismo modo no se cansa de persignarse ante la fotografía del Che Guevara con su tradicional y romántica boina negra. De dicha convicción emerge una serie de posturas o anexos, especialmente una dosis importante y a veces abrumadora de hipocresía.

Abundantes como una plaga

Hay personas de ese talante beato en todo orden de cosas, lugares y épocas. Hay beatos dondequiera exista alguna doctrina oficial acerca de qué es necesario y conveniente creer. Y los beatos políticos se encuentran casi siempre en la izquierda por una razón muy sencilla: es en la izquierda donde los feligreses presumen estar siguiendo los dictámenes de una filosofía y hasta de una ciencia. No olviden que alguna vez se predicó con toda seriedad el evangelio del "socialismo científico". Las derechas, en cambio, no tienen nada parecido y deben limitarse a los dogmas de alguna religión. Las derechas tienen propiedad, estatus y cuentas corrientes que defender, pero no muchas ideas. La derecha es ideológicamente solo reactiva. Si se estudia a sus pensadores se nota en el acto que el contenido de sus análisis es menos propositivo que destructivo de los planteamientos de la izquierda. Con mayor o menos elaboración, una teoría propositiva de la derecha solo dice o puede decir que el orden social que defiende es un fenómeno natural. Y defenderse es su postura más frecuente porque buena parte del tiempo está bajo el ataque de doctrinas que pretenden deslegitimarla. Las derechas, por tanto, ni son teóricas ni suelen comprar teorías apenas. De todas desconfían casi por igual. La suya es la postura natural de quien es propietario. Su teoría, también natural, se limita a defender esa posesión. Una y otra vez las élites se ven bajo ataque y esta es siempre alguna variante del postulado de que toda forma de propiedad es, como dijo Proudhon, "un robo". Ante eso las derechas solo proponen dos o tres principios que tienen poca llegada con las mayorías. La masa quiere oír hablar de dádivas para compensar sus carencias y de venganzas para darse el gusto de apalear a los poseedores, no de "meritocracias". La izquierda, en cambio, sabe muy bien hablar de bonos, de nuevas leyes, de protección y promoción, de redistribuir, de aguinaldos, derechos, igualdad, cero selecciones,

cero exámenes, nada de exigencias y, sobre todo, quitarles lo más que se pueda a los ricos.

¿Ya olvidaron cuál ha sido el clima reinante este último par de años? ¿No ha sido instalada una universal, colosal sospecha ante todo lo que suene a empresa, negocios, lucro, ganancias, honorarios? Es una sospecha y un rencor siempre latente en las masas de todos los tiempos y las izquierdas en todas sus variedades. También en todos los tiempos —incluso cuando no se llaman "izquierda"— las han sabido utilizar muy bien. Saben que la mayoría desea un acto de magia para que al menos algunos bienes de este mundo lleguen a sus manos como maná caído del cielo. Tierra era lo que la plebe romana le exigía a los reformistas Tiberio y Cayo Graco; alimento y viviendas es lo que le piden a Maduro los pobladores venezolanos; educación gratuita le piden a la señora Bachelet los estudiantes; reforma agraria le pedían los labriegos a Frei Montalva; trabajo y pan exigía el proletariado de París a los revolucionarios de 1789. Podría seguir con una interminable enumeración, pero para que se produzca ese milagro o magia hay que sacar el pan y el vino de alguna parte. Como normalmente no hay ningún Cristo a la mano que los multiplique, se recurre a los ricos. Pero además y muy especialmente las masas desean la llegada del día de la revancha.

De ahí que la izquierda chilena ha vivido este último par de años o hasta quinquenio en Jauja, salvo hoy, cuando por su mala gestión se comienza a erosionar su cacareado "mandato popular". Y como de costumbre la izquierda desarrolla su evangelio no solo prometiendo ambas cosas, pan y "justicia", sino además lo predica con la Santa Ira con que los hombres justos de todos los tiempos denuncian las iniquidades. A eso se agrega la gran promesa. Alguna vez fue el Segundo Advenimiento de Cristo, en otra la llegada del Hombre Nuevo, la materialización del Comunismo Científico o siquiera una modesta Alegría. Hoy se habla de "equidad".

El beato es parte constituyente de ese universo en blanco y negro y su afán ha sido siempre la búsqueda de culpables y descreídos a quienes linchar. En este universo, el de la creencia cerril, el beato cuenta con todo: textos sagrados, exégetas, tierras santas, peregrinaciones —a Cuba— y un variado panteón de figuras sacras que en Chile van desde Elías Lafferte y Luis Emilio Recabarren hasta Salvador Allende y Miguel Enríquez.

Origen de los beatos

¿De dónde salen los beatos? Salen de la feligresía común y corriente, de los seguidores que nacen, crecen, se desarrollan y mueren dentro del círculo familiar y cultural de esta Confesión, pero que en su gran mayoría —¡Gracias a Dios!— lo hacen con tibieza y negligencia. Como dice la Biblia, "muchos son los llamados, pero pocos los elegidos". Hay también beatos que provienen de la cantera de las conversiones. Una periodista no hace mucho confesó jubilosamente que Bachelet "la había convertido al feminismo". ¡Qué feliz se debe sentir! Nada mejor, aunque sea solo de vez en cuando, que ver la luz. Pero todos por igual, beatos y simples feligreses, clérigos del partido o meros simpatizantes, son lo que son como fruto de una pertenencia a un grupo, ambiente y subcultura, no como resultado de un proceso reflexivo. Nadie "es" de izquierda porque un buen día, siendo niño, se subió a la casa del árbol provisto de literatura política y sociológica para llegar a una decisión acerca de qué pensar. Como con toda religión y como en casi toda identificación con un grupo, secta, movimiento o hasta equipo de fútbol, el proceso de admisión y reclutamiento carece totalmente de racionalidad. Es resultado de vivir en el medio donde tal o cual visión del mundo prevalece. Pueden ser iniciados por sus padres, algún otro familiar cercano, por la panfletería hogareña relativa al Credo o por historias familiares que pasan de

generación en generación. Y una vez convertidos, lo son para toda la vida.

Piense usted en los antecedentes de los personajes conocidos de la izquierda chilena que revolotean en los medios de comunicación, toman decisiones, dirigen, predican y fulminan. Ya sean feligreses tibiones o beatos dedicados a la causa, TODOS provienen de un medio familiar y social donde dicha doctrina estaba en el aire y era lo único que se respiraba, TODOS han sido desde cabros chicos lo que hoy son, TODOS creen a pie juntillas o con mínimas variaciones lo mismo que creían a los catorce años, TODOS están completamente atrapados dentro del sistema de coordenadas de su postura, del que nunca se libran y es para ellos tan natural como peerse. En fin, TODOS odian, detestan, desprecian o al menos tienen un fastidio parido por los derechistas en general, aunque especialmente por Piñera, encarnación algo desvaída del Mal que antes odiaban en la encarnación de Pinochet. Y lo olvidaba: TODOS —o casi— han vivido sus enteras vidas dependiendo de aparatos públicos o semipúblicos, políticos o gremiales porque a TODOS o casi todos no les ha ido bien en el sector privado o solo "más o menos" y TODOS, sin importar los estropicios que hayan cometido, su inepcia o ignorancia, flotan en el vasto océano de los favores internacionales recibidos en la forma de pitutos, pertenencia a ONG, "centros de estudio", giras de charlas pagadas generosamente, embajadas, *lobbies*, empresas de comunicaciones con cordón umbilical con el Estado, etc. Y, por cierto, TODOS tienen ambiciones políticas desde niños, razón por la cual su desarrollo cerebral se centró menos en los procesos cognitivos y analíticos que en el aparato neuronal y muscular que maneja los mecanismos del habla.

Y TODOS son, en mayor o menor grado, INTOLERANTES.

A propósito de INTOLERANCIA, entra a escena Osvaldo Andrade

No tengo idea cuándo nació Andrade y poco me importa. Tampoco me interesa el detalle acerca de su niñez, su juventud o de cómo llegó a ser lo que es. Son asuntos que solo atañen al propio Andrade, su familia y sus amigos; tal vez también a sus camaradas y a su terapeuta, si lo tiene. Ni siquiera me interesó googlear todo eso a la carrera. Lo que interesa es su vida pública como político de la Primera División, sus dichos y hechos en esa esfera, porque esas son las cosas que nos afectan.

Importa y afecta, en primer lugar, su estilo, a menudo ejemplo insigne del tema que hemos estado tratando, ilustración ambulante del tono mental y emocional que acompaña a la locatería política. Para degustarla en vivo y en directo basta el ejercicio de escuchar o leer las intervenciones mediáticas y políticas de este caballero, siempre rebosantes de ataques personales y sarcasmos perpetrados con expresión rabiosa, amén de descalificaciones y juicios tan extremos que más de una vez ha tratado de dar explicaciones *post factum*, aunque solo a medias, porque jamás verdaderamente se arrepiente de lo que ha dicho.

Por esa incapacidad de tolerar lo que se aparta de sus creencias y sentimientos, Andrade podría ser sindicado como uno de los beatos más apasionados de su sector, el socialista, pero si se lo observa con atención se hace evidente que, si bien no hay frialdad en lo que dice, tampoco es pasión la que luce, sino rencor o resentimiento, cosas muy distintas. La pasión es un *shock* de emoción positiva, el fervor con que acometemos una obra, como lo sería ir a evangelizar a los nativos para salvar sus almas, mientras que la rabia es reacción destructiva dirigida contra algo obstaculizando nuestros designios, como por ejemplo indignarse contra los misioneros de la secta rival que pretenden hacer lo mismo que nosotros. Por eso en los comentarios o entrevistas de Andrade rara vez —en realidad casi

nunca— leemos u oímos llamamientos al patriotismo revolucionario o a reencender o a reencantar el alma del socialismo ni hay en su verbo arrebatos de amor por el sagrado corazón del izquierdismo; lo que oímos o leemos más bien son expectoraciones nacidas del odio o disgusto con ciertos personajes o situaciones que le molestan.

Oyendo o leyendo a Andrade se convence uno —por mucho que hubiera un Papa diciendo lo contrario— de ser el odio más fuerte o por lo menos más frecuente y duradero que el amor; este último se entibia y enfría rápido, el odio puede durar toda una vida. Es el caso de la beata que menos ama a Dios y sus llamamientos a la castidad que detesta a las mujeres jóvenes que ya conocen varón. Y Andrade ama menos el socialismo de lo que odia a Piñera. ¡Cómo lo detesta! Cuando Piñera estaba abajo en las encuestas Andrade dijo que el país no se merecía un presidente tan mal calificado. Se lo han echado en cara ahora que doña Michelle anda aún peor. Se nota que su odio va más allá de la posición política del blanco de dicha inquina. Hay algo más profundo, personal, irresistible, visceral. Piñera suscita en Andrade un odio parido que algunos y algunas de parecida trinchera política comparten y han confesado abiertamente. Una participante de un programa de TVN se lo confesó a Cecilia Pérez: "¡Lo odio, odio a Piñera!", le dijo apenas terminado el programa, sin ya poder contenerse.

Tengo la sensación de que Andrade podría decir lo mismo. Es el odio del beato contra quien representa lo opuesto de la divinidad que adora. Es el odio de las turbas cristianas contra Hypatía, una ilustre matemática y pagana de Alejandría. Piñera dista de ser como Hypatía, pero es inteligente, exitoso y muy rico. Encarna, entonces, a la élite. Encarna no solo al enemigo político sino al adversario social y cultural de las clases medias o medias bajas desde las que proviene Andrade y tantos otros de su sector. Andrade es hombre que no carece de inteligencia, pero abunda mucho más en odios. Y en eso no cae en ningún

pecado personal sino sencillamente, inevitablemente, se desploma en un tropismo de su clase y su membresía política.

Un curioso acompañante de la beatería: la rutina

Curiosamente, paradojalmente, la beatería intolerante no pocas veces revela ausencia o carencia de entusiasmo y un exceso de cansada y previsible rutina. Porque, en efecto, no necesariamente la intolerancia se asocia a un ardor emocional, a una furia asesina por destruir al adversario física y/o espiritualmente. Con el paso del tiempo la emoción se gasta y deja un vacío sustituido por la rutina. El beato y su creencia terminan siendo como una pareja conyugal con cincuenta años de matrimonio, cuando ya nadie se ama pero al mismo tiempo es difícil o irrelevante divorciarse. Es también difícil enviudar o divorciarse de las ideas. En sustituto se produce un cambio importante: el ardor inicial de la creencia deviene en fría costumbre y los arrebatos de Fe se convierten en rituales persignaciones. A modo de compensación se observa un crecimiento exponencial del ritualismo, obsesión con los detalles, las palabras y las reglas, por tanto, de una forma burocrática de intolerancia. Así como la beata religiosa es, de vieja, menos dada a los raptos místicos que a vestir santos de yeso, del mismo o análogo modo, el beato o beata político con el tiempo es menos inclinado a agitar con entusiasmo las "banderas de lucha" que a repetir los encantamientos y fórmulas de siempre con el estilo mecánico, portado y frío de un cura octogenario dando por enésima vez la absolución al pecador de siempre. No deja de ser entendible: se necesita más intolerancia —aunque sea fría— como soporte de la creencia precisamente cuando no hay ya caudales de emoción capaces de hacerlo.

En fin, los beatos son una importante fracción o facción de los que nos gobiernan y de sus sostenedores ciudadanos. Son

bastantes y además cuentan con esa ventaja de quien privilegia la emoción o la costumbre a la intelección y el análisis. Nos gobiernan y lo hacen obstinadamente, intolerantemente. ¿No hemos escuchado ya bastantes acusaciones de sedición y hasta de "golpismo"? Quizás recen sus oraciones sin pasión y sin ilusión, pero lo hacen con la fuerza de la inercia porque no tienen nada con qué sustituir su vieja y enfriada Fe, con qué reemplazar el mundo de sentimientos en el que han vivido desde niños. Y ahora, además, tienen la oportunidad de construir una sociedad como aquella con la que soñaron cuando nenes. ¿Cómo se rehusarían a intentarlo? Tal vez no ardan por el socialismo en cualquiera sea la versión como ahora lo conciban, pero, ¿qué más intentar? No saben hacia dónde van, pero tienen claro de qué desean alejarse...

De acomodaticios y de apóstatas

Los acomodaticios y los apóstatas son quienes adoptan una postura que es lo contrario de la intolerancia, pero por eso mismo los ubico en esta dimensión para que, al examinarlos, sirvan de contraste y nos permitan perfilar aun más el sentido de aquella. Y debo confesar que necesitaba un respiro porque los acomodaticios y los apóstatas me resultan mucho más soportables que los puristas. De estos he conocido más de uno en el periodismo, oficio donde últimamente ha aparecido y se ha criado una generación particularmente intolerante y a menudo intolerable. Es lo que está de moda, es lo que da *rating*. Es raro encontrar en esa profesión, como sucede en todas, gente con inteligencia suficiente para no ser arrastrados por la ola y moda predominante.

Debo agregar que pocos de los que he conocido en esa esfera y en otras me han parecido dotados de lealtad hacia los demás. Creo que ambas cosas, principismo altanero y lealtad personal, son inversamente proporcionales. Por un Elevado Principio de su preferencia hay personas capaces de degollar a su abuela. Los Principistas viven envolviéndose en Grandes y Nobles Generalidades que les permiten ocultar bajo ese grandioso manto una naturaleza —no siempre pero a menudo— mezquina, —no siempre pero casi siempre— egoísta, ególatra y estrecha de mente. Esa misma estrechez les impide verse a sí mismos tal como son. Siendo y actuando como centros de mundo, se creen modestos; hablando todo el tiempo de ellos mismos, se creen quitados de bulla; siendo soberbios hasta decir basta, se consideran humildes.

Los acomodaticios, en cambio, son seres humanos. Uno se entiende con esta gente. Tienen, a veces, una refinada dosis de cinismo y escepticismo que los hace muy tratables. Y son eficaces. Pueden acertar con una solución porque ven el mundo tal como es, con despejados ojos, no a través del velo de una creencia. Y además pueden lograr que esa solución se implemente aunque sea a medias porque saben que no hay nada que logre consenso y todo debe negociarse. En otras palabras, tras esa apariencia de relajo e irresponsabilidad son políticos responsables, mientras los otros, los principistas, tras su apariencia de terca responsabilidad son enteramente irresponsables porque suelen dejar la cagada.

Un ejemplo sublime: don José Miguel Insulza

El clima espiritual reinante en La Moneda, el Congreso y en todo lugar donde pululan y predominan los aires de "transformaciones profundas" estaría incompleto si no examináramos, entonces, ciertos personajes que siendo muy distintos y habitantes del polo opuesto coexisten con los beatos, los radicales, los termocéfalos y los tontos mondos y lirondos. Son cualquier

cosa menos intolerantes y creyentes y eso los hace no pocas veces útiles para la nación.

Entre estos personajes se cuenta José Miguel Insulza, sublime acomodaticio, miembro insigne de una tribu de la cual quedan muy pocos ejemplares en la Nueva Mayoría. Están casi todos rigurosamente submarineados porque hoy en día la moderación no la lleva y hasta huele muy mal. Son no solo quienes no recuerdan si aún creen en Dios, sino además ni siquiera recuerdan cuándo fue la última vez que intentaron recordarlo. Lo del poder y sus acomodos está en el primer lugar de sus agendas, no la doctrina. Es el caso del "Panzer", ejemplo ilustre de esta interesante variedad humana de la coalición que nos gobierna.

Uno de los rasgos curiosos y en verdad portentosos que adornan la rica personalidad de José Miguel Insulza es que ha estado siempre en un lugar destacado de la política de izquierda aunque nunca ha ganado una elección popular y ni siquiera ha ido a una. De un modo u otro —seguramente por y con su indudable inteligencia, encanto e infalible astucia— se las arregla para llegar a cargos de importancia o nombradía en los que se espera haga uso de su cualidad de panzer y de negociador, matrimonio de virtudes que, dicho sea de paso, es totalmente imposible porque son contradictorias y se anulan mutuamente. Si se es una unidad blindada cargando contra el enemigo, no se puede al mismo tiempo ser negociador; si se es negociador, no se puede ser panzer.

Pero, ¿qué culpa tiene Insulza de que lo motejen de ese modo tan incoherente? Ninguna. Más aun, su estilo de hacer política en cuartos cerrados, con transacas, negociaciones, acomodos y todo lo demás me parecen el único modo razonable de hacerla. Si hubieran habido desde un principio algunos Insulza en La Moneda, otro gallo cantaría. Es cierto que el suyo es un estilo muy poco en sintonía con la mojiganga de la transparencia. Mojiganga, afirmo, porque como dijo Otto von Bismarck: "con las leyes pasa como con las salchichas, es mejor no ver cómo se hacen".

Lo de "acomodaticio" no solo me parece un calificativo adecuado para Insulza, sino, perdonen mi cinismo, lo considero una virtud. La adaptación y versatilidad son virtudes asociadas a la supervivencia y evolución de las especies. ¿Acaso no somos todos descendientes de quienes se las arreglaron para adaptarse? Al contrario, son poco eficientes y además peligrosos los masoquistas, los mártires, los hombres de "grandes convicciones", los creyentes, los profetas y los inmolados, quienes son siempre gente dañina por su cerrazón mental, pero especialmente lo son si en realidad nunca se inmolaron ni los crucificaron, porque entonces, en ese caso, quieren proyectar esa imagen a toda costa, a NUESTRA costa.

Insulza, en cambio, no se agita con nada, no exagera en nada, no se suma a los desfiles, no se alinea con el coro y a la pasada nunca pierde de vista, digámoslo con todas sus letras, su conveniencia personal. Esa es también una virtud porque nos garantiza que jamás tramará algo extremo. Nadie es más un mejor filántropo que el egoísta inteligente. Insulza es un viscerotónico de la política y por lo mismo no tiene activismo ni para levantar fuego en un asado agitando la carátula de un LP. No va a perder un cargo y un salario por hacer un gesto grandioso. Necesita ingresos decentes para sostener su tren de vida y lo logra. Y nada me parece más justo.

¿Y cómo lo hace para conseguir esos cargos? ¿Qué misterio gozoso y/o doloroso lo llevó a la OEA, donde, para seguir en la onda de la franqueza, no hizo o no pudo hacer absolutamente nada? No tenemos idea. ¿Qué intrincados caminos lo condujeron a convertirse en agente chileno ante La Haya? No tenemos idea. ¿Qué mecanismos políticos lo introdujeron en La Moneda durante el camerino Lagos? No tenemos idea. Lo cierto es que ahí está don José Miguel cobrando y pensionándose como ministro, como secretario general de la OEA —maravillosa

pensión, dicho sea de paso— y pronto quizás como ex agente luego de cumplida su misión. Por Dios, en mi próxima reencarnación quiero ser como José Miguel Insulza.

Los escasos apóstatas

A los acomodaticios los acompañan, en su descreimiento, los apóstatas. La diferencia entre unos y otros es que estos últimos han definitiva y totalmente expulsado de sí sus viejas creencias y además a veces han hecho pública su pérdida de Fe y adoptado otra distinta. Algunos casos son difíciles de circunscribir dentro de la categoría, como el de Enrique Correa (por ejemplo), que ya examinaremos. Por el momento, como aperitivo, podemos decir que Correa es una especie híbrida, mezcla genética entre apóstata, acomodaticio y lo que usted desee contratar para que sea en ese momento.

De los apóstatas puros, en cambio, hay muy pocos. No alcanzan para tribu, ni siquiera para clan. Son pocos porque la apostasía trae consigo un elevado precio. Trae el odio o al menos desprecio de quienes siguen creyendo en lo que el apóstata ya no cree. Puede incluso ser condición peligrosa porque el apóstata ni siquiera obtiene la protección del "otro lado", pues no necesariamente es un converso a un Credo distinto, sino solo es quien abandona el que tenía. A menudo queda botado en tierra de nadie, sospechoso para todos y denigrado por todos.

Óscar Guillermo Garretón es un buen ejemplo de apóstata, si bien no un caso extremo. Hace ya rato que Garretón se acogió a la *aurea mediocritas* de Horacio, el poeta romano. A principios de la Era concertacionista se convirtió en exitoso CEO, luego en empresario por cuenta propia y, a juzgar por las columnas que ha escrito en *La Tercera*, nada resta en él del joven revolucionario y levantador de puño que alguna vez fue.

Abandonó la condición de energúmeno revolucionario deseoso de irse a un foco guerrillero por la condición de millonario, mucho más cómoda pero menos glamorosa, no más fácil y, de hecho, aun menos en estos tiempos que corren. Tal vez, si acaso, le queden ciertos reflejos condicionados, cierta inclinación a mirar con simpatía el clamor de las masas, a contestarle el teléfono a algunos majaderos del sector, a usar cierto vocabulario, a continuar con la vieja costumbre, luego de ponerse el pijama, de rezar el padrenuestro.

Roberto Ampuero, el escritor, es otro de los apóstatas. Este es un caso más puro, más bíblico en su despliegue escenográfico. Fue, de joven, todo un revolucionario. En uno de sus libros, en conversación con otro ex revolucionario, ha confesado candidamente cuán imbécil siente haber sido en esos tiempos de cólera. Roberto lo fue hasta que vivió en Cuba y en la RDA. Una visita a esos lugares tal como eran en aquellos tiempos fue una vacuna para algunos, aunque claramente no para todos. La señora Bachelet no salió decepcionada de la RDA, pero Roberto es un tipo perspicaz, un observador como debe serlo un escritor, alguien que sale a ver cómo es el mundo en su realidad en vez de obstinarse en verlo como cree que debiera ser.

Ampuero, creo, es de la variedad de apóstatas que se convierten a la fe contraria, por lo cual quizás sería más exacto definirlo como un "converso". Así es como él mismo se califica. Dicho sea de paso, los conversos tienen injustamente muy mala prensa. Se asume automáticamente que la conversión se debió a cuestiones de conveniencia, Viene a la mente de los letrados la imagen medieval del cristiano haciéndose musulmán porque le han puesto un sable en el cuello o viceversa. Hay casos, sin embargo, en que no hay conveniencia sino convicción. Yo mismo, el autor de este libro, soy ejemplo de esto. Mi problema práctico es que mi actual convicción jamás podrá asociarse con la conveniencia. Mi postura es solitaria, carece de sostén público al cual arrimarse, de camaradas de ruta o de lucha, de

hermanos en la Fe, de nada. Me temo que nadie va a ofrecerme una agregaduría en la embajada de Constantinopla.

No fue así con Ampuero, quien se arrimó al piñerismo y como fruto de eso obtuvo algunos módicos beneficios. Eso, a juicio de los creyentes, califica a Ampuero de oportunista, pero se trata de un juicio falaz y mala leche. No porque se renuncie a una fe debe uno jurar votos de pobreza o aislarse en una celda monástica o declarar un agnosticismo absoluto y/o llamar al síndico de quiebras. No porque se renuncie a un credo ha de renunciarse a todo credo. No porque se abandone un bando ha uno de internarse en el desierto. Hay que seguir viviendo y pagando las cuentas.

Enrique Correa es difícil de clasificar. No es seguro sea lícito agregarlo a la lista de los apóstatas. Es el hombre símbolo del *lobby* y las negociaciones entre lo público y lo privado y eso lo aparta de dicha categoría. Por lo pronto, lejos de ser un escéptico o desilusionado, tiene una devota, férrea y apasionada creencia en el dinero, sentimiento muy popular que él comparte con muchos pero que en la particularidad o singularidad de su postura o talante se aparta de las grandes masas. Dificulta además el calificarlo el hecho de que su apariencia y su importancia corren en distintas direcciones. En el aire, prestancia o presencia de un tipo importante hay más de un notorio signo de dicho calibre, así como en la facha de la simple doña Juanita o don Juanito hay mil signos que nos insinúan que son gente del común, pero Correa aparece distinto y hasta opuesto de lo que es, pequeño de porte, furtivo, untuoso en su hablar y meloso en sus gestos como el popular personaje Espinita, mientras simultáneamente hay en él una apenas disimulada arrogancia agitándose tras su aparente aire de modestia, cosa muy entendible porque el hombre, después de todo, es bien capaz de celebrar y tener éxito en complejas e importantes transacciones. Por eso no es uno más de entre tantos operadores políticos; es el Santo Padre de todos ellos, el Gran Maestro de la intriga y

negociación, el ciudadano con la más gruesa libreta de teléfonos y de contactos del país.

Enrique Correa, quien en el desempeño de su oficio se desliza casi sin que se lo vea por todos los pasillos del poder, es el político más parecido a un arzobispo renacentista —o a un cura de pueblo italiano de la posguerra— que se conozca en el país y quizás en toda Latinoamérica. Como perpetra negocios que por definición y necesidad requieren contactos íntimos con la casta gobernante, nunca se le ha oído nada realmente fuerte acerca de las torpezas —que él debe apreciar muy bien— del actual régimen. Pero, pese a sus disimulos, no careciendo de inteligencia y experiencia, es indudable que, si bien solapadamente, es uno de los apóstatas.

Debo agregar, ya que continuamos en la onda de la franqueza, que Correa me parece cien veces preferible como hombre de gobierno a otros que circulan actualmente por La Moneda. Como Insulza, Correa tiene la virtud propia de todo comerciante y hombre de mundo: el realismo. Y por eso cabe decir de él cosas parecidas a las que dije del Panzer. Hay que ser muy imbecil o tener menos de veinte años para preferir a los santones.

VIOLENCIA

la intolerancia suele ser el preludio de la violencia. Entendamos que con violencia no nos referimos solo y simplemente a la agresión física. En esencia un acto violento es el que viola repentina y radicalmente el orden natural o convencional que guía nuestras relaciones con el prójimo. Eso se refleja en el lenguaje cotidiano. De un gesto o expresión dura e inesperada hacemos el comentario "¡qué violento fue eso!". Los sentimientos también lo expresan; no se requiere que nos den un palo en la cabeza para que nos sintamos violentados si acaso se nos insulta, si se nos maltrata verbalmente en la oficina o la calle, si se nos pone de golpe en situaciones no reguladas, inesperadas. Por otra parte, el asesinato —porque eso es— de un animal en una excursión de cacería podemos considerarlo un acto insensato, estúpido y digno de un energúmeno que ha conservado demasiados genes de sus antepasados cavernícolas, pero aun siendo un acto que entraña la muerte de una criatura, no hablamos de "violencia". No se es "violento" con un animal, sino que cruel, indiferente o depredador. La violencia es lo que viola el orden social y solo su caso extremo compromete la integridad física de las partes. Es obvio entonces que siendo la violencia una conducta manifestándose en muchas formas, todas ellas rompiendo en algún grado y de modo súbito la convivencia normal, esa clase de conducta abunde cuando el orden social ha perdido legitimidad y no es ya

aceptado por pura presencia. En situaciones como esa la violencia tiende a agravarse porque cuando cierta forma de ruptura ha emergido se origina una situación que precipita hacia modalidades cada vez peores; así se desemboca finamente en el ataque físico puro y simple. En el escenario final, no habiendo ya reglas de mutuo comportamiento civilizado, impera un tratamiento mutuo basado en la pura correlación de fuerzas, sin normas que lo regulen salvo el cálculo costo-beneficio. En breve, es violencia insultar a todo trapo y colectivamente, es violencia arrebatar lo suyo al prójimo, es violencia desampararlo de toda protección legal, es violencia deslegitimar su identidad y su quehacer, es violencia arrinconarlo, atemorizarlo y hacerlo sentir inerme y todo eso es violencia aunque no se toque ni un pelo de la víctima...

Del Estado mapuche que pretende la CAM, la mucha violencia ya desatada y la por venir

Es incómodo escribir sobre un tema que se modifica con tal velocidad que existe el riesgo de caer de un día para otro en la obsolescencia. Malo es decir algo que luego resulta completamente erróneo, pero mucho peor es escribirlo, porque entonces, solidificado en porfiadas letras de molde, el error persevera como un monumento a la ceguera o necedad del autor. Y errores sobre el tema mapuche ha habido ya demasiados. Total ha sido el cometido por las autoridades de cinco gobiernos sucesivos respecto al proceso de reivindicación de autonomía territorial que la Coordinadora Arauco-Malleco inició hace muchos años y al que hoy vemos muy crecido en intensidad, expansión territorial y violencia.

Y sin embargo no era tan difícil prever lo que iba a ocurrir. Vuestro Servidor lo planteó hace alrededor de quince años y no es que sea la reencarnación de Nostradamus. Predije que nos encontrábamos en presencia de un movimiento

proto nacionalista" en demanda de territorio y no simplemente de una suma de demandas particulares por tierra. La predicción se encuentra en una columna publicada en la revista *Qué Pasa* de esa época. No lo hago presente para jactarme realzando mis dotes de pitoniso, sino al contrario, para enfatizar la miopía de los demás, especialmente de las autoridades, porque así como yo lo vi otros debieron haberlo visto también. Después de todo no es tema difícil de desentrañar, no tan intrincado, ajeno y lejano como el cálculo tensor. Bastaba revisar la bibliografía sobre movimientos nacionalistas y comparar lo dicho por los líderes de cada uno de ellos con lo que ya decían los de la CAM alrededor del 2000. Con eso la película quedaba inmediatamente clara.

Pero sucedió lo contrario. Lejos de asumir esa visión, el Estado -por entonces administrado por la Concertación- conceptualizó el tema como si se tratase de un problema de pobreza sufrido por gentes de la etnia mapuche y que podía resolverse entregándoles tierras. No vio en lo absoluto o no quiso ver la existencia de un grupo organizado, de una "vanguardia" cuya agenda era y es política, a saber, la constitución de alguna clase de territorio o hasta de un Estado mapuche independiente o siquiera con alto grado de autonomía. Y si acaso se percató de la existencia de dicho grupo, lo consideró demasiado pequeño para ser relevante. Los titulares del poder no consideraron, no sabían, nunca supieron u olvidaron que los movimientos nacionalistas, como también los revolucionarios y de hecho todo movimiento, es SIEMPRE iniciado, dirigido y propulsado por una minoría organizada. Una minoría organizada es más poderosa que una mera mayoría estadística. La Revolución francesa NO la inició o dirigió el pueblo francés aglomerado en las calles y echando abajo Bastillas, NO la hicieron las masas ciudadanas porque tenían hambre, NO la protagonizó la calle parisina de esa época, sino los clubes políticos girondinos y jacobinos principalmente; a su vez la Revolución

rusa no fue obra de los mujiks, obreros y campesinos, sino del partido bolchevique; por su parte la independencia chilena no la protagonizó el "pueblo soberano", que, desde luego, no era soberano de nada porque como soberano había estado por más de dos siglos el rey de España, sino una fracción de la clase alta, la "primera Junta de Gobierno" y luego una minoría dentro de esa minoría: los carreristas y o'higginistas.

Volvamos a la CAM. Escribo estas líneas un par de días después de que esa organización reivindicó un número de atentados como propios y dio chipe libre a las llamadas Organizaciones de Resistencia Territorial para que actúen en sus zonas de acuerdo a lo que consideren adecuado. Dichas ORT son los muchos brazos armados de la CAM y es de larga data la sospecha de que cuentan con miembros entrenados por las FARC y han importado armas de guerra, aunque hasta el momento —mi momento— se han limitado, en una suerte de pacto tácito, a disparar escopetas de perdigones.

Hasta ahora disparos de perdigones, es lo que he dicho, pero ¿hasta cuándo subsistirá esa autorrestricción SI de restricción se trata? Dada la velocidad con que han comenzado a acelerarse las cosas sospecho que deberé corregir o intercalar nuevas líneas hasta el momento en que entregue este libro a la editorial.

(Las intercalo ahora, en mayo del 2016: se ha visto ya uso de armamento automático de parte de los activistas).

A esa miopía fundacional se agregó una ceguera voluntaria. Aun hoy, en el año 2016, luego de cientos de incendios de maquinaria, casas, bosques, cosechas, bodegas, camiones e incluso una pareja de ancianos; aun hoy, luego de docenas de emboscadas, de panfletos desafiantes, de declaraciones incendiarias y finalmente de una virtual declaración de guerra al Estado chileno, al cual se considera "invadiendo" territorio mapuche; aun así la actual administración se niega tozudamente a reconocer y declarar que el país encara una iniciativa político-militar revestida ideológicamente con la presunta legitimidad de la lucha reivindicatoria de una etnia, iniciativa que haciendo uso del terror pretende primero expulsar a los actuales propietarios de predios y finalmente desprender una porción de territorio de la soberanía nacional para constituir alguna clase de Estado mapuche. En vez de hacer tal cosa el actual gobierno define lo que en esa zona sucede como "delincuencia rural", "robos de madera" o incluso, en un giro repleto de pedantería académica, como un "conflicto intercultural".

Exijo una explicación y recibo varias

Varios factores explican esa postura. Uno de ellos, compartido por la actual administración con los gobiernos de la Concertación, es que creen preferible tolerar un grado permanente de violencia relativamente acotado y en sordina —"acotado" en comparación a lo que sucede en Colombia, Siria, etc.— a perseguir policialmente a los hechores con los medios que sean necesarios para ponerlos en manos de la justicia; calculan que haciendo lo último la violencia se incrementaría a un punto incompatible con el estado de ánimo político y cultural de la nación y el contexto internacional. Por eso lo han hecho muy pocas veces, a medias, a regañadientes y cuando no había remedio.

El segundo factor es que, en grados variables, el personal del actual gobierno —y en grado menor lo hicieron los de la Concertación— COMPARTE la mayor parte si no todo el relato legitimador del movimiento. La gente de izquierda coincide con los dirigentes de la CAM en que la etnia mapuche es una entidad particular y específica, eso que hoy el lenguaje políticamente correcto llama "los pueblos originarios"; coincide además con la tesis histórica de que dicha etnia fue avasallada y maltratada en forma sistemática y no solo en tales o cuales

remotos lapsos de la historia chilena, porque aun hoy seguiría siéndolo, aunque en grado más sibilino. Y además no pocos personeros de la NM consideran que la idea de entregar a esa etnia una zona en alguna especie de autonomía, siguiendo un modelo neozelandés y/o canadiense, no es una mala idea. Finalmente, opera una restricción que para la NM y la Concertación es y ha sido universal, absoluta e insuperable: la restricción de NO USAR JAMÁS LA FUERZA PÚBLICA.

La "fuerza pública" tiene, para las feligresías de izquierda, un sonido y significación siniestros. No la conciben como el imprescindible brazo armado del orden social, sino como instrumento de represión al servicio de las clases dominantes. De hecho ven toda sociedad como el territorio de una guerra perpetua entre clases. "Orden social" no tiene para ellos, entonces, un significado abstracto que haga referencia a una realidad subyacente a toda estructura social; para la izquierda siempre un orden es solo eso, "un" orden, este particular orden y en el cual suelen ver solo alguna modalidad de injusticia y explotación.

¿Cómo podrían entonces, los personeros del actual régimen, decidirse a usar fuerza policial para perseguir a quienes declaran abiertamente su enemistad con el Estado chileno y lo manifiestan con incendios, destrucción y ataque a las personas? Al momento de escribir estas líneas la seguidilla de quema de camiones producida en el sur sigue siendo definida por el gobierno como "actos delictivos" puros y simples, lo cual es una pura y simple mentira.

En resumen, Chile está espiritual y materialmente DESARMADO ante cualquier presión sectorial por desbocada que sea SI se reviste de un manto de legitimidad política en nombre de la justicia y el progreso. Está desarmado porque quienes nos gobiernan no se armarán ni jurídicamente ni de ningún otro modo para combatir a sus hermanos de Fe. Está desarmado porque demasiados personeros de la izquierda tienen y sufren

traumas con la sola imagen de "fuerza pública" o lo que ellos, en sus pesadillas, identifican como tal. Y estando tan notoriamente desarmado, aquellos que NO lo están encuentran y seguirán encontrando territorio despejado para "agudizar las contradicciones" y llevar más lejos "la lucha".

Lo que nos dicen algunos grafitis: "cuarenta años juntando odio"

Mientras las autoridades están moral y espiritualmente desarmadas por las razones ya vistas, chilenos que no están ni en La Moneda ni en el Congreso sino agrupados en sectas, clanes, movimientos, tribus o incluso en calidad de lobos solitarios se dedican diligentemente a repletarse de un decidido y a veces armado odio. Los rayados callejeros son una de entre sus muchas manifestaciones, la menos letal y la más visible. Pongo de ejemplo la calle San Martín con la Alameda, en Santiago, convertida en el último par de años en uno de los diarios murales favoritos del extremismo verbal. De seguro no hay cientos, sino miles de otros pizarrones y en todas las ciudades. En este caso que les menciono echen una mirada a las paredes de los dos o tres edificios que desembocan en esa esquina y verán una proliferación de rayados furibundos y también, con un grado superior de elaboración, papeles impresos con toscos dibujos representativos de nefastos capitalistas y heroicos luchadores. Las leyendas son las que pueden esperarse del nivel político y mental de los hechores, pero una nos ha llamado la atención como ejemplo puro del tenor de quienes los perpetran: "40 años juntando odio". Hay otros parecidos, pero este es su quintaesencia.

¿Qué clase de gente siente y escribe eso en un muro? ¿Qué clase de personas se jactan y proclaman tal cosa? ¿Se trata acaso de viejos luchadores, de sesentones y setentones que fueron

víctimas de atropellos a sus derechos humanos y están a la espera de la gran venganza, de la de verdad, esa con paredones, guillotinas, ahorcamientos, palizas, pateaduras, molotov y hogueras surtidas? Tal vez, pero mucho más probable es que sea gente que no lleva cuarenta años juntando odio porque no tienen siquiera veinte años de edad. O tal vez sí hay de esos sesentones y setentones, pero menos en calidad de gestores que de tutores, aleonando, "formando", criando a sus propias y pequeñas bandas de vengadores, a hordas de jóvenes sin identidad ni futuro ni talentos, nada salvo sus propias reservas de resentimiento nacidas de sus propias historias de frustración, derrota y menoscabo.

Sé de profesores frustrados que hacen de sus clases una oportunidad para evangelizar al alumnado con la sublimación doctrinaria o más bien panfletaria de sus rencores. Sé de padres, madres, tíos y hasta abuelos que legan su odio a sus hijos, sobrinos o nietos. Sé de ex extremistas amnistiados que nunca se reinsertaron en nada incluso con la ayuda de bonos suculentos del Estado y que, de regreso activo a sus odios habituales, a los que en verdad nunca abandonaron, ahora sienten propicia la ocasión para regresar a su oficio, el único que en realidad conocen. Y todos sabemos que hay también una enorme cantidad de veinteañeros y treintañeros que se alimentaron con la bibliografía de la lucha de clases, el odio parido y el afán de venganza y han logrado hacerse de sus propios seguidores.

Así pues, juntan odio. Lo evacúan cómo y cuándo pueden haciendo uso de cualquier evento masivo que les preste cobertura, pero a veces también en descampado. En este último estilo se mueven quienes han estado poniendo bombas por años de años, hasta ahora sin víctimas fatales, aunque ya se ha estado cerca de eso. Es un odio vesánico que se inicia con un motivo particular, pero termina siempre coincidiendo absolutamente con un afán ciego y universal de destrucción a diestra y siniestra. Ya no se trata, al final del recorrido de este tortuoso

camino, de herir o matar a cierta persona o de demoler o quemar tal o cual blanco simbólico, sino de herir o demoler lo que simplemente se pueda demoler o herir porque está al alcance de la mano.

Ante este tipo de cosas los negadores profesionales de todo lo que no se ajuste a su visión beatífica de la política chilena y el estado de la sociedad y/o a su deseo de evadir las dificultades, vienen y arguyen desdeñosamente que se trata de situaciones anecdóticas carentes de importancia, fenómenos que a lo más representan a grupitos formados por media docena de cabros tarados y/o por viejos enfermos de huevones y/o con problemas mentales. A lo más aceptan que la membresía de esos "grupetes" no va más allá de unos cuantos tontones, pero ahí quedaría todo.

Puede que los militantes de esos "grupetes" sean solo cien o doscientos y aun si fueran mil o dos mil seguirían siendo pocos, pero son pocos SI los comparamos con la población total, lo cual no es el punto. No es el número ABSOLUTO NI RELATIVO de miembros activos de una secta extremista lo relevante, sino, primero que todo, los resultados de sus actos, luego el apoyo o simpatías que suscitan y el ánimo societario que reflejan. Estos grupos y sus actos son la punta de una pirámide conformada por muchos estratos que representan un volumen sustantivo de población y aun más importante, un volumen sustantivo de actos posibles, de reclutamientos disponibles y de apoyos directos o indirectos.

¿Cuánto han aportado al clima de conflictividad y cuánto pueden "aportar" mañana estas sectas tremebundas, estos anarquistas, los sembradores de bombas, los combatientes *in memoriam* de tal o cual mártir, los amigos de la molotov o los que se placen viendo a un policía envuelto en llamas? Es imposible medirlo, pero son un factor nada de despreciable, menos aun considerando el clima de impunidad en que se mueven.

Violencia corriente

Hace muchos años, a mediados de los sesenta, en un cine de Santiago se estrenó una película soviética llamada *Fascismo corriente*. El título, a primera vista algo raro, tenía sentido porque el propósito era mostrar al fascismo como "corriente" en los dos sentidos de la palabra, a saber, como las brutalidades que especialmente en su versión nazi le eran propias o "corrientes" y también hacer evidente lo corriente o banal que era llegar a ese estado de cosas sobre la base del apoyo y cooperación de gente común, incluyendo los soldados que se fotografiaban, sonrientes, junto a rumas de cadáveres.

Sobre esto último, la banalidad del Mal, se ha escrito bastante. Hannah Arendt, una ensayista y filósofa alemana, publicó en 1963 *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, considerada la obra clásica sobre el tema. Su tesis es simple, poderosa y se discute hasta el día de hoy: el Mal producido en escala industrial no requiere de gente extraordinariamente perversa, sino común y corriente y **por eso mismo** incapaz de resistir la presión del medio social. El individuo común, el que Musil llamaba "el hombre sin atributos", el que Ortega y Gasset llamaba el "hombre-masa", el que José Ingenieros llamaban el "hombre mediocre", lo que el lenguaje políticamente correcto llama "el hombre de a pie" o incluso al que hoy se le asigna una suerte de cualidad especial, extra, denominándolo "ciudadano empoderado", es en todos los casos, a juicio de la Arendt, un sujeto con muy débiles frenos y principios internos, sólidos, que guíen autónomamente su conducta; al contrario, es presa fácil de la opinión y validación de terceros y como resultado y en parte por miedo a disentir, en parte por lo que puede ganar siguiendo la corriente y en parte por el placer de evacuar impunemente impulsos internos, rabias y rencores acumulados, ese hombre medio común y corriente puede fácilmente convertirse en verdugo, en torturador, en asesino, en sádico o cualquiera en indiferente colaborador de todos aquellos.

Si sustituimos el Mal, cuyo origen y desarrollo ocuparon el trabajo de la Arendt, por un concepto más simple y genérico como es la violencia, llegamos al mismo resultado. De hecho y de modos directos o indirectos es lo que ya hemos estado diciendo y/o vamos a decir más adelante, a saber, que hay en el ser humano —o sea, en TODOS nosotros— enormes potenciales de violencia nacidos del rencor que produce la frustración. Y entonces tal como el Mal producido en gran escala no necesita batallones de vampiros o monstruos, así también la violencia en escala mayor no necesita de enfermos, maniáticos o desequilibrados, sino que se basta para existir y prosperar con el ciudadano común. Este ciudadano común que a primera vista parece un ser domesticado incapaz de matar una mosca y de hecho bastante cobardón, aun así siempre está a un milímetro del estallido de una rabia contenida tan solo por el frágil muro de su miedo a la ley, a la policía y al prójimo. Pero vea usted qué pasa cuando la ley queda en suspenso, cuando no hay policías a la vista y, sobre todo, cuando ese hombre corriente se ve rodeado, protegido por otros hombres corrientes que están en la misma postura; en un instante desaparece el delgadísimo cutis de civilización y ese grupo de "gente corriente" puede asaltar una tienda o supermercado, celebrar una gresca brutal por una nadería, llevar a cabo un linchamiento, entregarse a actos de vandalismo colectivo, a cualquier cosa.

La clave es la desaparición o aminoramiento de los mecanismos o muros que mantienen a raya esos impulsos. La rabia colectiva opera como una masa de plutonio dentro de un reactor: si las barras de grafito que contienen la reacción son gradualmente retiradas, la reacción se intensifica y la emanación de energía es cada vez mayor. Del mismo modo, si en la sociedad disminuye el respeto que se le otorga al orden, esto es, a los

reglamentos, leyes, policía y justicia, el hervor energético de la rabia encontrará menos barreras y crecerá exponencialmente. La rabia no es un *stock* fijo que se va agotando a medida que se evacúa, sino exactamente al revés, crece en la misma medida que se le permite desahogarse.

Que esa es la situación que vivimos hoy en Chile aun en los ámbitos más cotidianos es algo que cualquiera puede comprobar y de hecho comprueba con su propia experiencia todos los días. No es solo la enormemente aumentada violencia del delito, perpetrado por flaites drogados a quienes no les basta el robo mismo porque además se complacen en la agresión, sino también el ya tradicional vandalismo delirante con que finalizan todas las marchas, celebraciones y casi cualquier acto público, los grafitis amenazantes que hemos examinado y los grupos de descerebrados que están detrás de su autoría, los modales ásperos e inciviles con que se tratan entre sí los políticos, la espantable cantidad de ira y agresión frenética que circula en las llamadas "redes sociales", las funas que a veces terminan con agresiones físicas, los espasmos de salvajismo que se apoderan de algunos colegiales que se han tomado un liceo y luego de robarse todo lo que pueden proceden a destruir lo que no son capaces de llevarse, la brutalidad de las bandas de delincuentes en las poblaciones, el comportamiento agresivo de tantos conductores, el matonaje perpetrado por niños contra otros niños, la violencia intrafamiliar, etc. El catálogo es interminable y en su conjunto todas esas situaciones, al interactuar entre sí, no solo conforman un escenario donde se hace desagradable y hasta peligroso vivir, sino que descomponen aun más las normas de la vida civilizada y llevan la situación a grados incluso de mayor brutalidad.

La violencia verbal ya es un hecho y hasta se ha establecido como un estándar, la manera como debemos comunicarnos unos con otros, una muestra de virilidad o femineidad, de poder. Se violenta a la gente aun en los medios de comunicación,

donde los "justicieros" se afanan cada día en traer a alguien nuevo a la Corte Penal de la opinión pública. El grado en que estas conductas múltiples, vividas y sufridas en casi todo escenario de la vida, afectan los comportamientos futuros es difícil de medir pero tampoco es necesaria dicha exactitud; considerando la fragilidad del orden social, lo tenue de la capa de civilidad de tantos chilenos, los montos de rencor acumulados y estimulados, estos aumentos cancerosos de la violencia en todas sus formas equivalen a jugar con fuego. Bien sabemos o deberíamos ya saber en qué termina el llamamiento directo o indirecto a "juntar rabia".

Las turbas juveniles de un verano muy caliente

El verano del 2016 dio a luz a otra manifestación del deseo bárbaro de quebrantar a plena conciencia las normas más básicas de la convivencia civilizada y acompañarlo a menudo de violencia física pura y simple. El fenómeno se veía venir. Estaba mostrando sus primeros síntomas desde hace unos diez años, por lo menos, pero es ahora cuando ha emergido con toda su fuerza: es el fenómeno de la turba juvenil que en dicha calidad, como colectivo, hace ocupación de espacios públicos y privados para dar rienda suelta, como si estuvieran en un territorio autónomo al margen de la ley y las costumbres normales, a la ingesta de alcohol, el consumo de drogas, la práctica del sexo, el vandalismo y la agresión a los vecinos que se les pongan por delante, todo junto y revuelto en una sola bacanal u orgía de brutalidad. Es un *happening* a la chilena con botellas de licor vaciadas y arrojadas a cualquier parte, participantes defecando y orinando en los jardines, sexo a la descubierta, grescas a palos y patadas, un ruido infernal y una explosión de primitivismo que habla de una generación con un profundo deseo de acabar con su conciencia, de "irse a negro", de intoxicarse hasta

la muerte, de llegar a los extremos a costa de lo que sea y de quien sea.

El fenómeno adquirió suficiente intensidad y notoriedad como para convertirse en tema de notas periodísticas en la televisión durante el verano del 2016. El escenario favorito de estas explosiones orgiásticas fueron balnearios de cariz más bien popular o a lo más de clase media, como Maitencillo o El Tabo. Ha ocurrido también con muy poca o ninguna diferencia en *resorts* más encopetados. Concurrieron a su existencia las circunstancias de relajo de las normas que se asocian a las vacaciones y a lugares donde no se vive, la escasa o nula educación de las nuevas generaciones —de todos los estratos— en términos de su comportamiento en sociedad, la escandalosa ausencia de la policía que sencillamente quiere evitarse problemas y mira para otro lado y el sentimiento de impunidad que eso suscita, amén de la abundancia de sicotrópicos de toda laya.

La impunidad es la clave y es obvia; la policía NO interviene y los adultos no se atreven a intervenir. ¿Por qué? Porque muchos de esos jóvenes son hijos de familias con poder. Porque cualquier acto de fuerza pública, por justificado que esté y necesario que sea, es instantáneamente catalogado por los necios de siempre como "represión" y el agente de la ley al que se considere responsable pierde su trabajo o es como mínimo amonestado. Porque se asume que la cultura moderna y progresista ha de dejar espacios cada vez mayores para que "los jóvenes se expresen". Porque los adultos temen a estos jóvenes desquiciados, en quienes adivinan no hay límite ninguno que los frene en su agresión.

La violencia se conecta con la dimensión de la INTOLERANCIA que ya examinamos y con la de la IMPUNIDAD, que examinaremos más adelante. Todos estos procesos y factores interactúan unos con otros, reforzándose mutuamente.

INCOMODIDAD

Desde el día cuando me gritaron "fascista" en la puerta de mi casa ha pasado bastante tiempo y ya me acostumbré a ese epíteto. De tanto oírse una palabra puede terminar no significando nada. La reiteración de un insulto solo es la perpetua señal de la ominosa, obtusa y odiosa porfía de quienes lo gritan. En este caso quienes lo hacen se creen ubicados en un plano moral superior y por tanto consideran que sus gritos son otros tantos juicios éticos valederos; en otras palabras, se consideran "progresistas" y en capacidad de evaluar, aplaudir o condenar la presencia o ausencia de Fe en los demás. Los voceadores de ese término no se dan cuenta de que lejos de ser paladines del progreso no hacen sino repetir clichés que ya repetían sus padres, sus abuelos, el tío abuelo, el viejo primo sindicalista del abuelo y el jubilado de Ferrocarriles que era vecino del barrio. Penoso es darse cuenta de que quienes se treparon al puente de mando de la nave del Estado son exactamente iguales a la clase de fulanos también "progres" que conocí en la universidad a mediados de los años sesenta, la misma cosecha o cepa de buenos muchachos que pululaban alrededor de Allende y los mismos que rechazaban las clases de matemáticas por ser una "ciencia burguesa"; son los mismos, ya viejos, o son sus hijos o sobrinos y hasta nietos. Son a los que ahora y siempre los agobia una incomodidad que no los deja vivir en paz a ellos ni tranquilos a nosotros, víctimas de una inquietud

sin destino, de esa incapacidad para valerse en el mundo tal cual es; es el mismo malestar de siempre y que termina evacuándose como siempre, en agresiones y en un deseo vesánico de patear todos los tableros. En fin, son los sujetos perpetuamente incómodos con lo que son, los mismos sujetos de siempre incapaces de arreglárselas con la desagradable realidad, en la cual no dan pie con bola...

Un Chile jamás imaginado

¿Y usted sabía o sospechaba lo que se venía? ¿Pudo sentir o adivinar esa inquietud malsana que ya maduraba en lo que parecían los mejores años de la década de los noventa? Seamos francos: hasta hace cinco o diez años el 99% de los chilenos jamás se imaginó que llegaríamos a esto. Hasta cinco o diez años atrás no sospechábamos que esos signos de malestar e incomodidad que se traslucían en algunos fulanos iban a madurar y abrumarnos con determinadas consecuencias históricas y políticas. ¡Quién iba a imaginar que estaríamos de regreso a un clima siquiera algo parecido —y solo eso ya es demasiado— al de los años sesenta y setenta! Desde luego no lo imaginaron los menores de sesenta años, porque nada o muy poco supieron de eso. Usted, al contrario, estaba seguro de la solidez de lo que estábamos viviendo, del desarrollo lineal y hacia arriba del modelo, de que seguiría tranquilamente su curso con algunas correcciones necesarias aquí y allá, de que el país continuaría creciendo y usted poco a poco vería aumentar sus ingresos como ya estaba ocurriendo y así mejoraría su nivel de vida. De todo eso el chileno medio estaba seguro. E incluso algunos "intelectuales" progres a los que vi en una charla —también estaba Delfina Guzmán haciendo su rol de siempre, el de la cuica simpaticona y progresista que saca sonrisas a todo el mundo contando chascarros— vendían esa pomada haciendo el consabido papel de los suministradores de anestésicos para tranquilizar a los burgueses.

Si leyó *El Chile que no queremos*, que trataba de la transición desde la sociedad tradicional a la moderna, usted sí tenía en ese tiempo una idea bastante clara de lo que estaba pasando. Era el paso desde una sociedad que era o había sido austera —tanto por su pobreza como por el disimulo de la riqueza— hacia una "moderna" ávida de consumo, aunque no tanto por su riqueza como por las ansiedades instaladas luego de una siembra publicitaria perpetrada a lo largo de décadas, ese funesto mensaje subliminal que nos envenenó a casi todos, eso de que nada hay en la vida más interesante y excitante que comprar un auto. A usted, que ya estaba emponzoñado, quizás hasta le pareció mal que yo viera ese cambio con poca simpatía. Usted se había acostumbrado a eso y yo, qué diablos, un poco también. Envenenados quizás aún no estábamos, pero al menos acostumbrados. Y bien enterados estábamos porque, después de todo, no había tanta novedad ya que estábamos experimentando ese proceso hacia la modernidad desde hacía ya varios años. En fin, cuando escribí ese libro se vivía el período cuando los jóvenes no querían ser grandes capitanes, héroes, médicos famosos o ingenieros, sino operadores de una mesa de dinero. Ser empresario parecía lo máximo a lo que se podía aspirar, eso y ganar mucha plata. Se deseaba entrar a las universidades con el fin de conseguir los instrumentos para lograrlo y era especialmente cierto con el estudiantado de las universidades tradicionales". Todo el mundo andaba muy reciclado.

Pues bien, ese cuadro ha cambiado del Cielo a la Tierra. Mejor dicho, de la Tierra al Cielo, de lo mediocre pero alcanzable a lo sublime pero absurdo. Hay espectáculos que por sí solos lo dicen todo; hemos visto a alumnos de la Universidad Católica, no hablo de diez o cien, sino de muchos más, quizás la mayoría, reuniéndose en tribus danzantes para cantar el nuevo jingle político de los tiempos: "somos hijos de Chávez,

de Maduro, del Che". Porque sucede, damas y caballeros, que hoy la mayoría de los jóvenes, posiblemente la GRAN mayoría de ellos a juzgar por las elecciones de las directivas estudiantiles, no están ya cómodos con el actual sistema o modelo, sino todo lo contrario. Porque ocurre lo que periódicamente sucede en toda sociedad al cabo de un tiempo, a saber, que gastadas ya sus gracias y fulgores, apagados los entusiasmos, develadas las mentiras o las ilusiones, sobreviene en el ánimo de muchos, pero muy en especial en los jóvenes, un tremendo, terrible sentimiento de INCOMODIDAD, esto es, de inquietud, de hartazgo, de vacío interno, de lata feroz.

Por eso hoy los nenes son mayoritariamente de "sensibilidades" de izquierda y NO en la onda reciclada —¿o resignada?— de los años de la Concertación. Para ellos esos "reciclados" de antaño no fueron sino una caterva de timadores empeñados en perpetrar una colosal estafa político-social en compañía de los capitalistas y en connivencia con los explotadores; en breve, los califican como una manada de viejos vendidos. La tarea de hoy, entonces, para estos muchachos y muchachas completamente incómodos con el mundo tal como es, la tarea para la que se sienten llamados, para la que creen llegaron providencialmente al mundo como llega la caballería a rescatar a los buenos de las garras de los indios malos, es reparar este estropicio, sacarse de encima esta incómoda realidad, volver a las raíces de la izquierda de todos los tiempos, al impulso revolucionario y refundacional que por definición supone un ánimo completamente refractario a la sola idea de desarrollarse profesionalmente para convertirse en empresarios o en ambiciosos ejecutivos trepando por la escalera del éxito corporativo, panorama que les suena obsceno y despreciable.

En la mirada de estos chicos la misión de hoy no es forrarse los bolsillos, sino ser hijos del Che. Y es con ellos proclamándose parientes espirituales de ese personaje, con ellos escuchando con devoción las palabras de mediocridades insubsanables

como Maduro, con estos niñitos dejándose ansiosamente crecer barba y bigote como es siempre *de rigueur* en el *look* de los revolucionarios, con ellos leyendo las solapas de libros marxistas decimonónicos, con estos cabritos es con quienes se manifiesta el aspecto más estridente y visible de la nueva transformación en marcha, a saber, la del paso de la sociedad moderna dedicada a ganar plata y consumir a la sociedad posmoderna y populista en la que se proclama que el lucro es despreciable y debe una vez más asaltarse el Cielo para establecer aquí en la Tierra la Justicia, la Equidad, la Igualdad, la Fraternidad y por supuesto la repartición de paquetes de tallarines a los "compañeros pobla", las becas gratis y los bonos por término de conflicto.

Un filósofo para recordar: Heráclito y su río

Como, por qué ocurrió esto? ¿Qué bicho picó a una juventud que solía decir "no estar ni ahí"? Muchos de ellos lo tienen todo o casi todo y sin embargo están incómodos, inquietos, molestos, irritados e irritables, inseguros y agresivos...

Para entenderlo hay que considerar el simple hecho de que la historia de este país es una tan repleta de cambios como la de cualquier otra sociedad y tan repleta de olvidos acerca de ese cambio como —también— la de cualquier otra nación. Basta que vivamos unos pocos años en ciertas condiciones más o menos estables y nos hacemos la ilusión de que durarán para siempre y han durado ya una eternidad. Se nos olvida la historia y se nos olvida que no hay postura que no termine por hacerse incómoda. Hay que acordarse de vez en cuando del filósofo griego Heráclito. Este caballero resumía su visión del mundo con la breve frase *panta rhei*, todo fluye, nada está detenido, el río que miras por segunda vez ya no es el mismo río, etc. Tenía razón. Y como la tenía, entonces deberíamos siempre y no

solo a ratos mirar nuestro entorno y el infinito panorama del Cosmos no como cosas inertes entrando en meras relaciones mecánicas, sino como VIDA, proceso en infatigable marcha.

La vida es, en su esencia, HISTÓRICA. "Histórica" no significa la simple obviedad de que todo tiene un pasado, sino que cada instante de HOY es resultado de la floración de las condiciones del momento anterior. La "historia", entonces, no es simplemente el recuento anecdótico de un tiempo que ya no existe, sino lo que está sucediendo AHORA, el incesante proceso de transformaciones de lo que era hacia lo que será. Debe entonces aceptarse que el cambio o transformación de una sociedad desde una situación buena, cómoda y próspera a una mala, incómoda y en deterioro —o al revés— es natural por una razón muy sencilla: desde un polo no puede irse sino hacia su contrario con algunas estaciones intermedias. Por eso la pregunta asombrada acerca de cómo es posible lo que le sucede hoy a Chile, el que muchos adultos y casi todos los jóvenes anden rebuznando su incomodidad con el modelo y de hecho con la totalidad del mundo tal como es, merece una sola respuesta: lo imposible es que nos hubiéramos mantenido igual.

Lo digo de otro modo: cada estado de cosas imperante no es la suma de los elementos que en ese momento vemos, sino la invisible relación entre ellos. Vivimos no entre objetos, sino en medio de cambiantes relaciones entre dichos objetos. Y cambiando las relaciones también cambian los objetos y esta transformación produce a su vez un nuevo cambio de las relaciones y así sucesivamente. Es un ciclo perpetuo a veces muy lento pero siempre vigente. Todos lo hemos experimentado. ¿Quién no siente una punzada de dolor aun en medio del momento más feliz porque sabe que el delicado equilibrio permitiendo esa alegría inevitablemente mutará y solo puede hacerlo hacia la tristeza y el pesar, siquiera hacia el tedio?

Una de las relaciones que cambió de ese "estado de cosas" de los noventa, cuando los jóvenes no estaban "ni ahí", fue

precisamente nuestra relación con el entorno material, con todo eso que en su conjunto llamamos "desarrollo económico". Durante el largo lapso del Chile pobre y tradicional nuestra relación con lo material fue la de la **aspiración incumplida**. El país aspiraba a objetos o servicios que pocos o nadie tenía. Lo incómodo, en ese momento, era la pobreza. Queríamos "la casa propia" que aún no teníamos, un auto que tampoco teníamos, la bicicleta, la pelota de fútbol de cuero, entrar a un colegio, comprar zapatos por lo menos una vez al año, una radio nueva, un plato caliente al día, una mediagua, etc. Seguro que había ciudadanos interesados en cuestiones de más elevado vuelo tales como hacer la revolución o crear un mundo más justo, pero la mayoría se concentraba en el deseo o necesidad de lo que no tenían.

Después, durante los años ochenta y noventa, comenzó a instalarse una situación diferente derivada de condiciones económicas distintas. Entonces nuestra relación con las cosas pasó a la fase de **las aspiraciones que están cumpliéndose**. El mucho mayor acceso al crédito de estratos sociales que nunca antes lo habían tenido y la entrada al mercado de infinidad de productos antes inexistentes, inaccesibles, hicieron posible la adquisición de siquiera una fracción de esos objetos de deseo o al menos se desarrolló el ánimo y esperanza de que era posible adquirirlos. Debido a eso dicha etapa fue de satisfacción por lo que se lograba y de contentamiento por lo que podría lograrse mañana o pasado. Fue el estado de ánimo prevaleciente en los primeros e intermedios años de la Concertación. Se hizo posible tener el primer auto, la primera TV a color, el primer refrigerador, entrar a la universidad, lograr "el sueño de la casa propia", salir de vacaciones, viajar por primera vez en avión, etc. Esas "primeras veces", esas primeras compras, esas primeras experiencias de progreso material generaron un elevado grado de complacencia y dieron lugar a años política e

ideológicamente planos donde los jóvenes, como hemos dicho, no estaban "ni ahí".

Pero ya a finales de los noventa y especialmente ahora, cumplidos quince años del siglo XXI, nuestra relación con las cosas ha llegado a ser la de las **aspiraciones cumplidas revelándose como insuficientes**. Es lo que inaugura la etapa de la INCOMODIDAD. Es una etapa inevitable. Tarde o temprano el meollo de nuestra naturaleza, el tedio, hastío o frustración que son su médula, despierta de la anestesia y entonces lo adquirido y ganado revela ser un espejismo repleto de promesas desvanecidas apenas se lograron. ¿Quién no lo ha experimentado? Primero el entusiasmo aminora, luego desaparece y enseguida regresa la lata. Lo que era una novedad excitante se convierte en algo que simplemente tenemos o usamos sin más emoción que las zapatillas de levantarse. Lo único sólido que resta es la deuda, las cuotas mensuales, amén del aburrimiento y hastío de siempre. Inevitable es que las aspiraciones cumplidas pasen a ser parte del entorno natural y por lo mismo ya no ofrezcan la sensación de que nuestra vida está dando un salto hacia delante. Al final de este proceso, cuando ya se tiene un techo decente, el auto, el televisor, a uno o dos de los chicos en el colegio y hasta en la universidad, cuando ya se ha volado en avión y se sale todos los años de vacaciones —aunque sumando otra deuda que nos pesará— la situación se hace completamente diferente: lo ganado deja de excitar y lo que aparece en primer plano es la deuda, la DEUDA y la profunda, sorda y a veces a medias inconsciente frustración por no haber logrado escapar, con todo eso, de la condición reiterativa de la humanidad cuando ha satisfecho las necesidades básicas: el TEDIO.

¿Hay algo más incómodo que el tedio?

De la incomodidad proviene la frustración y la frustración nos pone aun más incómodos; lo que se tiene deja de interesar y emocionar y lo que aún no se tiene parece estar definitivamente fuera de alcance. Lo primero produce lata, lo segundo

frustración. ¿Cómo escapar de ese dilema? ¿Hacia dónde volvemos la vista en busca de un territorio al cual huir para desembarazarnos de este peso que nos agobia, de esta carga que llevamos? Ya saciado el hambre elemental, ¿qué entonces? Arropados ya bajo un techo, ¿qué entonces? Cumplida la aspiración de meter un chico a la universidad, ¿qué sigue? Adquiridos los derechos electorales, ¿qué viene ahora? ¿A qué o a quién le echamos la culpa de que aún no estamos contentos?

Aparece el malo de la película: la desigualdad

¡Qué cuestión más compleja y simultáneamente más antigua! Seguramente se planteó también en la época de las cavernas. Ya hemos comido, la hoguera calienta nuestros cuerpos, las pieles cubren nuestras espaldas y entonces caemos en el sopor y luego... luego salta al primer plano una nueva dimensión, la del desigual reparto del poder y el privilegio. Y por eso ya entonces nos preguntábamos lo siguiente: ¿por qué ESE tipo se atribuye el primer lugar en el reparto de las chuletas? ¿Quién es él para arrogarse el protagonismo en el relato de cómo matamos al mamut? ¿De dónde le vienen esas ínfulas de decidir adónde iremos mañana a cazar?

Porque siempre es así: tarde o temprano unos cuantos tipos algo más listos y/o ambiciosos y/o afortunados y/o decididos que nosotros adquieren cierta notoriedad, se asocian con otros de similar catadura y he aquí que a poco andar emerge una élite, aparecen familias y clanes con algo más de prestigio y recursos y denles ustedes un poco más de tiempo y surge una casta gobernante que no solo pretende sino IMPONE su mirada, su poder, y, finalmente, sus privilegios.

¡Y son una minoría! ¡Se arrogan todo eso y son menos numerosos que nosotros, el estado llano! Verdad es que cumplen algunos servicios reales y otros que lo parecen. Verdad que

el tipo que se come las mejores chuletas dirige bien la horda cuando se trata de salir a cazar y el otro, su hermano, el que pretende ser el intermediario con los infinitos dioses que nos rodean y de quienes dependemos, de vez en cuando sí consigue con sus invocaciones que las manadas que vamos a cazar tengan la bondad de pasar cerca de nuestro domicilio, pero aun así...

Aun así la entera historia humana no es otra, en su núcleo, sino el conflicto sordo o estridente entre élites y pueblo llano, entre los que mandan y los que obedecen, entre los ricos y los pobres o incluso miserables. Esa relación desigual es en extremo dificultosa de manejar. Incluso en tiempos cuando el poder y privilegio de la casta o élite parece legítimo, aceptable, resultado de decisiones divinas o de una superioridad innegable, aun cuando se acepte que dichas élites son indispensables porque llevan a cabo actividades que son realizadas de la debida manera, aun así dicha asimetría, el hecho de que unos pocos se lleven más que los muchos, que unos cuantos monopolicen la fama y la gloria, que contadas personas brillen y luzcan mientras nosotros, los más, vivimos en la oscuridad y a veces en la pobreza, todo eso resulta muy difícil de tolerar incluso si nos parece justo porque, en verdad, lo más fácil es que nos parezca injusto e intolerable.

Así pues, he ahí que tenemos un buen bocado de mamut en la boca pero pese a eso, de hecho, debido a eso, debido a que el hambre que nos acuciaba ha sido satisfecha, lo que ahora nos incomoda es esa desigualdad, la asimetría a la cual sentimos como brutal, injusta e intolerable. Ese sentimiento sobreviene apenas nos hemos comido esa chuleta o superado la "extrema pobreza". Los que luchan cada día por echarse algo a la boca no tienen energía ni tiempo para meditar en cuestiones institucionales. Por eso los más pobres NUNCA SON los más rebeldes, sino al contrario, son los más sumisos. En un libro que trata entre otras cosas de la vida cotidiana del pueblo francés común y corriente de la provincia en períodos previos a la modernidad (*The Discovery of France* de Graham Robb), se señala un hecho increíble: el campesinado solía meterse a la cama a media tarde o antes para ahorrar energía, tan mala era su nutrición, su debilidad crónica. Los villorrios, los campos quedaban vacíos. Todo el mundo estaba en cama. ¿Los imaginan capaces de meditar en las injusticias de la monarquía?

Una vez que en Chile gran parte de la población dejó de pasarse toda la vida ocupada con la mera subsistencia, cuando al fin el "pobrerío" de la sociedad tradicional que vivía en callampas o conventillos pasó a convertirse en "marginalidad" acogiéndose a mediaguas y ahora, transformada en "pobladores", residen bajo el techo de modestas pero decentes viviendas sociales y poseen televisor de plasma y quizás auto o moto a la puerta, la situación cambió; ya no impera el estado anímico de resignada pasividad propio de la pobreza extrema ni tampoco la breve y fugaz fase de la complacencia, sino esa forma de activismo y malestar y arrogancia y postura combatiente contra todo y contra todos y esa rabia sorda y a menudo sin blanco hoy bautizada como "empoderamiento".

Hablo de las mayorías, de los promedios; en toda época, aun las más sofocadas por la pobreza extrema, ha habido activistas preocupados de las grandes cuestiones y ha habido individuos totalmente indiferentes, pero el tono lo ponen las masas cuando se sintonizan en otra frecuencia.

La INCOMODIDAD tal como es vivida por los nenes

Los ánimos y posturas frente al mundo siempre se revelan de modo más estridente y notorio en los jóvenes. Sucede así porque no tienen aún el anclaje que le imponen al adulto las domesticidades y rutinas de la vida laboral y familiar y/o las relativas libertades que permiten un ingreso propio y alguna

experiencia de la vida. De ahí que, si se trata de entender la postura de pasividad y gregario acomodo al mundo, esta no se encuentra claramente manifestada en los jóvenes acomodados, sino todo lo contrario, en los nacidos y criados en un ambiente de extrema pobreza porque este no les deja tiempo, espacio ni recursos mentales para convertirse en nada sino en un marginal en cualquiera de sus variantes o tal vez, con suerte, ya de adulto, en un "hombre de provecho" capaz de sacar partido de las ínfimas oportunidades que le ofrezca la vida.

La postura de rebeldía y rechazo nacida de un sentimiento de incomodidad visceral con el mundo siempre la encontraremos, al revés, más perfilada y notoria en el joven que nace contando con la seguridad de disponer de tres comidas al día, ropa, zapatos, su propia cama, televisor, un tablet, educación, mesada, quizás acceso a un auto o moto. Todo eso, dicha comodidad y prosperidad, termina resultando muy incómodo porque lo experimenta como algo natural cuya posesión se da por descontada y, por ende, no estimula, pero a la vez tampoco lo vive como objeto de deseo porque para eso sería necesario no poseerla. Estando siempre al alcance de la mano, esos ítems de consumo son incapaces de otorgarle siquiera el fugitivo entusiasmo y placer que suministra el acto de alcanzarlos. De ahí que en la perpetua lucha contra el más íntimo e insalvable problema de los jóvenes de todos los tiempos, que es el tedio, la angustia por el futuro, la sensación de no tener identidad y la hormonalidad desatada en busca de objetivos donde evacuarse, el joven acomodado pero incómodo ha de buscar lo que no posee, algo por el momento inalcanzable, algo que asoma apenas en el horizonte y como tal lleno de promesas de absoluto cumplimiento.

¿Qué puede ser esa promesa? ¿Dónde está ese arco iris y qué hay en su olla?

Al comienzo aún no se sabe, no tiene ni existencia ni nombre y es entonces cuando aparece el fenómeno descrito en la

jerga adulta como "el chiquillo mal criado" o "echado a perder", el cabro descontento con todo, el que "no está ni ahí". Lo cierto es que alcanzado cierto umbral de relativa comodidad, los jóvenes, lejos de sentirse agradecidos y contentos, se ponen rebeldes y hasta revolucionarios. Todo les parece mal, insatisfactorio, intolerable, partiendo por el mundo adulto, padres incluidos. Y entonces es en esos períodos de cierta afluencia económica que el ciclo demográfico sufre el siguiente y trascendental cambio: de la transición fluida de las costumbres y valores entre generaciones se pasa a una etapa muy problemática en la que no hay manera de "enrielar a estos cabros de mierda".

Entiéndase que esto es muy relativo porque hay muchos matices, pero en términos generales los jóvenes viviendo en medio de lo ya ganado por la generación de sus padres se interesan poco o nada en lo que aquella hizo, aunque siguen siendo animalitos ávidos de los bienes materiales otorgados por mamá y papá. Pero, esta es la gran diferencia: su foco de interés principal ya no está ahí. **No es en la posesión garantizada de casa, comida, ropa y zapatos que se alivia la inquietud o incomodidad que los hace retorcerse alternativamente de angustia y de tedio**. Es en ese momento, cuando están en busca de otro norte, de un escape, de una causa, de algo que no tengan y les ofrezca vagas promesas de logro; es entonces cuando su atención y hormonalidad se enfoca en "las grandes cuestiones", en los sistemas institucionales, en los temas de poder y privilegio, de valores y costumbres. Y se ponen meditativos, críticos y hasta se sienten culpables de tener lo que tienen. Sus padres se les aparecen bajo una luz cada vez menos positiva, como cómplices de una gran estafa de una injusticia monumental, de todos los males de este mundo. Su afán no es ya imitar a sus padres o hasta superarlos, sino desplazarlos y arrumbarlos como se arrumba una bicicleta vieja.

Si no me creen echen un vistazo a su alrededor y vean cómo son, qué hablan, qué hacen los jovencitos del Chile de hoy, partiendo por sus propios hijos. Es cierto que aún ocupan una gran parte de su tiempo y energías en el uso y consumo de los bienes que han llegado a sus manos y todavía están preocupados de la ropa, los espectáculos y el concierto de rock, pero llegan a sus manos como maná caído del cielo y no hay mucha emoción en tenerlos porque no debieron esforzarse para conseguirlos; su consumo se hace banal y su poder de atracción disminuye y se evapora. Abrumados por el tedio y el galopar embravecido de las hormonas buscan otros alicientes, otras escapatorias de la rutina, un sentido de vida, una identidad.

¿Qué hacen entonces y cómo lo hacen? Según la edad, las oportunidades, el medio en que viven y otros factores, algunos se limitan a no dejar ni un centímetro cuadrado de superficie del país sin cubrirlo con rayados donde expresan su rechazo y su afán de identidad; otros o los mismos se incorporan a las redes sociales y así, apatotados, descargan su resentimiento contra todo y todos; en el colegio puede que presten oídos al profesor que no deja ocasión de hablarles de la injusticia y la maldad de un mundo que lo tiene reducido a correr de un colegio a otro para pagar las cuentas; en la universidad prestan oídos a intelectuales generalmente rascas, meros divulgadores de folletos y voceros de sus propios rencores y fracasos; en otro momento escuchan los cantos de sirena de activistas convocándolos para ir "a cambiar el sistema". Todas estas convocatorias, estas oportunidades de sacudirse de encima la banalidad de la vida —y en el fondo, digámoslo con franqueza, la mediocridad de sus propias posibilidades— las oyen y siguen con placer pues nada quieren con más fuerza que ser parte de algo para así evadirse de ellos mismos, de su individualidad, del aburrimiento y la náusea sartriana. Y bailan y saltan y cantan "¡Somos hijos del Che!".

Pero los adultos también terminan por incomodarse

A los adultos también termina por evaporárseles la complacencia de los fugitivos tiempos de adquisición y notoria y novedosa mejoría de su nivel de vida. Como a sus hijos, pero con otra tonalidad, tarde o temprano los asalta una cierta inquietud, molestia o desazón que los hace presa de ese hostigoso fastidio de quien sospecha vagamente que lo han timado. ¿Quién los ha timado? Nadie en realidad. No hay ninguna conspiración capitalista que haya tramado hacerlo. Nadie los obligó a comprar nada. En más de un sentido se engañaron a sí mismos. Les pasó algo que es independiente de las "formaciones sociales", las "estructuras de clase", la "cultura de la clase dominante" o cualquier otra explicación sociologista de esa laya y que suenan tan profundas. Les pasó lo que les pasa a todos los seres humanos desde la época de Tutankamón hasta el presente: los engañó o más bien se dejaron engañar por una ilusión, el espejismo de que hay un lugar, una forma de vida, un estilo de consumo, una adquisición, una posesión, una mujer, un hombre, una riqueza, una aventura, un objeto, un viaje, una cosa o acto o experiencia que va a rescatarlos para siempre jamás del dolor pesaroso y el tedio de la vida a que los condena su naturaleza a medio camino entre la bestia y el ángel.

Lo he dicho en otros libros, así que lo recordaré brevemente: la vida humana oscila entre la angustia de la carestía y el tedio de la satisfacción. Lo dijo Schopenhauer y tenía toda la razón. ¿Cuántos de nosotros pueden, una vez comidos, bebidos y dormidos, quedarse tranquilamente en reposo haciendo uso de su cerebro para escribir poemas, resolver ecuaciones, crear teorías, filosofías, análisis o sencillamente reproducir en su memoria del primer al último compás una bella sinfonía? ¿Uno en cien? ¿En mil? ¿En diez mil? ¿Y qué hace el resto? El resto es víctima de eso que Jean-Paul Sartre llamaba "la náusea".

¿Cómo llenamos el vacío? En parte nos lo llena la rutina laboral y todos sus anexos. Diez a doce horas del día se van solo en eso. Lo que queda entre esas horas y el dormir nos lo llena la máquina de diversión en masa que nos ofrece la industria del *entertainment*. Aun así restan resquicios de tiempo, brechas por las que el insidioso tedio se desliza y nos atrapa. El tedio es mucho más que sencillamente no saber en cierto momento qué hacer con nosotros mismos y ponernos entonces a bostezar; el tedio nos corroe por entero porque pone en duda todo lo que somos y hacemos. Es como una floración maligna, un hongo venenoso. Esta es la experiencia: no solo te aburres ahora, sino que el tedio te pregunta cómo no te aburriste también con las idioteces con que lo espantaste hace diez minutos. Una nube gris, húmeda y triste se desploma sobre la totalidad de tu vida. Toda ella se hace dudosa, peor aun, de poco o ningún valor. El tedio nos arroja al vacío y desde el vacío nada parece tener consistencia. Insisto: es la náusea sartriana.

Así entonces cuando no estamos "ocupados", esto es, olvidados de nosotros mismos, se nos revela como vacío aun lo que parecía llenarnos la vida. Se derrumba en la nada lo que poseemos, lo que hacemos, lo que nos entusiasmó. Es un sentimiento similar al hartazgo que se siente después de acabada la fiesta, después de terminada la parranda con los amigos, después de las risotadas que nos estimularon las primeras copas, después del placer del coito. Y no asalta simplemente a tal o cual persona, sino en ciertos momentos a la entera sociedad. Hay lapsos históricos en que toda la gente anda en esa onda. Los franceses lo llaman *malaise*, malestar. Y dicha *malaise* siempre se presenta luego de un período de crecimiento del consumo y de progreso material. Tiene que haber ocurrido esto último para que se revele su inanidad, nuestra incapacidad de realmente volar, de liberarnos de la pesada gravitación de la vida cotidiana. Es a esa *malaise* a la que aquí llamamos incomodidad.

Quienes no perciben este mecanismo oscilatorio de la conciencia humana, tan propio de su condición y descrito tan simple y poderosamente por Schopenhauer, el hecho de que la gente esté sumida en dicha *malaise* o incomodidad les parece asombroso e inexplicable. Creen que la desdicha solo tiene derecho a existir si se está sufriendo hambre, enfermedades o caen bombas de demolición sobre nuestra cabeza. ¿Pero como?, dicen, ¿acaso la economía no ha crecido por años de años a un 5%? ¿No hay ahora un regio televisor en cada hogar del país? ¿Acaso no ven que sus hijos tienen oportunidades de estudio que ellos, los padres, no tuvieron? Y entonces se les ocurre que el problema radica en que dichas personas tienen hoy expectativas aun más altas pero todavía no satisfechas; entonces, piensan, bastarían otros diez años creciendo al 5% y se acabará el problema. Y dicho eso se establece una serie de dichos derivativos de esa premisa y se dice que la ciudadanía tiene expectativas más altas o su consumo de bienes y servicios es "más exigente" o además se interesa en mercancías más elevadas como lo son los temas institucionales y espirituales, la equidad, la Justicia, la igualdad de derechos, los géneros, las sensibilidades.

Y todo eso es cierto. Esos nuevos blancos de la atención y verbalización existen. "Son", pero no son la esencia del proceso, sino solo su fenómeno, su exterioridad o manifestación. La esencia de una conducta y/o postura es el motivo, el estímulo psíquico que la sostiene, no el objeto al cual dicha energía se asocia; el objeto es importante, es su camino de evacuación, pero no el origen de la tensión que a lo largo de él se encamina. Entendido eso se entiende que no le vino de súbito a los chilenos, por puras razones intelectuales y grandeza de corazón, un afán extraordinario por hacer justicia en este mundo ni tampoco fue resultado de observar con compasión —o con miedo de sufrir lo mismo, lo que sería más probable— el caso de tal o cual grupo de personas experimentando un abuso; había un

potencial de fastidio y malestar —incomodidad— que buscaba un pararrayos y este fue amablemente suministrado por quienes siempre lo suministran: los evangelistas del cambio refundacional, los movimientos y partidos que viven explotando el resentimiento y/o avivándolo si está dormido, los que hacen promesas maravillosas y auguran la pronta venida del Salvador, del Mesías, del Hombre nuevo, de la Paz y de la Alegría a todo trapo. Ya sabe entonces a quiénes me refiero...

¿A qué aspiran los que ya respiran?

...y sucedió entonces que grandes y chicos despertaron de la borrachera del consumo, de ese entusiasmo y fugitivo placer que se obtiene cuando, recién salidos de la pobreza, los ciudadanos descubren que pueden posesionarse de bienes hasta entonces inalcanzables. ¿Quién dejó de oír, en los años noventa, el canto de sirena de la banca y las financieras? ¿Quién no se endeudó? No importa: la gente pudo sentir que al fin respiraba. Tenían techo decente, ropa, educación, entretención, tarjeta de crédito, ficha de cliente en La Polar o Almacenes París, quizás un auto de tercera o cuarta mano, quizás uno nuevo pagadero a cinco años plazo.

Pero, como decía un amigo mío acerca de quienes insisten que van a la playa por cambiar de aire, "no se puede estar respirando todo el día". O como ya les dije: vino el despertar, la novedad se convirtió en lugar común, el entusiasmo se entibió y después enfrió y el tedio y el vacío regresaron con fuerza. Y como también os dije, así mismo compareció ese malestar que deriva de la desagradable sensación de haberse vivido un engaño. Y he ahí entonces a esos grandes y chicos psicológicamente listos para encontrar un culpable de su terrible incomodidad vital y espiritual, alguien a quien colgar en la plaza pública. ¿Y quiénes podían ser los candidatos a ser colgados sino los empresarios, los ricos, los capitalistas, los abusadores? Y hago mal en enumerarlos como si fueran cosas distintas: para ciertas sensibilidades son una y la misma cosa. Y ahí estaban, como siempre lo están, ciertas conocidas sensibilidades políticas a la espera de "las condiciones objetivas" para ofrecerle en bandeja a los molestos, a los defraudados, frustrados y enojados ese excelente pararrayos que es el sistema. Por consiguiente, hoy los jóvenes no quieren ser empresarios, sino crucificarlos; no quieren iniciar empresas, sino vigilar, regular, aherrojar y llegado el caso cerrar las que les parecen sospechosas.

Esto es sencillamente así. Es, si me permiten, una ley histórica. Periódica, regularmente, ya sea por la carencia o por el hartazgo, salta al primer plano el tema eterno de todos los tiempos: el de la desigualdad entre las élites y el resto. Y esta, la que vivimos, es una de esas ocasiones. A nadie le preocupó la desigualdad mientras estábamos ensimismados mirando las vitrinas y calculando cómo íbamos a comprar esa mercancía que nos guiñaba un ojo, pero hoy ya no nos llena la vista un maravilloso televisor de plasma tras la vidriera de una tienda, sino que la ocupa lo que nos muestra ese televisor ya instalado en nuestra casa, la imagen de los ricachones sorprendidos en manejos irregulares en la política o en sus negocios. Nunca antes nos importó, incluso si lo supimos o lo imaginábamos; solo nos importaba que esos tipos nos abrieran una línea de crédito, nos proveyeran de tarjetas y nos dejaran acceder a siquiera las migajas de la mesa del consumismo.

¡Esperen un momento!. No salten como resortes de su asiento clamando que yo estoy "defendiendo" a los ricos. Entre los ricos, como entre los pobres, sobran los desalmados, con la diferencia que los ricos tienen más medios para hacerlo notar. Digo, sencillamente, que solo ahora es "tema" y antes no lo fue, o al menos no para la mayoría del país.

Hay bastante gente razonable hastiada de los trajines y tumultos revolucionarios, pero...

Permítanme citar el primer párrafo de una columna que publiqué en *La Tercera* en diciembre del año 2015:

> *Lo que fracasó en Venezuela y ha sido debidamente castigado el pasado domingo, lo que fracasó en Argentina y fue vapuleado como se lo merecía, lo que una vez acabado el boom gasífero fracasará en Bolivia y seguramente sacará del escenario al folclórico señor Morales y su ambición de perpetuarse en el poder y mojar sus patas en el Pacífico, lo que fracasó en Brasil y lo tiene al borde de una depresión y de un impeachment a su presidenta, a quien tal vez saquen, pero —y con todo respeto— también lo que está fracasando en Chile aunque todavía a dos años de decidirse si se saca o no a los culpables, todo eso es, con todas las variantes del caso, un modelo o la ambición de erigir un modelo social, político y económico cuya definición positiva, su "qué es", todavía no la conocemos y quizás ni siquiera exista, aunque sí su definición negativa, qué NO es o más precisamente qué NO QUIERE ser, de qué desea alejarse...*

La duda sigue vigente. ¿De qué se trata exactamente el "nuevo modelo", como lo apelan en Chile los filósofos y jurisconsultos del gobierno? Pudiera creerse que el nuevo modelo, definido por *default* con puras negatividades, no es al fin y al cabo sino una variante del mismo modelo que defendió y consolidó la Concertación, el modelo de una sociedad básicamente capitalista y de mercado pero a la cual ahora se intentaría darle unos toques cosméticos y hasta propinarle algunas transformaciones a varias de sus instituciones y normativas legales, así como poner al día costumbres y posturas en una serie de temas "valóricos". Esta, la dicha, es una manera de entender el "nuevo modelo" muy del agrado de los viejos tercios de la Concertación, del PDC y de los socialdemócratas que hicieron debidamente su reconversión desde el ascetismo comunista a la prosperidad de los nuevos ricos. Si se les pregunta, de inmediato señalan que es preciso celebrar esos retoques porque, nos explican, en varias materias el país ya no da el ancho, pero, ¡atención! nos dicen, no da el ancho para la tarea de fundamentar aun más exitosamente el sistema económico surgido del régimen pinochetista y perfeccionado o amononado durante los cuatro gobiernos de la Concertación, NO para demolerlo.

Ahí es donde surge el problema, porque si bien en la Nueva Mayoría hay bastante gente de antaño, razonable —y si acaso no reciclada al menos hastiada de los trajines y tumultos revolucionarios con los que se divirtieron de cabros chicos—, junto a ellos hay también una nueva generación de políticos que vienen de la nada, del vacío, de la ignorancia y el entusiasmo de la juventud, cabritos y cabritas surgidos literalmente de la calle y las gloriosas marchas estudiantiles, como desde luego lo son los miembros de la bancada juvenil, hoy con los bolsillos forrados por mucho que cuando llega el momento en que los Honorables se alzan el valor de la dieta en el acto saltan a la palestra a mostrar cara de indignación y exigir que no se produzca tal arreglo de bigotes.

A ellos se suman otros personajes que —metafóricamente también provienen de la calle, como Alejandro Navarro y otras celebridades por el estilo. A juicio de estos visionarios es imperativo aprovechar la coyuntura para ir mucho más lejos. Lisa y llanamente los perlas quieren echar abajo el actual modelo. ¿Para reemplazarlo con qué? Solo de labios de Navarro, vocero oficioso del madurismo-leninismo, se escuchan afirmaciones del tipo que uno espera de un revolucionario, aunque no por eso más precisas sino, por lo mismo, con la habitual ambigüedad y charlatanería de esa sensibilidad. Los demás, salvo momentos excepcionales, solo concentran su ardor pujando por "transformaciones profundas" para cada proyecto legal del programa presidencial que Palacio presente

en el Congreso. Ni siquiera de labios de Camila Vallejo, comunista, se ha oído jamás que su meta final sea una sociedad socialista. Qué digo, ni siquiera de labios del secretario general del PC, señor Teillier, se ha oído tal cosa. En el XXV Congreso de su partido, celebrado a fines del 2015, no pronunció ni una sola vez en medio de su interminable discurso dicha complicada palabra. Tal vez lo digan para callado. ¿Es por no espantar a nadie o porque ellos mismos no están muy seguros de qué concepto GLOBAL de sociedad tienen en mente, más allá de la implementación de las reformas?

La confusión, indefinición o confidencialidad doctrinaria de Camila o Teillier es compartida por todos los adversarios del modelo de economía de mercado. Dicho sea de paso, este movimiento que se proclama transformador carece TOTALMENTE de ideólogos dignos de ese nombre, a menos que cataloguemos como tal al coautor de cierto tratado jurídico-filosófico-sociológico cuya oscuridad y pretensión recuerda los esperpentos que perpetraba en los años sesenta cierto caballero, Louis Althusser, para "explicar" el misterio máximo, el Arca de la Alianza de la izquierda, *Das Kapital*. No se rían, pero hubo autores —Marta Harnecker— que escribieron libros para a su vez entender las explicaciones de Althusser.

Lo que sí saben exactamente estas personas es lo que no les gusta. Por eso pueden perorar largamente sobre los defectos del sistema neoliberal, detallar uno a uno sus vicios, examinarlos, evaluarlos, juzgarlos desde una perspectiva ética y/o filosófica y/o sociológica, finalmente desmenuzarlos y arrojarlos al tarro de la basura, pero no tienen en absoluto claro qué modelo debiera reemplazarlo más allá de apilar algunas vaguedades untuosas y salivosas como las que conforman el programa de gobierno de la señora presidenta.

¿Socialismo? Algunos aun se atreven a usar esa expresión, pero vaciada de su contenido de ideas y pobremente apuntalada con adjetivos y convocatorias anexas, como lo son esas

cantinfladas acerca del "nuevo socialismo" o el "socialismo bolivariano". Socialismo propiamente tal, despojado de adjetivaciones y miriñaques, significa en su esencia control estatal de los medios de producción, pero hoy ya se sabe que eso no funciona; se sabe también qué ese tipo de control central obliga a mantener un Estado policial o, en todo caso, represivo; se sabe que ese es el único modo de hacer andar a medias una máquina económica que, de otro modo, se empantana del todo y se sabe también que en un sistema así reina una espantosa asfixia cultural, una perpetua vigilancia de todos contra todos y NI SIQUIERA se logra el objetivo ya mencionado de hacer andar a medias la economía. Y porque se sabe todo eso, entonces mejor ni hablar de socialismo. He ahí la razón por la que ni el más necio socialista o comunista de hoy lo propondría.

Pero ¿entonces qué?

Yo no lo sé y al parecer tampoco estos ciudadanos tan a disgusto con el capitalismo. Por ahora vagabundean en busca de una respuesta, de un norte al cual dirigirse y al cual bautizar; tal vez de una nueva doctrina que esta vez sí funcione o acaso una antigua que reciclar. Lo único claro e indudable que agita sus espíritus es la crítica y hasta el odio o siquiera el disgusto que les inspira el *establishment*. Y el núcleo de esa crítica y molestia imperecedera, de esa molestia que ha estado presente en cada movimiento de rechazo y repudio que la historia haya conocido y documentado desde las luchas sociales en la antigua Roma hasta las del siglo XIX, ese fenómeno eterno e indestructible que porfiadamente se desarrolla y reaparece en toda forma de organización social imaginable y que les causa un repudio irresistible es la DESIGUALDAD.

¡¡¡LA ODIOSA DESIGUALDAD!!!

A propósito de los enojados y el socialismo bolivariano, entra en acción el senador Alejandro Navarro

El diminuto senador Navarro más que compensa su pequeña estatura con una actitud que los judíos llaman *chutzpah*, los alemanes *schamlosigkeit*, los franceses *effronterie* y nosotros "cara de palo". El episodio de su accidente en un trineo de nieve proyectó en glorioso *technicolor* la superlativa dimensión de su entereza en ese plano. Dijo haber estado viajando en ese vehículo para visitar a unos ciudadanos de su distrito. El trineo y la cancha donde se movía pertenecían a un resort turístico, pero nunca se sabe dónde puede estar un ciudadano necesitado de asesoría cívica. Así fue como luego Navarro se planteó ante el universo como un mártir caído en la línea del deber.

Fuera de eso se hace notar abundantemente. Es de los congresales que todo el mundo conoce. Amigo de hacer denuncias, ha incluido en ellas a colegas del Congreso. El día que no tiene adónde apuntar el dedo vaya a saber uno dónde se lo guarda. Su estilo oral es el que se puede esperar del fenotipo: estridente, áspero, acusatorio, simplista y agresivo. Sobre todo "revolucionario".

Navarro es, en efecto, uno de los más sistemáticos revolucionarios del sistema frontal de "trasformaciones profundas" cuyas intensas e inclementes precipitaciones de caca azotan a todo el país. Sistemático, decimos, porque nunca olvida apoyar a los camaradas chavistas de Venezuela, quienes por esa razón depositan mucha confianza en él; pero además es muy regular y hasta previsible en expresar siempre su inquina contra todo lo que huela a dinero, clases altas y derecha, así como a empujar toda iniciativa que le parezca en sintonía con la revolución en marcha.

Navarro es representativo de una variedad de revolucionarios que nunca faltan, la criatura a medio camino entre los pitucos repletos de doctrina y el pueblo llano rebosante de rabia.

Tiene ilustres equivalentes y precedentes en figuras de la Revolución francesa, algunas de ellas con nombres, aunque las más son anónimas y conocidas solo porque sus actos aparecen registrados al pie de página de algún capítulo de esa historia. Se trata de personajes de origen humilde que, a punta de viveza, ambición, coyunturas favorables y cierto desplante descarado y audaz lograron por un momento asomar el rostro en el gran drama de la historia.

El rasgo peculiar de esta clase de personajes es su escasa densidad cultural. Los revolucionarios de barrio de la Francia de 1789 distaban de haber leído a los enciclopedistas, a Voltaire o a Montesquieu, de conocer y, por tanto, admirar la estructura constitucional británica o la americana; tenían quizás entre pecho y espalda algunas lecturas más o menos subversivas como lo eran, en esa época, los panfletos o novelas pasadas de contrabando en las que arzobispos y damas de corte aparecían envueltos en escandalosos *affaires* eróticos descritos con lujo de detalles, pero, sobre todo, tenían abundante resentimiento. No se requiere, en este nivel de "actores sociales", mucho más para que se encaramen al carro revolucionario. Si se rastrea la vida de estos sujetos, si se indaga dónde nacieron, en qué medio se criaron, cuáles fueron sus experiencias de la niñez y la adolescencia, qué les sucedió de jóvenes y luego de adultos, nueve veces de diez o quizás noventa y nueve de cien aparecen episodios de frustración, humillaciones, pobreza, ambiciones pisoteadas, abusos múltiples y esa experiencia atroz, global y desesperanzada de que el mundo no solo es ancho y ajeno, sino además cruel y desdeñoso.

A estos revolucionarios de barrio, de cafetín, de camisas arremangadas, de lecturas escasas, de rabias paridas, de resentimientos feroces, de vociferaciones y enormes ganas de encontrar blancos legítimos a quienes patear, en fin, es a estos tipos repletos de unas ganas incontenibles de cobrar venganza por sus deprimentes vidas a quienes pertenece el protagonismo

muscular de las revoluciones, lo que hoy llaman "la calle"; son los que asaltan las Bastillas, los que saquean los negocios, los que arrastran por el suelo a los reaccionarios, los que cuelgan de los árboles a los opositores, los dados a incendiar y destruir; son la fuerza elemental operando como el brazo armado de los revolucionarios algo más instruidos —pero no mucho más— que hacen el papel de dirigentes y "vanguardias" del temporal.

Me pregunto todavía en cuál de esos dos roles ubicar a Navarro.

La desigualdad es terrible no cuando es injusta, sino cuando es justa

A los progresistas, desde luego a Navarro, les molesta mucho la desigualdad. Es tema que permanece todo el tiempo en el centro de sus preocupaciones y sus discursos. No desean sino aniquilarla y por consiguiente cranean enteros programas de gobierno para "terminar con las desigualdades". A veces hablan, con cierto toque de engañosa moderación, de "igualar la cancha". No aclaran si luego de igualada la cancha ya no verían con tanta molestia que hubiera ganadores y perdedores en esa carrera, cosa inevitable en toda cancha y en toda carrera. De modo que hay que preguntarse el por qué. Es una interesante y simple pregunta. ¿Por qué? ¿Por qué a algunos y quizás a todos nos molesta tanto la desigualdad? ¿O acaso solo sucede con ciertas desigualdades?

En uno de mis cuadernos de notas hice anotaciones sobre eso bajo el efecto de una súbita ocurrencia o asombro: con qué NATURALIDAD, me dije, nos parece natural NO tolerar o aceptar la desigualdad, asumiéndola a la pasada y "naturalmente" como el colmo de la injusticia. Y me pregunté por qué. ¿Acaso porque siempre se supone que se nos hizo injusticia si dicha desigualdad no nos favorece? Y luego tuve la siguiente

revelación: a uno le molesta la desigualdad no cuando es injusta, sino cuando es justa. Cuando es injusta simplemente nos sentimos víctima de un abuso, lo cual es culpa del abusador; cuando es justa entonces la culpa es nuestra: somos menos buenos, menos listos, menos valiosos que otros.

Confieso que siempre he tenido sospechas de las cosas "naturales". Me sucede especialmente con esas tesis que no solo son naturales sino además y con el tiempo han adquirido un estatus de verdad oficial, revelada, oleada y sacramentada, institucionalizada en alguna clase de discurso correcto aceptado por todos y nunca más discutido. A veces esa sospecha está de más porque lo aceptado es algo probado y archiprobado con todas las de la ley, como las proposiciones de la geometría euclidiana, pero aun así vale la pena sospechar y escudriñar. En este caso lo hice y constaté algo muy simple, un elemental ABC que como todos los ABC solemos olvidar: hay muchas desigualdades que nos importan un comino. Por tanto no es la desigualdad en abstracto lo que nos molesta, sino las asociadas a determinados rasgos de nuestra condición.

En efecto, ¿a quién le preocupa que el vecino sea capaz de salir todas las mañanas a las seis a correr diez kilómetros y nosotros no? Esa desigualdad de fuerza física, disciplina o lo que sea no nos importa en absoluto. ¿Y qué nos importa que Juanito se convirtió en un tenista del *ranking* y nosotros apenas le pegamos a la pelota? Esa desigualdad tampoco nos fastidia porque nunca nos importó el tenis. ¿Y qué pasa cuando pensamos en ese chiquillo delicado y medio afeminado que conocimos en el colegio y ahora convertido en un poeta alabado por las almas sensibles? ¡Ah, esa desigualdad podría importarnos! Esa nos molestaría porque dicho fulanito de quien nos reíamos viéndolo escribir poemas empalagosos resulta que ahora es CONOCIDO y a nosotros, que también los escribimos pero a escondidas, no nos conoce ni nuestra madre. Y lo mismo con el tontón del curso que se hizo rico y famoso. Era un pasmarote

nunca muy popular, más bien mirado en menos, pero ahora helo ahí, cien veces más platudo que nosotros... Y esa desigualdad también puede que nos importe.

La razón evidente —porque siempre es bueno tener ante la vista lo evidente— de esa diferencia entre la desigualdad que importa y la que no importa es esta: las desigualdades intolerables son las que afectan la posesión diferencial de un elemento clave de nuestra identidad. No se trata simplemente del pan que alguien nos haya quitado de la boca generando una desigualdad entre nuestra hambre y su apetito, sino del prestigio, del reconocimiento, de la fama, el éxito y todo lo que promueve gran complacencia con uno mismo porque nos fortifica en la creencia, traída desde la infancia y apenas debilitada con los años, de que somos todopoderosos. Una vez comidos y arropados, olvidadas ya las necesidades básicas porque las hemos satisfecho, de inmediato queremos ser como Dios y no encontrar obstáculo en nada, menos que nada en nuestros semejantes. Pero rara vez lo logramos; hay otros que andaban en las mismas y ya nos cerraron ese camino. Es esa desigualdad en el *ranking* del éxito y el merecimiento, entre los que sí lo consiguieron o parecen haberlo conseguido mientras nosotros nos hemos quedado al medio de la tabla, es esa diferencia la que no podemos resistir. La desigualdad que importa es no haber conseguido un Bien que consiguió un tercero. El infeliz se apropió de lo que deseábamos y nos frustró. Él lo consiguió y nosotros no. ¡Ah, maldito sea! Y nos llenamos de odio porque tendemos a asumir, a sospechar y a temer que quien nos ganó en ese escalafón no solo nos impidió ganar, sino que lo hizo con justicia porque es mejor que nosotros. ¡Nos ganó porque es mejor que nosotros! Eso no podemos tolerarlo, ningún Dios podría tolerarlo.

Hay algo más, algo peor, terrible: esa diferencia de posiciones en casi cualquier escalafón surgirá siempre e inevitablemente porque la primera y más fundamental desigualdad de

todas, la más inescapable de todas, inevitable, absoluta, es la que hay entre los seres humanos en materia de talento, energía, inteligencia, suerte, oportunismo, vigor, salud y belleza. De ahí que, donde sea que nos encontremos y compitamos, aparecerá una desigualdad, una jerarquía, los buenos y los malos, los exitosos y los perdedores.

En breve, odiamos la desigualdad salvo que seamos como Leonardo da Vinci, buenos para todo, mejores que todos en todo. Es nuestro destino como raza: cada menoscabo nos disminuye, reduce, limita, aplasta, a veces incluso nos hambrea o como mínimo nos despoja brutalmente de la ilusión infantil de la omnipotencia.

Y en esto operan, además, terribles lógicas

Estas diferencias que nos separan a unos de otros pueden ser en ocasiones muy pequeñas, pero una terrible lógica manifestándose en casi en todos los ámbitos de la realidad nos enseña que —aun en el caso de mínimas diferencias iniciales, ya sea de capacidades, de oportunidades o recursos—, estas tienden a incrementarse y poco a poco generan más ventajas que aceleran la velocidad del incremento y, eventualmente, se crean abismales distancias en la carrera por obtener los recursos en disputa, ya sea más agua y más luz en el caso del mundo vegetal, más presas, más progenie y más oportunidades sexuales en el caso de los animales, más poder y más privilegio en el caso nuestro.

¿Qué institución política, religiosa o económica, qué sociedad cuya historia conozcamos desde sus inicios, pequeña o grande, NO ofrece a la observación exactamente el mismo fenómeno?

Véase el caso de la cristiandad. La cristiandad, aunque inspirada en los más piadosos sentimientos de hermandad e

igualdad entre sus feligreses, evolucionó rápidamente desde la simplicidad evangélica a institución en extremo jerárquica, con obispos viviendo en palacios y párrocos arreglándoselas como pudieran. O véase el caso del partido bolchevique, que quería demoler la sociedad zarista formada por nobles, hacendados y siervos para instaurar en reemplazo el socialismo, pero al cabo de un tiempo dio lugar a una casta privilegiada, la "nomenclatura", dotada de servicios especiales, incluso tiendas especiales. Y véase el caso de la Concertación. Aunque menos estridente en sus llamamientos a la igualdad y la justicia, en veinte años crió una casta de apitutados, *lobbystas*, comerciantes, ocupantes perpetuos de cómodas ONG, directorios de empresas públicas, beneficiarios de préstamos especiales de la banca estatal —como conocemos al menos dos flagrantes casos—, negocios truchos, políticos atornillados de por vida y toda la variedad de corrupciones y de corruptos que han ido desfilando en los titulares de la prensa en los últimos años.

A no hacerse ilusiones; no hay sociedad igualitaria que dure más allá del capítulo inicial, cuando, por lo demás, ya se avizoran los primeros empujones y zancadillas en la brega por ocupar los primeros puestos. Y hay más; esas diferencias se consolidan con el tiempo. Aparatos institucionales creados *ad hoc* no solo resguardan sino que amplifican dicha distancia e incluso, en ocasiones, la acorazan al punto de dificultar el ascenso de quienes tienen méritos e impedir el descenso de los que carecen de ellos.

Esto significa una sola cosa: todo orden social que jamás haya existido se hace desigual y jerárquico aun si se ha iniciado con desigualdad cero; lo hace con decisivas y cada vez más intensas graduaciones de poder, riqueza, privilegio, fama y prestigio, las cuales terminan por hacerse muy abusivas. Dada la manera asimétrica como se distribuyen las capacidades humanas, pero, en especial, dado el modo como los favorecidos intentan mantener a raya a los candidatos a subirse al mismo

bote, esos órdenes sociales desiguales ofrecen siempre el mismo espectáculo: una minoría apoderándose de una desproporcionada cuantía de los bienes de este mundo. Por lo mismo es obvio que el resto, la gran mayoría, deberá conformarse con la ración que caiga del mantel. Y luego sucede esto: no solo cada uno de los miembros de esa mayoría ve claramente que los de arriba poseen más y le quitan toda esperanza de lucir y crecer, sino además no deja de ver que quienes son como él constituyen el grupo más numeroso. Esa percepción es peligrosa. He leído en alguna parte que en Roma nunca se hacía un censo que contemplara a TODOS los habitantes, porque, de hacerlo de ese modo, serían contados los esclavos y estos se darían cuenta de cuánto más eran que sus odiosos amos. Porque, en efecto, es de necesidad matemática que todo orden social esté sujeto a una fuerte tensión entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco. Cuando esa tensión toma una forma colectiva, cuando se hace consciente como grupo, vienen tiempos muy bravos.

Y ahora veamos la desigualdad tal como se vive en Chile

En promedio la población chilena actual disfruta condiciones de vida bastante mejores que las de sus padres o abuelos. Es un hecho que no se puede negar. Ya no queda gente que ande patipelada y se muera de hambre o se pudra en un conventillo, afectada de tuberculosis. Ya no somos el país con la más alta mortalidad infantil del mundo, como alguna vez lo fuimos. La clase media ha crecido, tiene acceso a muchísimos bienes —aunque sea endeudándose— y espera seguir progresando, PERO eso no la hace decir "gracias a la vida" porque lejos de compararse con sus padres y abuelos, que tenían mucho menos, se compara con los de arriba, que tienen mucho más. Es cuando el hecho de las diferencias destaca y comienza a parecer

intolerable. ¿Por qué solo los académicos gobiernan las universidades? ¿Por qué hay ejecutivos que me dan órdenes? ¿Por qué ese fulano gana más plata que yo? ¿Por qué aquel otro lucra y yo solo recibo un salario? ¿No somos todos iguales en Cristo?

A ese sentimiento de rechazo hacia toda forma de desigualdad, a ese afán por "emparejar la cancha", a esa devoción por la igualdad en todas sus formas, a esas sospechas ante todo lo que parezca escalonarse en una jerarquía y a las actitudes que origina es a lo que se llama, hoy día, estar "empoderado". En países anglosajones hace tiempo se habla del *empowerment*, pero allá significa otra cosa. Y acá es novedoso. ¿Novedoso? En realidad no lo es ni aquí ni en ninguna parte. No hay sociedad conocida sin desigualdades y sin lapsos históricos con las masas "empoderadas" manifestando un talante exigente y hasta conflictivo que a menudo desemboca en revueltas de gran calado. El pretexto o motivo puede ser baladí, pero es la chispa que enciende combustibles acumulados por largo tiempo.

Sobre esta continuidad histórica de las explosiones populares contra el orden social se podrían escribir enciclopedias. Sin embargo, a pesar de esa infinidad de casos y de las grandes diferencias de tiempo y lugar, basta estudiar unos pocos para detectar ciertos patrones. Uno es que el resentimiento aumenta y los estallidos se producen NO cuando reinan malos tiempos, hambrunas o calamidades, plagas o guerras, sino cuando un lapso de avance y prosperidad es interrumpido aunque sea brevemente por un período de vacas flacas. La frustración, en esos casos, es enorme. Mucho más frustrante es dejar de recibir lo que nos sacó de la pobreza que no poder salir de esta. Se repiten también los tipos humanos que en esas ocasiones salen del anonimato y cobran protagonismo, así como las acusaciones que se hacen, los ataques que se perpetran, las innumerables venganzas que se cometen, las violencias que se desenfrenan.

Y entonces aquí estamos, bien jodidos, molestos y hasta angustiados con este Chile repleto de gente incómoda con su vida, repleto de gente enfurecida, encabronada por esos viejos resentimientos que brotan del fondo común de toda estructura social, lo cual ha sucedido desde la época de las cavernas a la fecha. Es la rabia sorda por la vieja y funesta división entre los de arriba y los de abajo, siempre tan implacable, inexorable, odiosa, natural y en parte también artificial, tan llena de anexos abusivos y de excrecencias detestables. Y entonces, en el acto de pretender destruirlas, imaginamos, como lo han hecho todas las generaciones en igual predicamento, que librados de esos ripios construiremos al fin una sociedad igualitaria. Normalmente, al poco tiempo nos damos cuenta de que solo hemos reemplazado un sistema jerárquico por otro y hemos sido el trampolín para el acceso de unos pocos al poder y privilegio. Lo vimos con el movimiento estudiantil y lo veremos con cualquier otro.

Así está Chile, insisto, furioso con los abusos de La Polar, furioso con los ejecutivos de Penta que dieron dinero a políticos usando boletas falsas, furioso con los políticos progres que fueron en procesión a pedirle plata al yerno de Pinochet, furioso con los arreglos de precio de las papeleras, furioso con las isapres, furioso con las AFP, furioso con los hocicones de los medios que han hecho carrera fustigando el "pinochetismo", furioso con los empresarios, furioso con los políticos forrándose los bolsillos con dietas millonarias y toda laya de bonos... furioso, furioso, furioso, FURIOSO.

Uno de los furiosos: el chofer de retroexcavadora Jaime Quintana

Uno de estos furiosos es el senador Jaime Quintana. Pase lo que pase con su futura carrera política, al actual senador Quintana ya no se lo olvidará jamás. Quedará para siempre en el anecdotario de la historia asociado a la retroexcavadora, máquina

con la cual, en su fervorosa imaginación, habría que demoler el actual modelo social para sobre terreno llano construir otro del cual, dicho sea de paso, el propio Quintana jamás dio ni ha dado detalles.

Este caballero se ve siempre bien vestido, bien afeitado y sin duda duchado, tan prolijo en su postura como un predicador evangélico. Además es "licenciado en Letras" y estudió leyes, por lo cual se infiere que fuera de las agradables virtudes de su apariencia, el hombre algunas letras seguramente tiene. ¿Cuántas?, es pregunta que no debe hacérsele a ningún político, autoridad, ejecutivo, hombre de empresa o incluso profesor en estos días de tan deteriorada cultura y acrecentado barbarismo y que hubieran hecho temblar incluso a Gibbon, el autor de *Decline and Fall of the Roman Empire*. La respuesta puede ser deprimente. Ya no corren los tiempos cuando la élite política y social de una nación podía jactarse, en promedio, de manejar tres lenguas modernas como mínimo y quizás arreglárselas con el latín y a veces también el griego; ya no hay en las residencias de la élite vastas bibliotecas ni damas y caballeros capaces de adornar sus dichos con algún fragmento de Homero; lo que tenemos hoy es una barbarie tecnificada: infinitas criaturas capaces de manipular con destreza simiesca unos cuantos artilugios electrónicos, sacar un posgrado en UNA especialidad y en lo demás, en lo que antes se llamaba "cultura general", jactarse de haber leído *50 sombras de Grey* o algún otro *best seller* por el estilo. Ni en sus lecturas ni en su escritura ni en sus gustos musicales ni en sus matemáticas —la regla de tres simple suele ser un misterio doloroso para muchos de ellos— ni en su versación en historia ni en sus conocimiento de ciencias ni en absolutamente en nada hacen otra cosa que exhibir sin asco, sin vergüenza y sin pudor su inmensa ignorancia y elementalidad.

Sin embargo y en una de esas Quintana, quien tiene dicha licenciatura en Letras, escapa de la plana superficie de ese lamentable cuadro. Pero en política, tememos, es tan elemental

como Navarro, a quien se parece en una versión levemente mejorada, algo así como un Navarro 2.0 y con corbata. Quintana, como Navarro, es de los que empuja el "proceso", uno de los que se irrita con la decé cada vez que este decaído partido patalea un poco y suelta algunos rezongos. En esto concuerdo con Quintana, aunque no en el contenido de su irritación; la decé, que vendió la poca alma que le restaba por un puesto en la bien servida mesa, sencillamente enajenó su derecho a que sus portavoces y comensales, ya instalados y con la servilleta puesta frente al mantel estatal, vengan ahora a hacerse los lindos, los moderados y los defensores de la clase media. O apoyan el programa por el cual hicieron el negocio y si ahora no les gusta se quedan callados, o, de lo contrario, se suben los pantalones que tienen enrollados en los tobillos y se mandan cambiar del gobierno, cosa que no harán porque no tiene adónde irse.

Mientras tanto, insisto en la elementalidad de la postura política de Quintana, virtud o defecto que comparte con tantos otros. Lo sostengo porque estoy seguro de que, de ser Quintana y los demás miembros de su sensibilidad sometidos a una prueba académica de conocimientos de las diversas ciencias políticas, históricas, etc., que debiera conocer al dedillo todo revolucionario o siquiera reformista, nos encontraríamos con la desagradable sorpresa de que su fuente de información y formación doctrinaria fue un folleto del año 1950 del Partido Comunista búlgaro o algo por el estilo. De haberlos examinado el "Indio" Martínez, insigne profesor de marxismo en los años sesenta en la U. de Chile, a él y a sus colegas creo que los hubiera rajado sin contemplaciones. No solo no conocen a Marx ninguno ha siquiera hojeado *Das Kapital*— ni a Engels ni a Lenin ni a Proudhon ni a nadie, sino además mucho menos conocen los nombres de la larga lista de analistas que desde las matemáticas, la economía, la filosofía y la historia han refutado uno a uno todos los axiomas y supuestas leyes de desarrollo histórico planteados por Marx.

Ahora bien, si nos dicen que dicho examen académico para estas damas y caballeros está de más porque ni son ni nunca pretendieron ser marxistas, la pregunta entonces es la siguiente: ¿qué diablos son entonces? ¿Cuáles son sus proposiciones? ¿Cuál es la base teórica, científica y filosófica de su rechazo al modelo? ¿Por qué, señor Quintana, desea echar a andar la retroexcavadora?

Imagino la respuesta o más bien hilera de respuestas: "porque genera desigualdades". "Porque no hay la debida equidad". "Porque impera el lucro". "Porque no hay suficiente participación ciudadana". "Porque se pisotea al pueblo". E imagino las respuestas que se guardan y revelan el fondo de sus corazones y de sus rencores, pero que nunca confesarían en voz alta o solo estando curados: "porque me cargan los momios". "Porque detesto a los empresarios". "Porque desprecio a los ricos". "Porque no me gustan los exitosos en la versión de esta cultura". "Porque a mí no me ha ido bien". "Porque a mi papi lo echaron de la pega y se dedicó al frasco". "Porque lo pasé mal de cabro chico". "Porque de niño un pituco me trató de roto".

¡Ah, qué largo etcétera si quisiéramos listar todas las "razones" por las cuales el ánimo se moviliza para detestar el *statu quo*, el *establishment*, el "orden burgués" o como quiera lo llamen! O una vez más puede ser que Quintana escape a ese destino tan común. Vaya a saber uno si no es cierto eso del idealismo de la juventud.

Pero el pueblo llano, además de estar furioso con el modelo, ahora también...

...ahora también está furioso —o comienza a estarlo— con el gobierno. No sé cómo se manifestará eso el día en que ustedes estén leyendo estas líneas, pero mientras yo las escribo la señora tiene apenas 21% de apoyo en las encuestas y eso que acaba de entregar el paquete de tallarines más grande que hasta ahora se haya entregado en Chile: la gratuidad en las universidades. Mientras tanto el pueblo llano ha comenzado a palpar cómo la inflación, aún moderada pero amenazante, asomó ya su feo rostro y algún familiar o amigo cercano ha perdido su pega y en la empresa donde trabajan les han dicho que la situación no es buena y habrá que apretarse los cinturones y la señora de la sonrisa apareciéndose desde la mañana a la noche en sus pantallas ya no les causa gracia ni tampoco se la causan los rostros de los políticos de siempre espetando sus discursos de siempre: el de Andrade ladrando pesadeces, el del vocero espetando banalidades, el de Navarro respondiendo a la confianza que los venezolanos han depositado en él, el de la Vallejo siempre tan seriecita diciendo los clichés de siempre, el de la Figueroa de labios furiosamente pintados y hablando de "debates" que su partido nunca en la vida celebra, el de Eyzaguirre con su aire y tono de arrogancia de caballeritingo que se ha dignado trabajar con los rotos y la lista sigue y sigue y el ciudadano o ciudadana frente al sillón sigue refunfuñando pero no hará NADA.

Uno que tampoco hizo nada: Nicolás Eyzaguirre

La palabra NADA es adecuada para empezar un perfil de Nicolás Eyzaguirre, quien no hizo nada memorable en Educación y hasta ahora nada memorable en La Moneda. Y, dicho sea de paso, ¿qué o a quién representa el Nico? Sin duda es ejemplo muy ilustrativo de una muy vieja estampa política, casi un cliché: la del miembro de las clases altas que "se bota" a izquierdista. Con eso continúa una tradición familiar. Su madre, la actriz Delfina Guzmán, ha encarnado ese papel desde tiempos inmemoriales. Lo encarnó en las tablas y lo encarna ahora desde su retiro. Es la dama entrada en años pero "buena onda", cercana y amistosa con los jóvenes, comprensiva, dicharachera,

chascarrera, media pituca pero que está "al día" y es progre. Hasta qué punto es un papel del que no ha logrado desprenderse es cosa difícil de discriminar porque a menudo todos no somos sino un papel convertido en larga costumbre.

Seguro que dicha madre progresista estuvo detrás del progresismo de Eyzaguirre. No es cosa fácil, de nene, hacerle el quite a los efluvios de una personalidad tan poderosa como la de Delfina. A eso Nico debe haber agregado sus propias experiencias y meditaciones. Solo el lunático Bates, el del motel, el que conservaba el cadáver de su madre, estaba totalmente exento de vida propia. Quizás lo más incierto sea discriminar en qué consiste su progresismo, problema que trasciende su caso y también el de su madre. Resolverlo requeriría las efusiones de media docena de filósofos y quizás también de varios semiólogos porque, en sí mismo, el término no dice nada. ¿Qué es el progreso en primer lugar, del cual lo de "ismo" sería su derivada? ¿De dónde vienen los estándares en virtud de los cuales tal o cual evolución de las cosas es o no es "progresiva", progresista o un signo de progreso? Y si eso no es claro y sólido en su naturaleza, ¿qué puede entonces significar progresismo y ser progresista? Si alguien adopta lo NUEVO porque es probadamente MEJOR respecto a aquello que es de costumbre y tradición, NO por eso es "progresista", sino solo una persona racional. Cuando se habla de progresismo y/o progresista se hace referencia a mucho más que a eso. El progresista no evalúa prácticas aisladas, sino que se planta en una postura universal desde la que considera obsoletas las prácticas y valores de la totalidad del mundo. El progresista NO hace un cálculo de utilidad respecto a un ítem específico, sino una evaluación emocional del universo. De ahí que rechace en bloque lo viejo y apueste en bloque a lo nuevo y lo flamante. Su progresismo no es un cálculo, sino una esperanza y adivinanza fundada en el deseo y la aspiración. El progresista revela un modo de sentir más que un modo de pensar.

Pero volvamos a Eyzaguirre, cuya versión personal del progresismo no es la del joven del montón aplaudiendo al "nuevo rockero" con su "nueva propuesta", sino más aristocrática y refinada, amén de teñida por la arrogancia y su prima hermana, el desdén. Es su marca de fábrica. Si acaso al menos parcialmente su espíritu recoge, como ecos de su origen social, cierta sensación de ser de "buena familia", en lo principal su soberbia tiene una raíz intelectual. El hombre es magíster en economía y casi doctor en macroeconomía y esos títulos, o casi títulos, por razones misteriosas parecen ser eficaces en infundir en sus propietarios la sensación de pertenecer al círculo de hierro de la Divina Providencia. Digo esto con todo el cariño que su rica personalidad me inspira, amén de la comprensión de que la inteligencia, cuando se posee como sin duda él la posee, inevitablemente genera un desdén abierto o disimulado por la masa humana común y corriente que lo inunda todo, con su mediocridad, como lo haría un inmenso e insondable océano de caca. Pero de disimulos Eyzaguirre sabe poco. Su arrogancia y soberbia se lucen en cada paso que da y en cada palabra que suelta al voleo —otra muestra de desprecio: le importa un pico el qué dirán— por mucho que a veces intente disfrazarla tras un aire jovial y a veces hasta chacotero. No por tocar la guitarra se convierte uno en un tipo humilde y sencillo.

Debido a esa y a otras razones, Eyzaguirre ha sido, es y será un forastero o afuerino en el territorio con fragancia proletaria por el que se ha dignado transitar. No es difícil suponer que su evaluación del intelecto de varios o muchos de quienes circulan por los vericuetos de la política le hace arriscar la nariz. Últimamente, además, le ha tocado experimentar una cuota especialmente alta de todo eso. Se le mira, entonces, con desconfianza, como siempre el mundo popular del socialismo ha mirado a los burgueses botados a progresistas. Él mismo debe preguntarse no pocas veces qué diablos hace metido entre

medio de tantos rotos que no tienen modales en la mesa, se hurgan la nariz y no han leído nada en sus vidas.

Y, como les decía, nadie hará nada...

Ya les digo ahora qué va a suceder con los chilenos cuya incomodidad consiste en estar cabreados con el gobierno. Va a suceder esto: seguirán mirando desde el sillón o desde la cama las noticias de la noche, refunfuñando y rezongando. Verán cómo el gobierno se las arregla para ir creando, como ya lo ha hecho en buen grado al momento de escribir estas líneas, una plataforma de clientes a base de paquetes de tallarines y con la cual se hará reelegir. Al ver eso seguirán refunfuñando y rezongando. Van a constatar cómo los políticos del estilo MEO superan todos sus problemas de financiamiento trucho y demagogia delirante y siguen posicionados todavía como cartas presidenciales. Y seguirán refunfuñando y rezongando. Continuarán viendo peores y peores cifras de crecimiento, inversión, construcción, exportaciones y refunfuñarán y rezongarán. Verán a sus hijos convertidos en marchantes profesionales, en buenos para nada salvo para vociferar y Dios los libre de que también se sumen, de ociosos y pelotudos, a algún grupito antisistémico y aparezcan en la tele arrojando bombas molotov.

Y seguirán sin hacer NADA, refunfuñando y rezongando.

INCOMPETENCIA

No existe gobierno, Estado o hasta civilización que si sobreviene una fase de desbarajuste derivada de la declinación económica o demográfica, de invasiones, plagas, guerras o por el afán de hacer cambios y renovaciones, no ofrezca muestras de una grande, profunda e irremediable INCOMPETENCIA en casi todo lo que hace o intenta. ¿Cómo podría ser de otra manera? La incompetencia le pena incluso a sociedades, grupos, instituciones y organizaciones estables que llevan años funcionando de acuerdo a las mismas normas y rutinas. Aun así, como lo muestra la historia a cada paso y nuestra experiencia diaria en toda laya de ámbitos, dan muestras de respetables dosis de incompetencia.

En el libro La guerra de Churchill *de Max Hasting los ejemplos de incompetencia a todo nivel del aparato militar británico durante la Segunda Guerra Mundial son extraordinarios. En grados mayores o menores se suscitaron en todas las naciones beligerantes. ¡Y hablamos de una situación de vida o muerte!*

Es así porque somos criaturas proclives al error, lo cual deriva de la medianía y/o flojedad intelectual —hecho estadístico irrefutable— de la gran mayoría de los seres humanos y, por lo tanto, de la gran mayoría de los funcionarios o "actores sociales" de cualquier organización. Dicha medianía los ciega ante los problemas, los lleva a cometer errores de juicio y los hace refractarios a las novedades por necesarias que sean. A esa predisposición a

meter las patas se suman, paradojalmente, las consecuencias del miedo a meterlas, lo cual los hace pasivos, rutinarios, tardos en la acción y resistentes al cambio. Si se agrega el egotismo que lleva a menudo al sabotaje de las buenas obras de los demás y la obsolescencia de las normas o rutinas operacionales que deben ser puestas en vigor, milagro es que pese a eso las cosas funcionen en el día a día, aunque siempre con gran torpeza, ineficiencia, fricciones y despilfarros que finalmente llegan a ser parte de la cotidianeidad de la vida social. Mucho más sucede todo eso cuando se produce un desquiciamiento de las formas habituales de hacer las cosas y las nuevas, las que las van a reemplazar, no son verdaderamente más eficaces o no han acabado de instalarse...

El hombre de derecha se atreve, pisotea y arriesga, mientras el de izquierda elabora sus rencores en imágenes de revuelta y venganzas estériles

No es extraño, entonces, que los actuales gobernantes hayan mostrado y sigan mostrando tanta INCOMPETENCIA. Por un lado, en su mayoría son —como sucede en todo grupo— gente bastante mediana de intelecto, cultura y experiencia; por otro, están precisamente en esa situación intermedia en la que, habiendo destruido o estando en la tarea de destruir las reglas tales como eran, aún no logran establecer firmemente los reemplazos institucionales con que pretenden sustituirlos para revolucionar maravillosamente nuestra sociedad.

La incompetencia personal a la que hemos aludido, la cual resulta de lo módicas que son las facultades intelectuales del ciudadano común y corriente, se ve agravada cuando a ese simple e inevitable déficit se agrega la acción y deformación de alguna clase de sistemática crianza en el seno de una subcultura estructurada con una doctrina que ve el mundo con un prisma

distorsionado y ofrece remedios aun peores que el diagnóstico. Es el caso con los actuales gobernantes, así como con sus electores y simpatizantes.

Todos ellos SON de izquierda. Obsérvese que uso el verbo SER porque se trata de cuestión mucho más profunda, decisiva y relevante que simplemente "tener" ideas de izquierda. El izquierdismo, tanto el más primitivo y elemental como el más doctrinario y elaborado ideológicamente, es una RELIGIÓN, no una tesis filosófica y mucho menos una hipótesis científica. Con RELIGIÓN nos referimos al hecho que esa postura implica —en el caso más desarrollado— una cosmovisión, un sistema de valores poderosamente asociado a emociones básicas, una teoría de la naturaleza humana, de la historia, la moral y la salvación eterna, amén, a lo cual se suman textos sagrados, martires, reliquias, líderes momificados, lugares de peregrinación, comunidad de feligreses, semántica y vocabulario propio. En fin, se trata de una postura que se refleja en casi todo, tal como en el verdadero cristiano su Fe lo empapa todo.

El "izquierdismo" es un catecismo cuya fuerza, coherencia y capacidad para los estropicios depende mucho del lugar y momento histórico en que se manifiesta. No es lo mismo ser comunista hoy, en Chile, que haberlo sido en la RDA en 1963 o 1972 . Se trata de muy distintos contextos históricos y sociologicos. Ser comunista en la RDA era trasladar las virtudes de la disciplina, sentido del orden, de la prolijidad, del trabajo y el esfuerzo desde el puritanismo religioso luterano a la consecución del ideario comunista. De ahí que la RDA fuera, de entre todos los países de la órbita soviética, el que mejor logró desarrollarse a pesar del sistema, a pesar de la Stasi, a pesar de la asfixia ideológica, del muro de Berlín, del sectarismo y los males intrinsecos e irremediables de la planificación central. Pero, en cambio, ser comunista en el Chile de hoy —y de siempre— es serlo en una sociedad donde casi no existen ninguna de dichas virtudes. Ni ahora ni nunca ha reinado en Chile la prolijidad

—hacemos todo a medias en el mejor de los casos— ni un sentido mayúsculo del esfuerzo ni del orden ni de la disciplina. Somos una nación con poto de plomo, siempre listo, nuestro trasero, para dejarse caer en el primer sillón a su alcance. La jornada laboral, casi siempre celebrada a medias, agota toda nuestra capacidad de esfuerzo. Nuestra manera de asumir una causa es entonces la única posible con la poca energía restante luego de dicho lapso de mediocre y descuidado trabajo; es la modalidad del discurso, del palabreo y de poca o ninguna acción, menos aun de una acción sostenida en el tiempo, perseverante y cuidadosa. En Chile el anuncio de lo que haremos no es el prólogo de la acción, sino su sustituto.

Nuestro país, como todos los de la región, está inmerso o más bien empantanado en la cultura latino-americana, hija bastarda de la hispánica, de por sí dudosa; por esa razón América Latina es la Tierra prometida del charlataneo y de la pose machista y desafiante del pobre infeliz que no tiene nada que ofrecer, salvo su mera condición viril y supuesta disponibilidad para la lucha. En una caricatura que no distorsiona mucho la realidad, nuestra cultura política la representan tipos de grandes bigotes y actitud airada agitando el puño y haciendo discursos. En las iniciativas que logran por milagro ir más allá del anuncio de lo que supuestamente haremos medra, en sustituto de la negligencia, la incompetencia, la cual es fruto necesario y pasmado de una escasa o ninguna preparación, escasa o ninguna perseverancia, escasa o ninguna disposición al esfuerzo y escasa y ninguna pasión por el trabajo bien hecho, prolijo, cuidadoso y eficaz.

Es en este medio, en este territorio pantanoso y palabrero donde nacen y han nacido TODAS las vertientes ideológicas y políticas que conoce la nación. Nadie se libra de ese destino, democráticamente transversal. Por tanto el mismo espíritu de un Chile a medias, más perezoso que trabajador, más negligente que responsable, más dado al palabreo que hacer cosas,

inunda, contagia y plaga el quehacer político con excepciones que solo confirman la regla. Y si tal talante empapa al entero país, ¿es entonces extraño que esa disposición infecte aun más intensamente a los partidarios de una visión del mundo que se expresa fundamentalmente a través de una elaboración verbal, teórica, de denuncia, de alarde profético, de convocatoria y llamamiento? ¿Y no es evidente que se pronuncien aun más sus efectos en quienes provienen de segmentos sociales donde no hay una conexión directa y obvia entre el esfuerzo y una recompensa, sino al contrario? ¿Es tan raro que la palabra cobre más importancia y hasta se haga lujuriosa en su abundancia cuando los actos son difíciles o imposibles?

La palabra es la clave en esta materia porque la izquierda es, por naturaleza, dada a las palabras. Con ellas es con lo que primero articulan el rechazo a lo que es, ya sea con conceptos o acusaciones, con teorías y doctrinas, al menos con verbosas agendas programáticas. Primero se acusa y denuncia, solo después vienen las acciones si acaso estas pueden y llegan a cumplirse. Para las derechas es a la inversa: su tema y preocupación no es denunciar, sino defender lo que hay, lo que poseen y ya manejan. Su mundo es práctico de principio a fin porque también de principio a fin sus vidas consisten en la gestión concreta de intereses personales exigiendo actos asociados a aquellos.

Hay más; los miembros de las izquierdas provienen en su inmensa mayoría de sectores sociales subordinados, de familias y comunidades que son o han sido empleadas para tareas cuyos propósitos y beneficios no son de su propiedad; sus padres y abuelos han sido trabajadores, empleados, colaboradores, pero no iniciadores o creadores. No fueron "capitalistas", sino "explotados". Por tanto el aspecto práctico en la vida de estos sectores, de abuelos, padres e hijos, consiste en ponerse a las órdenes de otros, subordinarse para sumarse a las actividades y proyectos de otros. No emplean, sino son EMPLEADOS.

Las vidas de estas personas —hablamos por supuesto de promedios, de generalidades— no se centra, entonces, en la condición y noción de quien hace uso activo de los recursos de que dispone para abrirse paso, crearse un mundo y elaborarlo en la medida de sus fuerzas y ambiciones, sino su experiencia vital es la de encajar en planes y metas ajenas a cambio de un salario para sostener su existencia física. Estas personas no gestionan sino se emplean, no inician sino son sumados a una obra en marcha, no arriesgan sino dependen. Desprovistos objetivamente de los medios necesarios para romper ese hechizo y sin los mecanismos espirituales internos para ello, pues estos solo se desarrollan en la práctica del hacer, inevitablemente sus frustraciones e impulsos, no hallando un camino de escape en la acción, son desviados hacia la elaboración simbólica, verbal e imaginaria de un mundo distinto y mejor. En breve, el hombre "de derecha" actúa, inicia, se atreve, abusa, pisotea, despoja, inventa y arriesga mientras el hombre de izquierda obedece, sigue reglas, es víctima más que victimario y elabora sus pasiones y ambiciones en relatos fantasiosos, en palabras o imágenes de revuelta y cambio, en venganzas estériles que solo se producen en su mente y en medio de enormes dosis de frustración y escapismo.

Una simple pregunta para el respetable público lector

Y ahora os pregunto: ¿quiénes son los que nos gobiernan HOY sino masivamente hijos y nietos de esa cultura de subordina dos y empleados? ¿De dónde vienen casi todos ellos sino de ese mundo que hace muchos años el sociólogo yanqui Oscar Lewis bautizó como la "Cultura de la Pobreza"? Pero Lewis solo vio y describió un aspecto restringido y extremo de ese mundo. Mucho menos explicó cierta variante humana nacida de ese medio, la del sujeto que manipula esa condición para elevarse

por otros medios porque poseyendo algún grado de ambición, destreza o suerte se convierte en diestro usuario y hasta desarrollador de esas elaboraciones compensatorias. En otras palabras, se convierte en el político, ideólogo o demagogo popular que exorciza los miedos, rabias, frustraciones y espantos de los miembros de la tribu. Sobre esa base los encabeza, representa y se convierte en referente. En breve, el político de izquierda destaca sobre la masa que representa por una dosis extra de habilidad para manipular símbolos, canalizar despechos, describir futuros maravillosos, castigar a los malos de la película, prometer liberaciones, ofrecer justicia y demoler las inequidades, PERO al igual que aquellos para quienes representa ese papel NO posee capacidades de gestión para materializar todo eso: nació, creció y se educó en el mismo medio carente de posibilidades objetivas para desarrollar esa destreza.

¿Creen que especulo? Elijan al azar media docena de políticos de izquierda y examinen su currículo, sus destinaciones "laborales", el curso que han seguido sus vidas. A ver si encuentran más de UNO o DOS que sea o hayan sido exitosos en una actividad meramente privada sin el soporte de redes políticas. A ver si encuentran más de UNO o DOS que siquiera lo hayan intentado. A ver si encuentran UNO que no haya sido desde su más tierna juventud alguien cuya vida e ingresos no dependieran del Estado en cualquiera de sus formas y/o de esas entidades a medias privadas y a medias públicas como lo son los "centros de estudio", ONG, institutos internacionales de esto y lo otro. Seamos francos: a muy pocos de ellos les interesa y tienen las capacidades para el éxito en la esfera privada. ¡Cuánto más cómodo es ser un "servidor público"! Y hoy en día, ¡cuánto más remunerativo! Para llegar a ocupar estos cargos no se requiere capacidad de gestión, sino facilidad de palabra y los contactos adecuados. A menos, claro, que se considere como "gestión" las intrigas de pasillos y las procesiones a financistas de Soquimich. En resumen: la gente que nos gobierna pertenece NO a

una subcultura que fomente, promueva o dependa de una actitud activa frente al mundo, sino a una cien por ciento palabrera, quejosa, denunciadora, anunciadora y dadora de promesas, en fin, una subcultura cuyos engranajes se mueven sin avanzar a ninguna parte y cuyo combustible es el resentimiento.

Fuera de eso no han aprendido nada ni han olvidado nada. Pasan los años y las décadas, pero aún hoy su principal tedeum emocional y político es lagrimear por las víctimas del pinochetismo, recordarlas a cada paso, inaugurar museos y placas de la memoria, exhumar y sepultar una y otra vez a sus mártires y rentar abusiva y políticamente de todo eso, siempre lo mismo. Con eso y a la pasada extorsionan moralmente a todo el país porque, ya lo sabéis, si uno ni lagrimea ni se acuerda a cada momento de los desaparecidos ni pide "perdón a nombre de Chile", como hacen tantos oportunistas, entonces uno es un "facho".

A propósito de rentar siempre de lo mismo, se incorpora al baile la bella Camila Vallejo

De la bella ciudadana Camila Vallejo y en el año de las épicas y mediáticas marchas de los escolares se enamoró no solo todo el país progresista, sino también envejecidos izquierdistas planetarios cercanos a la setentena, veteranos que han entrado ya o están entrando en su segunda infancia política y vieron en ese bombón el renacimiento de sus ideas y hormonas adolescentes. Créanme que recibí correos de académicos británicos suspirando por ella y preguntándome si era tan bonita como se veía en fotos y vídeos. La pregunta es si esta santa de la devoción de tantos no es también una rentista de ideas más obsoletas que la locomotora a vapor. Es joven, pero puede llevar sus buenos años militando en el PC, colectividad que tiende a convertir rápidamente a sus militantes de la Jota demasiado entusiastas en

confiables repetidores de fórmulas antiguas conforme al "centralismo democrático".

La colectividad desconfía —¡y con razón!— de los arrebatos místicos y de los modernismos de último minuto. En ese particular estoy cien por ciento con ellos. Con Camila tuvieron mucho éxito en extirpar tan tonto defecto. Es seria, controlada y calculadora, entendiendo esta última expresión NO como que "calcula" a fondo cada cosa que piensa, ejercicio que resultaría demoledor para sus creencias, sino como dada a cuidar y sopesar las palabras que usa. Los lentes que ahora lleva le dan además un inconfundible estilo de grave comisaria política a cargo del frente bielorruso en la Gran Guerra Patria. Por supuesto cree en lo que debe creer todo buen comunista, pero, como en los demás casos, no está claro HOY en qué consiste la sustancia de lo que cree un comunista. Desde luego siempre ha existido una intrínseca y explosiva antinomia en una doctrina que estimula creer sin vacilaciones en lo que dice, pero simultaneamente se proclama "socialismo científico". Tampoco hay en Camila, suponemos, mucho ardor o pasión por lo que cree; eso no está en su carácter y su actual estatus dentro del partido. Más bien su apego a la doctrina opera como una costumbre, reflejo condicionado ya invisible para quien lo perpetra, un automatismo inconsciente que a veces se traiciona en las frases que pronuncia, en esas sentencias en las cuales venga o no venga al caso brotan las palabras, calificativos y semánticas de rigor de su persuasión religiosa. En esto es exactamente igual a como es y debe ser todo buen comunista.

En fin, Camila cree en tal o cual Verdad Revelada porque es lo que hay que creer, aquello en que siempre ha creído. Y es la base de su rentabilidad política. No estaría en el Congreso de no haber sido puesta en la lista de candidatos por el PC. Esta clase de creencias que se sostienen largo tiempo, no por pasión sino por inercia y algo de conveniencia, pueden ejemplificarse con una bien parecida del pasado, a saber, la convicción

inconmovible, calma y sin especial entusiasmo sostenida por muchas generaciones humanas en el sentido de que la Tierra era plana. En efecto, los artículos de Fe que ya sobrepasaron la primera etapa, la de la ardiente Revelación, terminan incrustándose profundamente en todo el sistema mental del sujeto por una cuestión de costumbre y rutina, sin ruido y sin espasmos, pero con consistencia. Ya no son simplemente parte del área cognitiva o afectiva del creyente, sino que describen su entero mundo emocional y social.

Lo mismo sucede con otros personajes de este credo, pero que no merecen o requieren un examen en particular; hablo de los Ballesteros, los Jackson, los Boric, toda la tribu. Digamos que son jóvenes, pero aun así y al menos políticamente funcionan como esos loros que llevan setenta años repitiendo las groserías que les enseñó el primer dueño.

La izquierda, vocera y representante putativa de los que tienen menos, tienen poco o no tienen nada

La incompetencia tiene muchas caras. Una es la de las limitaciones personales de tantos camaradas, combatientes y comandantes que mediante la manipulación de símbolos, promesas y fulminaciones llegan al poder y en él se atornillan y desde él esparcen por el entero cuerpo de la nación los frutos de su incompetencia administrativa y de gestión, de sus prejuicios ideológicos y de sus pésimas recetas. No están solos. Serían inconcebibles e inviables sin la masa de feligreses que los oyó, aplaudió, siguió, votó y aún los apoya y sostiene y posiblemente lo siga haciendo.

También las derechas y aun los regímenes tiránicos necesitan el apoyo irrestricto de siquiera una porción de la ciudadanía, pero los gobiernos, partidos y movimientos de izquierda dependen de eso de un modo mucho más decisivo. Es

inconcebible un régimen dictatorial que, al menos por un tiempo —si acaso cuenta con fuerzas armadas—, gobierne sin depender de un grupo de partidarios que lo sostenga, pero para las izquierdas incluso contando con fuerza militar eso es inviable; requieren vitalmente de la legitimidad de una doctrina y de un movimiento o sistema de partidos.

Las derechas no necesitan muchas ideas ni doctrinas porque la propiedad y el sistema legal e institucional que las preserva poseen en sí mismas bastante y hasta brutal realidad o "doctrina" sin requerir apuntalarse con un evangelio. De esa propiedad que defienden emana una legitimidad natural ya que, salvo los completamente desposeídos, no existe un ser humano que no considere dentro del orden normal del universo el ser propietario permanente de lo que ha llegado a poseer como resultado de sus actos. No es solo efecto, como algunos creen, de un aprendizaje cultural "burgués"; tal actitud poseedora y propietaria está presente y operando con el automatismo casi de un instinto aun en las sociedades más primitivas.

La izquierda, en cambio, ha sido siempre vocera y representante putativa de los que tienen menos, tienen poco o no tienen nada. Para estas últimas personas quienes poseen en mayor abundancia aparecen como sospechosos. Se presume un pecado original que habrían cometido en un mítico principio de los tiempos. "¿Cuál es el verdadero origen de la fortuna de este fulano?", se preguntan. O como se suele decir en Chile, "¿a quién le robó?". Para quien tiene poco o nada siempre parece inconcebible que la prosperidad pueda producirse como efecto de una acumulación de trabajo, sacrificio u oportunidades bien aprovechadas; al contrario, debe haber habido, en la fundación de dicha prosperidad, un horrible crimen ahora oculto. Es el pecado original de la propiedad. A eso se agrega otra consideración negativa, a saber, el afán que tienen esos ricos ya bajo sospecha de mantener su propiedad y ojalá acrecentarla. Mantener y/o acrecentar lo que se tiene huele a perversión

repulsiva, a una muy despreciable actitud burguesa. Y la sospecha y malestar ante los bienes ajenos no se queda ahí; contagia todo lo que pueda graduarse de un más a un menos, a toda acción, cualidad o dimensión de la vida en la que sea posible discriminar grados que van de lo mejor a lo peor, lo mucho a lo poco. En suma, cae bajo sospecha y molestia cualquier escala o jerarquía.

De ese modo, toda expresión de desigualdad, por obviamente legítima que sea, termina convertida en una expresión del Mal; al contrario y tal como aparece por primera vez con total claridad en los escritos de Rousseau[2], el Bien se asimila a una primigenia comunidad donde ni la propiedad ni ninguna otra diferencia tuvo cabida porque todo era compartido y reinaba la más dichosa igualdad.

Así queda montado el escenario emocional e intelectual de interpretación del mundo para uso de quienes carecen de posesiones y/o posiciones y no destacan en ninguna jerarquía de la propiedad, de la fama, la notoriedad, el prestigio, la inteligencia, el talento o siquiera la belleza y que atribuyen dicha carencia relativa no a sí mismos sino a una conspiración odiosa urdida en el principio de los tiempos y materializada y preservada en la sociedad tal como es. Con dicho consuelo asumen que esas nefastas diferencias son una expresión del Mal aquí en la Tierra y se imaginan que podríamos demolerlas para restaurar un idílico momento en el cual "la cancha estaba emparejada" y nadie nos había ganado en ninguna carrera. Pero esa cándida ilusión es incapaz de eliminar la siguiente sospecha residual: que la cancha tal vez pueda emparejarse, pero imposible emparejar a quienes van a correr en ella. No por nada en muchos procesos de demolición —esto es, en las revoluciones—, dicha sospecha residual es amortiguada con el sencillo procedimiento de liquidar a esos fulanos que porfían

2 *El contrato social*, Jean-Jacques Rousseau.

por ser "desiguales" y en cualquier cancha podrían ganarnos. Se procede entonces acabar con la vida de los "aristos", los burgueses, los nobles, los funcionarios del zar, los miembros de la clase senatorial, los intelectuales pequeño-burgueses, etc. Las categorías y las definiciones son infinitas. Gente así es siempre "contrarrevolucionaria".

La fauna de siempre: idealistas, clientes, apitutados

¿Quiénes son los miembros de esta masa sostenedora de las teorías y doctrinas que con diferentes versiones y grados de elaboración se vocifera desde tiempos inmemoriales? Un grupo muy diverso. Algunos son los "idealistas", normalmente los más jóvenes, de quienes se presume se suman al movimiento por una cuestión de "ideas", esto es, porque aceptaron un cuerpo doctrinario y lo apoyan para establecer de una vez por todas la Justicia en este mundo. Suelen ser colegiales y universitarios. De ellos acostumbra decirse que miran demasiado su entorno a través del prisma de un sistema de ideas, cosa propia de gente inexperta, pero algún día, continúa este piadoso relato, la experiencia los hará darse cuenta de cómo en realidad funciona la humanidad.

Dicho relato, convertido desde hace mucho en un cliché, es completamente falso. Es una adulación disfrazada de reproche porque, en verdad, quienes se suman a un movimiento rara vez lo hacen por teorías y reflexiones, por "ideas"; los arrastra más bien un poderoso impulso gregario, el deseo de adquirir una identidad y a la pasada disponer de blancos —los malos, los fachos, los apóstatas, los momios, etc.— en quienes descargar sus frustraciones. El caso extremo de ese fenómeno se observa hoy en el mundo islámico fundamentalista, el cual ha sido capaz de convocar a miles de jóvenes, incluso de Occidente, deseosos precisamente de lograr todo eso. Las ideas —y sobre todo en

estos tiempos de barbarie digital— importan un comino. ¿Alguien cree todavía que la masa de escolares que salió a la calle durante el 2012 y siguientes lo hizo porque los encendía un enorme y súbito amor por los estudios y por eso exigían mayor calidad? Y en cuanto a los "dirigentes" de dicho movimiento, esos niñitos y niñitas parloteando de corrido frente a los micrófonos y las cámaras de un periodismo obsecuente, ¿hacían algo más que repetir los modismos idiomáticos usuales, las monerías de siempre, el ya apolillado contenido de panfletos de los años sesenta?

No nos engañemos; ni la Justicia ni la Verdad ni la Hermandad ni ninguno de esos grandes membretes doctrinarios habitan la mente de la mayoría de quienes se lanzan a la calle a tener un día de aventura, protagonismo y hueveo. Puede que esos conceptos estén presentes como vocablos, como lemas, como gritos y consignas, pero no como ideas. ¿Qué sabe de Justicia un nene? ¿Cuántos de ellos han leído y estudiado sobre el tema?

No hay nada de nuevo en esto. Las masas, jóvenes o viejas, que sigan hoy o hayan seguido en el pasado una religión o una doctrina rara vez están o han estado interiorizadas con el espinazo ideológico de aquellas; las siguen porque es lo que está de moda, porque es lo que conviene, lo que entrega la alegría de abandonar las rutinas de la vida diaria y porque también es un excelente pretexto y manera impune de expresar emociones e incluso permitirse raptos de violencia, para evacuar tantas rabias que ya llevan encima y en la vida diaria no pueden vomitar. Piensen ustedes en las chusmas supuestamente cristianas que en los siglos IV y V d.C. se arrojaban a las calles de las ciudades del mundo antiguo a demoler templos paganos y darle una paliza a quienes no recitaran el avemaría; piensen en los asesinos del ISIS que decapitan a quien no sepa tal o cual versículo del Corán o lo sepa de acuerdo a como lo interpreta una secta distinta a la suya; piensen en las hordas parisinas que

durante la revolución de 1789 acudían en masa a ver funcionar la guillotina para darse el gusto de ver rodar las cabezas de los "aristos".

La relación que se crea entre los movimientos de izquierda y estas masas de "idealistas" es simbiótica y emocionalmente utilitaria; los movimientos obtienen carne de cañón para embestir contra las instituciones que desean demoler y las masas reciben un manto doctrinario para revestir de legitimidad la desnudez de sus instintos de vandalismo, venganza, deseo frenético de escapar de sus vidas y darse la ilusión que vendrá un glorioso advenimiento.

Y en cuanto a los clientes...

Los clientes políticos son otra cosa. Su relación con un movimiento, coalición, partido o gobierno es también simbiótica, pero de una cualidad específica, particular, racional; no se trata ya de dar un apoyo vocinglero y combativo en la calle a cambio de impunidad y legitimidad para corear consignas y sentirse parte de una épica que en nada cambiará sus vidas más allá de un rapto emocional, sino de establecer una relación de toma y daca muy específica: ustedes nos dan paquetes de tallarines y nosotros les damos el voto.

Entiéndase "paquete de tallarines" como una metáfora de las muchas prestaciones y regalos que un Estado puede otorgar a los grupos que escoja para esos efectos. Son innumerables: viviendas sociales a precio de huevo, pago de cuentas de servicios básicos, desayunos y almuerzos escolares, bonos por toda clase de razones, aguinaldos de pascuas, de año nuevo, de fiestas patrias, becas universitarias con la totalidad de los gastos pagos y sin devolución, etc., a lo que se suman prestaciones de institutos de esto y lo otro, de la juventud, de los ancianos, de las señoras, de los baldados o de los cojos. Esos servicios a menudo

son rascas pero reales y merecen un pago en votos contantes y sonantes. Esta relación clientelística es la base y médula de los regímenes populistas, hoy en día dotados de muchos más medios para sostenerse, aunque el final es inevitable y siempre el mismo; el agotamiento de los recursos para las dádivas y un crecimiento exponencial de las exigencias. Suplir a un sector social de beneficios que antes no tuvo es como alimentar un cocodrilo: su hambre no se aplaca ni su temperamento se hace manso, sino todo lo contrario. Le pasará a este gobierno con el tema de la gratuidad universitaria.

Un régimen populista es una distorsión, una perversión de una república clásica, pero sigue siendo dependiente de los votos, de las elecciones; por eso requiere una clientela para disponer de una base electoral sólida sobre la cual construir más apoyos. El populismo se caracteriza porque no acude cada cierto tiempo a pedirle el voto a la "ciudadanía", sino que construye, preserva y amamanta un electorado particular y cautivo a cambio de favores. El problema que está siempre acechando a estos regímenes, o de otro modo serían eternos, políticamente casi perfectos, es que los recursos disponibles son limitados pero el nivel de gastos y exigencias tiende a crecer. En Chile, donde poco a poco se ha ido construyendo un sistema asistencialista cada vez más cercano o parecido al populismo químicamente puro, esa tendencia se hace cada día más clara.

Véase lo que sucede en vivienda. Se comenzó, hace ya décadas, con programas basados en la entrega de fonolas y de eso se progresó a la entrega de mediaguas, de esto último se avanzó a las "viviendas sociales", de estas a departamentos entregados por subsidios y luego que parecieron insuficientes —el caso de las casas Copeva lo puso en evidencia— se ha llegado a un diseño mucho más costoso, con casas de mayor amplitud y servicios anexos que antes no se agregaban. Esto puede verse, desde el ángulo del progreso moral y material de la sociedad, como un avance necesario y absolutamente legítimo, pero no es menos

cierto que estos procesos terminan cruzando un umbral que crea una masiva clientela de peticionantes y candidatos a serlo, todos ellos convencidos de que tienen derecho a recibir más y más prestaciones como si la sociedad fuese no el producto del esfuerzo coordinado de muchos, sino una inmensa institución de beneficencia; por eso el Estado termina convirtiéndose sencillamente en el suministrador de esos derechos, el Cielo del cual cae el maná.

Véase también lo que ha ocurrido y ocurre en educación. Se comenzó hace ya muchos años con un sistema de escolaridad pública gratuita que alcanzó una cobertura total, pero ahora lo que se discute e implementa como cosa axiomática e indiscutible es nada menos que educación universitaria gratuita universal independientemente de los méritos académicos, sino sobre la base de la "vulnerabilidad" del beneficiado y/o, de nuevo, un supuesto "derecho universal".

Se nos dirá que hacer tal cosa es una inversión social, un "gasto público" no solo legítimo sino necesario. Mirarlo con sospechas sería el colmo de lo reaccionario. Sin embargo no se trata de "miradas sospechosas", sino de hacer un escrutinio. Y en caso de hacerse el escrutinio, ¿qué diferencia hay, nos preguntamos, entre una iniciativa populista y un ítem presupuestario de "gasto público"? Dos cosas: primero, una "obra pública" se dirige al bienestar de toda la comunidad; segundo, es financieramente viable y pagada vía impuestos u otros ingresos corrientes. AL MENOS una de esas condiciones debe cumplirse. Una iniciativa populista, en cambio, apunta no a toda la ciudadanía sino a un grupo social en particular con el fin de otorgarle beneficios y privilegios, pero comprometiendo para eso fondos de toda la nación y más allá de lo que es financieramente sostenible.

Usted puede defender este último gasto con relatos del tipo "es preciso ayudar a los más pobres" o acaso "todos los niños de Chile merecen iguales oportunidades" o tal vez "es necesario

emparejar la cancha", pero aun si dichos criterios fueran aceptables, esos gastos "públicos" son igualmente populistas por la misma razón que el gasto insostenible de un jefe de familia es calificable de irresponsable aunque el propósito sea digno de alabanza.

El populismo SIEMPRE puede aducir buenas razones morales para lo que hace o pretende; ¿acaso, nos dicen, los desposeídos no merecen recibir lo que se les negó toda la vida? El problema es que la economía no opera sobre la base de consideraciones morales. Es un artefacto muy frágil cuyo vuelo tiene tendencia a caer en picada. De ahí que, cuando comienzan a imperar criterios extraeconómicos, ¿dónde se pone el límite si acaso alguien siquiera se atreve a ponerlo? ¿Cuándo ocurre que el cocodrilo diga "gracias, con este kilo de carne me conformo y estoy muy agradecido"? Porque no se trata de "negarle la sal y el agua al pueblo", como dirían los demagogos, sino de no quedarse sin ni un gramo de sal ni una gota de agua, lo cual sucede cuando se cae en esa pendiente que conduce infaliblemente a la quiebra. La vida social y política tiene la peculiaridad de que, una vez iniciados ciertos procesos por obra y gracia de una iniciativa emprendida por un actor privado o público, estos adquieren una dinámica sometida a su propia lógica.

Una vez más el ejemplo de la educación viene muy a cuento; se comenzó hablando de calidad, luego el tema pasó a los "aportes basales", a la compra de colegios subvencionados, finalmente a la gratuidad a todo cachete, lo cual supera ya ampliamente el desaforado presupuesto de alrededor de cinco mil millones de dólares que se consideraba al comienzo y ahora se ha empinado sobre los ocho mil millones. Sin duda esa cifra crecerá porque los que han quedado fuera del beneficio se han sumado o sumarán a los "movimientos sociales" y enarbolan o enarbolarán sus puños combativos y de mil y una maneras presionan o presionarán para que los dejen entrar a la fiesta,

y entonces uno se pregunta, una vez más, en qué momento se quedará en reposo el cocodrilo...

Y esa eterna casta: los apitutados

Los apitutados —este rol no necesita definiciones— constituyen otra variedad zoológica de la gran barra que aviva o sostiene al gobierno, a cualquier gobierno, venga lo que venga y pase lo que pase. Si los clientes son más sólidos que los idealistas, quienes cualquier día se ponen chúcaros y se van aun más a la izquierda, como le sucede con los nenes a la Bachelet; a su vez los apitutados son más sólidos que los clientes porque estos últimos se limitan a recibir dádivas y presuntamente devolverán la mano en los próximos comicios, pero eso nunca es cien por ciento seguro. El apitutado está más comprometido con el régimen porque no es un receptor pasivo, sino participante activo —activo en teoría— en la gestión del gobierno. Después de todo es alguien a quien se le ha conferido un cargo en alguno de los miles de sitios de la máquina administrativa y en dicha calidad es uno de los más notorios contribuyentes a la incompetencia general de estos regímenes de "transformaciones profundas". Si lo llamamos "apitutado" y no funcionario —y mucho menos "servidor público"— es porque su labor rara vez está claramente definida por el organigrama de la institución y, en verdad, casi siempre hace el papel de un cuerpo extraño, excrecencia administrativa que se limita básicamente a poner el hocico donde está el pituto del cual fluye la leche fiscal. En Argentina los llaman ñoquis, variedades quizás más aceptables del parasitismo porque al menos los ñoquis tienen la deferencia de solo aparecerse en la oficina el día del pago, mientras el apitutado chileno es víctima de cierto pudor y va todos los días a la pega —salvo fiestas de guardar, licencias médicas, atrasos, viajes y otras diligencias—, lo cual lo convierte en una criatura

no más útil sino muy perjudicial porque, instalado diariamente en su asiento, con frecuencia desea justificar su existencia metiendo cuchara donde no lo llaman. Con eso perturba las rutinas muy mediocres pero al menos funcionales de lo que hay y termina contribuyendo a la incompetencia.

Amén de no aportar sino entorpecer, el apitutado actúa como "operador político", esto es, como el hocicón que le lleva al jefe —otro apitutado— noticias frescas de cuáles funcionarios son desafectos, a lo que se suma un proselitismo político que agrega otra dosis de perturbación al trabajo del organismo. Y, desde luego, suma el peso de su culo y su charlatanería al erario nacional. De esto trata, a fin de cuentas, su existencia.

¿Cuántos de estos ha sumado el actual gobierno? La cifra es increíble: ochenta mil. El Estadio Nacional entero repleto de combatientes.

Como resultado de ese crecimiento canceroso usted entra hoy a una repartición pública —en especial a alguno de esos "institutos" que son instrumentales para la "acción social"— y ya en la primera oficina va a toparse con un camarada de barbita y bigote, clon de la variedad de los años sesenta; lo verá repantigado en un sillón, tomando café, fumando, tirándose peos y con un diario en la mano y el iPhone en la otra. O tal vez se tropiece con un ejemplar femenino vestido en la onda alternativa y, desde luego, pegada al teléfono.

¿Qué hacen?, se preguntan ustedes. Ni ellos ni ellas podrían responderle. Siempre son funciones etéreas, vagas, pretenciosas, pajeras, con una inexistente producción de reales bienes y/o servicios. En buenas cuentas el apitutado no es sino otra variedad del cliente que espera su paquete de tallarines, solo que en este caso el paquete es más sofisticado: es la ilusión de ser parte de una grandiosa tarea histórica, de SER agentes de la revolución, de SER algo pero sin ser otra cosa que frescos de raja sorbiendo del pituto la leche fiscal.

Por cierto hay jerarquías dentro de los apitutados. Están esos grises compañeros y grises compañeras pedorreándose en una oficina fiscal desconocida por el público, pero también existen los apitutados de primera clase, esos que ocupan sillas de directorios en organizaciones como Banco Estado para cumplir funciones inescrutables. Algunos de ellos, consultados por la prensa, ni se enteraron del bono millonario —alrededor de cinco palos— que un Viejo Pascuero anticipado le pagó a todo el personal de esa institución para evitar una "movilización". Dichos directores, entre quienes se encuentra el ex vocero de gobierno, señor Francisco Vidal, de quien ya estábamos preocupados porque no agarraba nada, no tienen la más mínima idea acerca de cómo van las cosas en la repartición pública que "dirigen". TODOS, repito, TODOS los directores de TODAS las empresas públicas o autónomas o cualquiera sea su estatuto no cumplen ni la más MÍNIMA FUNCIÓN en el desempeño de sus cargos. Van una vez al mes o quizás, si son muy trabajadores, una vez a la semana para beber café, contarse chistes, oír a medias algún informe a la virulí, hablar de fútbol y de minas, firmar papeles sin ver qué firman y luego regresar a casa o irse al motel con la secretaria. En la última sesión del mes se produce, eso sí, una gran diferencia: aprovechan de cobrar sus cheques si acaso no les han traspasado sus honorarios, vía internet, derechito a sus cuentas corrientes.

¡Ah, qué grata vida ser director de una empresa del Estado! En mi próxima reencarnación no solo quiero ser como José Miguel Insulza, sino además que me nombren director de algo, de cualquier cosa.

IMPUNIDAD

...es una perogrullada quizás —pero las perogrulladas suelen olvidarse— decir que el mantenimiento, los actos que expresa o tácitamente reproducen diariamente el tejido social de una civilización SON esa civilización tal como el riego diario del jardín ES el jardín. Una civilización, Estado nacional, organización administrativa o club privado es y depende de una ininterrumpida sucesión de actos de mantenimiento preservando sus normas, sus instalaciones, sus acciones y sus valores. Gran parte de dichos mantenimientos no aparecen como tales, no se manifiestan como comportamientos conscientes de preservación y cuidado, sino simplemente como la repetición diaria de las conductas y costumbres que definen la estructura de ese sistema y lo hacen ser lo que es. Sin embargo el sistema también depende de mecanismos que expresamente sancionen la infracción de sus reglas y de ese modo refuercen su vigencia. Sin sanciones formales o informales toda organización humana rápidamente es presa de las fuerzas centrífugas de los intereses privados enfrentándose para su solo provecho. En otras palabras, una situación de IMPUNIDAD que rebase ciertos límites y se haga más o menos permanente inevitablemente destruye el orden social. Hablamos de "impunidad" cuando esos mecanismos de sanción no operan a pleno régimen y más y más miembros de la sociedad perciben que muy probablemente ni sus infracciones serán detectadas y/o no serán

castigadas. "Probablemente" es una palabra clave. El orden social se mantiene NO porque creamos que con toda seguridad nuestras infracciones serán sancionadas, cosa imposible, sino cuando sentimos que hay una alta probabilidad de ser así, lo cual sirve de disuasivo suficiente la mayor parte de las veces. De ahí que la primera y más básica tarea de un Estado sea mantener un sistema disuasivo creíble. Cuando, al contrario, descuida y/o no está convencido de la legitimidad de las acciones preservadoras del orden, cuando no tiene estómago para aplicar la ley, cuando se hace cómplice activo o pasivo de los infractores, cuando tiene dudas acerca de su deber, cuando siente afinidad o "comprensión" por quienes violan la ley, entonces llega el momento cuando se instala la impunidad y se inicia un deterioro acelerado de la convivencia civilizada y aparecen y se desarrollan como un cáncer las condiciones propias de la ley de la selva. ¿No es eso lo que estamos comenzando a vivir en Chile...?

Apriétense el cinturón, llegaron las invasiones bárbaras

Hay una película franco-canadiense que se titula *Las invasiones bárbaras* y hay también un autor italiano que escribió un libro sobre lo mismo, Alessandro Baricco. Su libro se llama *Los bárbaros: ensayo sobre la mutación*. Fue publicado por Anagrama el 2008, en la colección Argumentos.

Ni he visto la película ni leído el libro, pero sé que el tema NO trata de las invasiones perpetradas por los pueblos germánicos durante los siglos IV y V d.C. y que terminaron por descuajeringar el Imperio romano de Occidente, sino, en el caso del libro, de la invasión interna e internacional de barbarie pura y dura que sufre nuestra civilización. El filósofo de la historia, señor Toynbee[3], hablaba del "proletariado interno" refiriéndose más o menos a lo mismo.

El "proletariado interno" de Toynbee o los bárbaros de Baricco no corresponden, entonces, a lo que normalmente significa esa palabra en los libros de historia antigua ni tampoco tiene relación con el segmento de población que la izquierda de la época allendista apelaba con la famosa frase "los trabajadores del hierro, del cobre, el salitre y el carbón". No se trata de un grupo laboral o de una clase social. Estos bárbaros encarnan una condición espiritual y transversal que corrompe y deforma a grandes y chicos, ricos y pobres, alfabetos o analfabetos y sobrepasa de lejos, en salvajismo, al hombremasa descrito por Ortega y Gasset[4].

Ortega y Gasset pintaba un hombremasa cuya profunda mediocridad se distinguía de la de los mediocres de todos los tiempos por haber perdido el respeto hacia las jerarquías y perdido también el reconocimiento, aunque fuese a regañadientes, de existir cosas que deben ser respetadas; su hombremasa es indiferente a toda distinción e impone sus gustos vulgares no por un ataque frontal contra lo valioso, sino por la sola presencia y abundancia de su número. Lo distintivo en él es una indiferencia hacia lo superior nutrida por mera y simple inconciencia y también, más oculta y vergonzosamente, por un resentido desdén hacia lo que está por encima de sus capacidades.

El bárbaro de hoy va más lejos; no es solo indiferente, sino hostil a toda superioridad sentida o presentida. Es lo que lo convierte en vándalo. Y lo es no solo respecto a superioridades, sino hacia todo lo que se le aparezca como límpido, correcto, ordenado, cuidado, preservado, en suma, como todo lo que se opone a lo caótico, desorganizado, primitivo, descuidado, sucio, negligente; en otras palabras, es hostil a todo lo que sea

3 *Estudio de la historia*, Arnold Toynbee.
4 *La rebelión de las masas*, José Ortega y Gasset.

civilizado. El fulano indiferente que describía Ortega y Gasset, su hombremasa, se limitaba a pasar frente a la *Pietà* de Miguel Ángel encogiéndose de hombros o tomándole una foto; el bárbaro toma un martillo o una brocha con pintura y procede a hacerle el máximo daño posible. El bárbaro de hoy es, en el caso extremo, el militante del ISIS que demuele con dinamita templos, monumentos y reliquias arquitectónicas que eran patrimonio de la humanidad. Pero el bárbaro contemporáneo no necesita enfrentar una obra de arte para que se desaten sus instintos vandálicos; le basta un muro recién pintado. El retrato histórico más contundente es precisamente el de esos bárbaros germánicos que no contentos con saquear una ciudad y matar a sus habitantes procedían a demoler, quemar y pisotearlo todo.

¿Cuándo y cómo se originó y desarrolló nuestra barbarie? ¿Por qué hoy y no hace treinta años es cuando en Chile toda superficie cae bajo el plumón, la brocha o el aerosol de los vándalos? ¿Qué quieren decirnos los autores con sus caóticos trazos? ¿Qué significan? ¿Cómo se relacionan con otras manifestaciones de barbarie como la violencia en los estadios y la que tan fácilmente se desata en las calles? ¿Quiénes son y cómo son quienes escriben "40 años juntando odio"? ¿De dónde viene el furor y la alegría frenética de los que hemos visto, en fotografías y vídeos, contemplando a un carabinero envuelto en llamas por acción de una o varias molotov? ¿Qué hay en la mente de quienes quemaron vivos a los Luchsinger? ¿Qué causa el afán vandálico de los que inician la jornada en un inocente acto cultural celebrado en una ciudad o un parque y la terminan defecando y orinando a plena luz del día, fornicando como animales y destrozando automóviles, derribando semáforos, quebrando vitrinas, robando, saqueando, atacando?

¡Qué cantidad de preguntas! Y podrían haber muchas más del mismo tenor. Para cada una se han dado respuestas específicas. ¿Violencia en los estadios? Se nos dice que es debido a la falta de presencia policial y/o a que los dirigentes del fútbol han promovido y sostenido las barras bravas. ¿Marchas estudiantiles que terminan con actos de violencia? Es el lumpen, nos informan. ¿La gente ya no lee? Es por el IVA al libro, aseguran. ¿Muros rayados? "Una expresión de cultura popular", nos ilustran. Y así sucesivamente. Vistos de esa manera algunos de esos fenómenos parecen de sencilla solución y otros como legítimos o acaso singularidades desagradables pero ajenas al cuerpo social en su conjunto. Es más, se nos suele aleccionar desde las trincheras del progresismo que muchas de esas erupciones de barbarie tienen un núcleo positivo. Estarían manifestando que la gente "perdió el miedo", se han empoderado, son más sensibles a las injusticias, con su violencia denuncian y suplen la carencia de otros canales de expresión, desean "expresarse", etc.

Esas explicaciones parciales pueden tener a veces un átomo de verdad, pero no responden la Gran Pregunta: ¿de dónde emergen los motivos de esas conductas antes de que se manifiesten por el estímulo de causas inmediatas que las gatillan? "Perder el miedo" es menos una respuesta que una pregunta disfrazada de respuesta. ¿Perder el miedo a qué? ¿Y por qué y cómo se ha perdido? Tampoco explica nada decir que la violencia con que terminan las marchas no es ejercida por los colegiales, sino por el lumpen. ¿Sí? ¿Cuántos de los protagonistas son lumpen auténticos y cuántos son escolares transformados pasajeramente en lumpen? ¿Qué es ser lumpen hoy día? ¿Es lo mismo que lo que llamábamos un "marginal"? ¿Es ese lumpen un chiquillo de menos de dieciocho años proveniente de una población popular y de una familia donde la mamá es la jefe de hogar y quizás trabaja como microtraficante? En el caso de los grafitis se nos explica que "son marcas territoriales de las tribus urbanas", pero ¿qué son y cómo se forman y alrededor de qué gira la vida de dichas tribus urbanas?

Se pueden examinar cada uno de esos temas por separado y quedar uno satisfecho con la explicación *ad hoc* o, al contrario, se puede seguir la hebra intentando comprender la trama, pero

para captar el diseño de la trama se necesita mirar el tapiz entero, no seguir una hebra; es el conjunto visto holísticamente lo que permite entender el sentido de los detalles, su razón de ser, la lógica que obedecen. Es verdad que esta aproximación holística tiene un defecto: es especulativa y no hay dónde meterle cifras para obtener esa respetabilidad estadística sin la cual los "cientistas sociales" no se atreven a dar ni un paso. Sin embargo, y para un ciudadano sin pretensión académica, solo una cosa importa: que la especulación sea convincente por ajustarse a los hechos, tener lógica y consistencia, estar en armonía con la naturaleza humana y explicar lo que otras miradas no explican y al menos entregarnos eso en vez de dejarnos en total oscuridad.

Y así sucede que intentando captar el motivo que subyace a una conducta tan anecdótica como la del grafiteo y examinando otras que son más graves y hasta siniestras, como el asesinato de los Luchsinger, estudiando lo que nos enseña la historia, proyectando cómo se hubieran expresado esos motivos o impulsos vesánicos en otras condiciones, recurriendo a la sociología y sus análisis de fenómenos que parecen muy lejanos, haciendo todo eso he llegado a la siguiente y muy simple conclusión: que todos estos actos agresivos y/o vandálicos son frutos derivando de la misma raíz, a saber, del hecho de que toda sociedad es una embarcación navegando sobre un océano de lava hecha de resentimientos y furias mantenidas a raya solo y mientras haya sanciones eficaces, por lo cual si estas se debilitan de inmediato esa embarcación-sociedad será azotada por oleadas de rabia y furia que pueden terminar hundiéndola. Como mínimo se sumirá en un período de agudo conflicto, de abandono acelerado de las conductas habituales de la vida en común, junto y en paralelo a un creciente predominio del individualismo y los impulsos guiados solo por la lógica de la máxima ganancia, amén del salvajismo y la barbarie que hemos descrito.

Lo aterrador de ese proceso es la velocidad con que se produce y el consiguiente pasmo de las generaciones que han vivido quizás gran parte de su vida creyendo que la paz y el orden son cosas sólidas y en cambio la violencia y el caos solo manifestaciones marginales, accidentales, agitaciones molestas que afectan apenas los bordes más externos y periféricos de la sociedad.

¿Por qué se produce ese cataclismo cuya existencia, dicho sea de paso, usted puede constatar apareciendo cíclicamente en toda sociedad de la que haya una historia y un estudio a lo largo del tiempo? ¿Y qué o de dónde viene ese abismo de frustración en cuyo borde digo que está asomada toda sociedad? ¿Y por qué se deteriora el sistema de sanciones que mantiene ese abismo y sus lavas a raya?

Ese océano de lava apenas oculto y contenido por una cutícula de leyes y costumbres

Los cataclismos sociales al por mayor y al por menor —revueltas, motines, revoluciones, violencia desatada y masiva, balazos, crímenes, vandalismo, etc.— dejan de ser esporádicos y se instalan por largo tiempo no mucho después de que se debilita y finalmente derrumba la eficacia de la Justicia, la Policía, del repudio ciudadano, la legitimidad de las normas y valores existentes y todos los mecanismos directos e indirectos que controlan la conducta humana. No ocurre instantáneamente porque los precede un período de incubación y conflicto en sordina. De esto tenemos hoy un ejemplo especialmente desastroso —y nadie sabe cuánto más desastroso será mañana— en la Araucanía.

Lo de la Araucanía ya lo examinamos, pero permítanme recordar un par de cosas. Hace unos años anuncié que estábamos en presencia de un movimiento "proto-nacionalista" y

no simplemente de demanda de tierras para predios de propiedad privada y sucedió lo que siempre sucede cuando se hacen pronósticos con demasiada anticipación: ¡cómo se jajajearon los "analistas políticos" de fila! "Villegas debe haber enloquecido", dijeron. Como mínimo yo estaba exagerando. Pues bien, parece que no se trataba simplemente de gente de origen mapuche, muy pobre, necesitada de tierras y ayuda estatal para prosperar, pero es lo que creyeron e imaginaron que todo se iba a resolver entregándoles tierras. Y se organizó una institución dedicada precisamente a eso. Al momento de escribirse estas líneas se han entregado alrededor de trescientas mil hectáreas, si no más, de las cuales, se quejan los agricultores tradicionales, una gran parte ha quedado improductiva debido a que las comunidades mapuches la dedican solo a la subsistencia.

Pero ese no es el problema principal. Allá ellos qué quieran hacer con sus tierras; personalmente prefiero un mapuche viviendo de sus lechugas que un agricultor "moderno" talando bosques enteros para forrarse los bolsillos. El problema es que con esas entregas de terrenos se satisfizo a quienes los deseaban, pero NO a los activistas de la Coordinadora Arauco-Malleco, porque estos no demandaban ni demandan tierras, sino TERRITORIO. Y, por consiguiente, no fueron aquietados por esas dádivas, sino al contrario; bien pueden estar pensando que si las entregas de predios continúan sin pausa llegará un momento cuando la Coordinadora se quedará sin auditorio, sin base social ni pretexto para su guerra santa. Y por esas razones y/o por otras no tenemos ninguna pacificación de la Araucanía en curso, sino una oleada creciente de ataques violentos, quemas de casas, sembradíos, bosques, maquinaria, buses, emboscadas a balazos a carabineros y autoridades (últimamente hasta a turistas) y en medio de todo eso la horrible muerte de los Luchsinger. Y se habla ya, seguramente con evidencia, de que los combatientes de la causa mapuche —es una "causa", no un petitorio de tierras— han recibido, al menos algunos de ellos, entrenamiento con las FARC y reciben armamento de contrabando.

¿Y qué hizo el Estado todo ese tiempo, más de veinte años, para detener esa creciente fiebre revolucionaria, insurgente, terrorista, combativa o como quieran llamarla? ¿Qué hizo el Estado, amén de regalar tierra, primero bajo la tutela de la Concertación durante veinte años y luego por cuatro en manos de Piñera y ahora, de nuevo, en las de la presidenta Bachelet y su gran orquesta revolucionaria?

NADA.

ABSOLUTAMENTE NADA.

En otras palabras, se dio un ejemplo de texto de qué sucede cuando los mecanismos directos e indirectos de control social se debilitan o hasta se desvanecen. En este caso, debilitados y desvanecidos por el propio Estado. No es raro. Nuestro Estado, como casi todo Estado, suele ser dirigido, ocupado y a veces saqueado por gente en su mayoría torpe, miope, de pocas luces, incapaces de ver más allá de la próxima elección y de sus conveniencias personales. En fin, nuestro Estado, como todo Estado, está a cargo básicamente del tipo de personas que prefieren meter la cabeza en la arena a mirar —si acaso son capaces de hacerlo— un poco más allá del presente. Y por lo tanto:

Los titulares de nuestro Estado creyeron que haciéndose los huevones el problema iba a dejar de existir.

Los prohombres de nuestro Estado calcularon que si se hacía algo para eliminar los primeros brotes de violencia el remedio iba a ser peor que la enfermedad.

Luego, dichos genios pensaron que era posible cooptar a los dirigentes de la Coordinadora con beneficios políticos y económicos.

E imaginaron —mirándose a sí mismos, es de suponerse— que los caciques y demases serían corrompidos por los viajes

y el esplendor internacional que hicieron posible su adopción por ONG internacionales dirigidas por viudas progresistas.

Supusieron que el mero paso del tiempo desharía el problema.

Confiaron a ojos cerrados en la entrega de tierras y a la pasada celebraron jugosos negocios sabiendo de antemano qué se iba a comprar y cuándo.

Ya ven cuál ha sido el resultado. ¿Qué se podía esperar? Porque ha de saberse que salvo muy esporádicos milagros perpetrados por NSJ, los tumores que no son tratados a tiempo simplemente crecen y crecen, desarrollan metástasis y matan al anfitrión. Pero, amén de la estulticia común y corriente que anima a las "autoridades" de toda sociedad y época desde tiempos inmemoriales, un poderoso factor se agregó y agrega para hacer de este Estado, del nuestro, un tutor y niñera del tumor canceroso: el personal que lo administró durante los veinte años de Concertación y muy en especial el que lo administra hoy, el encabezado por la señora Bachelet y su Gran Elenco de amigas y de caballeros de barbita y bigote, todos y todas con impecables credenciales transformistas o transformadoras, son SIMPATIZANTES del movimiento, aceptan como VERDADERA su legitimación o relato histórico, evalúan como PROGRESISTAS —aunque quizás excesivos en sus métodos— a sus protagonistas, están inclinados a ACEPTAR la idea de una zona autónoma mapuche, consideran ILEGÍTIMO Y REACCIONARIO el uso de la fuerza pública, se resisten a hacer uso de la ley antiterrorista por ser REPRESIVA, no tienen la menor VOLUNTAD de perseguir policialmente a los hechores y mucho menos de poner a disposición de la Justicia a "quienes resulten responsables", como lo repiten una y otra vez con INCREÍBLE HIPOCRESÍA. Es más, uno de esos caballeros se permitió ilustrarnos, a nosotros, las masas ignorantes, que se trata de un CONFLICTO INTERCULTURAL.

En un terreno tan abonado, tan favorable, tan amoroso, uno donde reina la más completa IMPUNIDAD, los actos de estos activistas, combatientes, revolucionarios o como sea los denominen, no podían sino cobrar impulso. Saben que se mueven en medio de un paisaje donde reina libertad para hacer y deshacer; saben que carabineros son enviados a la zona no para ejercer una verdadera labor policial, sino como puntos fijos y/o a ponerse a disposición para las prácticas de tiro al blanco de los revolucionarios; saben que si por pura casualidad, como pasó con uno de los asesinos de los Luchsinger, uno de ellos es atrapado, disfrutará de un tratamiento de primera clase y habrá permanente presión para que sea dejado en libertad porque, como es sabido, los crímenes de los revolucionarios no deben ni pueden ser castigados, sino condonados y, por cierto, aplaudidos.

No solo eso. No solo se acepta pasivamente la narrativa de esos grupos, sino que se aporta activamente a su existencia con perlas tales como conceptualizar la situación que se vive en la Araucanía NO en términos de crímenes, de actos cometidos por hechores que deben ser perseguidos, sino en términos de DAMNIFICADOS —las víctimas de la violencia mapuche— a quienes el Estado debe prestar ayuda. Tras la violencia no hay entonces protagonistas que la cometen y deban ser puestos a disposición de la Justicia, sino dicha violencia sería una suerte de fenómeno natural, un terremoto o un tsunami que lamentablemente perjudica a un montón de ciudadanos.

No tengo la más mínima posibilidad —¿quién la tendría?— de prever qué sucederá respecto a este tema en lo que queda de este 2016 o incluso 2017 o cualquiera sea el momento cuando usted esté leyendo este libro, pero podemos suponer que la situación se hará más aguda porque los procesos históricos tienen su propia inercia y aun si hoy mismo,

mientras escribo estas líneas, el gobierno decidiera cambiar el rumbo, ya sería demasiado tarde.

Y he aquí los rabiosos del ritmo

No en uno sino en casi todos mis cuadernos de notas hay referencias al clima de rabia y agresión que se ha ido apoderando de nuestro país. Se manifiesta en lo grande y en lo pequeño, en los exabruptos que intercambian los congresales y en las actitudes y posturas del peatón, el ciclista y el automovilista, en la facilidad con que estalla la violencia aun por fruslerías, en el contenido incendiario de muchos grafitis, en las cataratas de insultos y descalificaciones que repletan las llamadas redes sociales (y que debieran, por esa razón, más bien llamarse redes psicópatas), en las funas, en los ataques por la prensa, en el talante agresivo y destructivo de gran parte del contenido de la televisión (incluso en sus aparentemente livianos programas de farándula) y, desde luego, en sus reportajes periodísticos, casi todos confeccionados a la medida de los tiempos, con el tonito justiciero y oportunista —rabias y denuncias mediáticas y a la pasada dadoras de rating— que están usando con gran gusto la mayoría de los periodistas en la misma tónica batalladora y hasta violenta pero vacía de contenido inteligente de los colegiales.

Ese clima lo conozco bien. Lo viví entre 1971 y 1973 y fue posteriormente sustituido por el miedo. Es un clima que se desarrolla e instala muy rápido porque no es difícil invocar la ira. De todas las posibles emociones esa es la más frecuente, la de más fácil aparición y la más adecuada para nuestra miserable condición. Ya hablamos de eso y mencionamos la fatalidad que nos enfrenta, desde casi el comienzo de nuestras vidas, a infinitas frustraciones. Y bien sabemos que la frustración se resuelve en rabia y la rabia en violencia. Es un encadenamiento implacable, irresistible e inevitable. Parte con la simple pataleta del bebé que no recibe instantáneamente su mamadera y continúa toda la vida y hasta la vejez, donde encarna como el clásico anciano malas pulgas, iracundo e insoportable. También vimos de dónde vienen esas frustraciones, de qué profunda fuente asociada a la naturaleza misma de nuestra humanidad.

La rabia encuentra terreno despejado para expresarse donde y cuando reine un clima de impunidad; no solo eso, al poder desatarse, la rabia menos se alivia que se refuerza. A primera vista parecería, al contrario, que, al desahogarse, el rabioso regresaría a un estado inicial de reposo, pero esa es una mala analogía extraída del comportamiento de la energía en una máquina calórica. En el rabioso la rabia NO ES un *stock* que a medida que va "saliendo" se va achicando; la rabia es más bien una postura que a medida que se explaya se refuerza. Comienza usted con una pequeña rabia matinal y si en vez de extinguirla, como se extingue un fuego cuando recién se enciende la ha dejado explayarse, de seguro termina la tarde más enfurecido que nunca. Anda "en mala onda", como dicen los testigos.

La conducta y sus acompañantes emocionales, cualesquiera sean, se extinguen, reprimen o al contrario aumentan y refuerzan según las condiciones del entorno. ¿Es usted un matón de colegio? Si nadie le para el carro lo será cada vez más. ¿Acosa usted a las mujeres de su oficina con insinuaciones eróticas? Si nadie le para el carro terminará agarrándoles el poto. ¿Es violento? Si no detiene las manifestaciones de violencia de hoy, mañana serán cada vez más frecuentes y serias.

Nada muy diferente sucede con los climas emocionales de toda una sociedad. Si el libre despliegue de la rabia no encuentra obstáculo, más y más conductas serán plasmadas de ese modo. Los chicos que vandalizaron al final de las marchas

—el supuesto "lumpen"— olfatearon la total impunidad de sus actos y terminaron armándose también con molotov. Los que luego de una primera toma colegial se dieron cuenta de que no habría ninguna sanción, la segunda o tercera vez que protagonizaron una toma se dedicaron además a robar todo lo posible y destruir el resto. Y quienes han hecho esto último sin que les pase nada están espiritualmente listos para ser reclutados por descerebrados sin remedio.

Lo que ahora veremos son algunos de los tipos humanos que han surgido en nuestro país como otras tantas encarnaciones y variaciones de esa rabia. Son propias del aquí y el ahora porque cada época y lugar tiene las suyas; depende de cómo se cría al promedio de los niños y qué actitudes produce eso en la adultez, depende del clima, las condiciones económicas y de cómo se articula la cultura societaria y la convivencia doméstica. Y a base de las múltiples combinaciones posibles de esos factores —y muchos más que no hemos enumerado— surgen enrabiados de toda clase y magnitud, desde los que viven y expresan su ira en un plano anecdótico y doméstico hasta los encumbrados, los que viven en el plano o nivel donde respira la gente importante...

Los justicieros que andan arriscando la nariz y son tan serios

Esta variedad de enrabiados usted seguro la conoce de sobra. Si ve televisión los ha visto mil veces. Son periodistas de ambos sexos y normalmente o casi siempre bastante jóvenes, aunque también los hay que no lo son tanto. Aparecen en los noticieros, en programas de conversación —¿se acuerdan de *Tolerancia cero?*— y en programas de la radio, pero además escriben columnas —a menudo con foto en la que aparecen en la postura tan seria hoy de moda, de brazos cruzados

frente al pecho— en la prensa y hasta de vez en cuando evacuan un libro.

Son los "justicieros". Son las damas y caballeros que se han encaramado al que ellos imaginan el más alto tribunal del mundo y la historia, el "quinto poder", para denunciar, incriminar, evaluar, juzgar, castigar y basurear a todos quienes consideran dignos de ese tratamiento. Los justicieros son inconfundibles tanto por sus palabras como por su tono de gravedad, por las serias expresiones faciales que usan para dichos efectos, por el aire de importancia que trasuntan y por la apenas disimulada mirada de soslayo con que están todo el tiempo atendiendo cómo reacciona la barra brava de la cual esperan el debido aplauso.

Naturalmente los justicieros esperan recibir y suelen recibir una recompensa. Después de todo NO SON hombres y mujeres luchando por lo que es correcto y decente en un mundo donde reina la iniquidad y lo tienen todo en contra, sino al contrario, son hombres y mujeres surfeando en la cresta de la ola prevaleciente y con todo a favor para darle hachazos a los árboles que ya cayeron o solo necesitan un leve empujón adicional para caerse. Más que denunciadores, son voceadores de la onda progresista que hoy lo invade todo, ese "progresismo" basado en frases hechas y las posturas de combatientes que las asumen cuando ya no hay riesgo de nada, salvo ganar un cargo en algún grupo o comisión del gobierno para supervisar la marcha del país.

Estamos hablando, entonces, de un oportunismo envuelto en el papel de regalo de la Gran Guerra contra la Injusticia, del oportunismo lloriqueante consistente en "pedir perdón" a tal o cual mártir del panteón de la izquierda en sustituto de los canallas —nosotros, todos los demás— que no lo han hecho, del oportunismo de quien nada a favor de la corriente como si fuera la hazaña de un campeón olímpico de natación cruzando

el mar de los Sargazos, de ese oportunismo que a la pasada sabe situarse muy bien en los pasillos del poder y el privilegio.

Pero quizás el rasgo más notorio, y al mismo tiempo un poquito repulsivo de este oportunismo, el rasgo que lo diferencia del oportunismo común y corriente, del oportunismo vulgar del fulano que ocupa indebidamente un lugar en la cola frente a la boletería del cine pero que, aun siendo un caradura, sabe haber hecho mal y hay en él siquiera una traza de bochorno, ese rasgo novedoso, digo, es que el oportunismo de los "justicieros" tiene buena conciencia, se siente orgulloso de sí mismo y anda por el mundo sacando pecho y con la mirada vuelta hacia el infinito.

Es evidente que los justicieros son posibles gracias a la impunidad, la cual, en este caso, significa la libertad de ejercer dicho rol con la seguridad de que quien ha sido blanco de sus condenas verbales no tiene muchos recursos defensivos ni tampoco apoyos ni maneras de devolver el golpe. No los tiene, no solo y simplemente, porque verdaderamente el denunciado por los justicieros sea culpable, lo cual puede suceder, sino porque el contexto social, político y cultural predominante ha dejado a muchos de esos blancos ambulantes totalmente en descampado. Tanto es así que hoy en día la denuncia por sí sola ya es una condena. Lo es porque hay una ciudadanía predispuesta a encontrar culpables a enteras categorías en tanto que categorías. Hoy no se juzga a personas, se juzga a categorías, pero como estas ya están condenadas, por implicación lo están todos quienes pertenezcan o hayan pertenecido a ellas.

¿Ha habido excesos por optimizar el lucro? Entonces la categoría "lucro" es ya de por sí diabólica y son al menos sospechosos todos quienes llevan a cabo una actividad lucrativa.

¿Se coludieron tales y cuales empresarios? ¡Entonces todos son unos coludidos y a la pasada golpistas!

Los justicieros no están solos; de estarlo, no lo serían. No se habrían atrevido. No son como los justicieros de las películas de vaqueros, quienes llegan a un pueblo corrupto y repleto de sicarios del Mal y es, entonces, corriendo riesgos que hacen justicia. En este caso los justicieros llegan a un pueblo donde los acusados ya cuelgan de una soga. Y, por cierto, existen gracias a la instalación de una enorme e inédita impunidad mediática. ¿No son estos los tiempos en que los medios no trepidan en hacer uso de emails privados? ¿No hemos visto fotógrafos haciendo milagros para obtener una foto comprometedora de la pantalla del iPhone de un sujeto, para luego publicar su contenido? ¿No solemos ver en pantalla a patéticas figuras del *entertainment* soltando chorros de injurias y descalificaciones acerca de otras fulanas de la misma industria? ¿No llegan los camarógrafos de la televisión, con insolente impunidad, al meollo mismo de la privacidad de la gente para hacer sus "notas periodísticas"? ¿No vemos primar la más indecente preocupación por el *rating* aunque eso se logre hundiendo a una persona?

Se trata de un sentimiento de impunidad que abarca mucho más que la acción de los medios de comunicación. La impunidad hace posible echarle un jarro de agua a una ministra y escupir en el rostro a un presidente. La impunidad permite tomarse un colegio, robarse todo lo transportable y destruir lo que no se pueden robar. La impunidad permite a los descerebrados bombardear a la policía con molotov y, si acaso son detenidos, salir en libertad al par de horas. La impunidad facilita y estimula paros ilegales. La impunidad permite a cualquier pobre ave posar de combatiente y comandante.

Y volviendo a los justicieros de los medios, ¿quiénes son?

Algunos nombres de célebres justicieros posando de tales

No les voy a dar en el gusto. Dese una pasada por la radio, la prensa escrita y la TV y haga usted mismo la lista.

Otros enrabiados dignos de tomarse en cuenta, muy numerosos y de gran memoria

A los justicieros, que son muy notorios, hay que agregar a los rencorosos perpetuos, a todos quienes no han podido olvidar, digerir o perdonar de verdad las dolencias, sufrimientos o injusticias sufridas por ellos o sus familiares en los años iniciales del régimen militar. Esta es una variedad enormemente abundante y casi podría decirse abarca a casi todo el espectro humano de la izquierda. Entre estas personas hay no pocas que efectivamente sufrieron en exceso —exilio, torturas, muerte de familiares— pero también son muchas cuyo sufrimiento fue bastante menor y consistió en que los echaron de la pega, en algunos casos los apresaron por un lapso y luego se fueron del país merced a lo que ellos mismos llamaron la "Beca General Pinochet".

En quienes fueron realmente maltratados y/o con seres queridos que desaparecieron luego de horribles tormentos, el rencor es un sentimiento más que comprensible. Habría que ser San Francisco de Asís para "perdonar" a quien ha matado a nuestro padre, madre o hermanos, a nuestra mujer o a nuestro esposo, a nuestros hijos o nietos. El rencor es en ese caso una inmensa rabia en sordina que dura y dura y no se extingue ni puede extinguirse hasta que se haya cobrado venganza, esto es, "se haya hecho justicia". Este enorme y justificado rencor, —destructivo, de quien lo alienta, y potencialmente destructivo de quien lo originó—, daña también a quienes rodean al rencoroso en la vida cotidiana y de ese modo envenena a toda la sociedad porque, es de temerse, ni aun el eventual acto de justicia o venganza lo aplaca. El rencor no muere sino con su portador e incluso con la de quienes heredaron esa rabia, por lo cual este estado de ánimo puede, en una sociedad, prolongarse por dos generaciones y hasta por tres.

Tanto el rencoroso justificado como el no tan justificable variedad, esta última, de la cual hay muchísimos ejemplares, porque no pocos son los ciudadanos frustrados en sus aspiraciones y que hierven de rabia— son por igual poseedores de una implacable memoria. Al revés de quien ha recibido favores y beneficios, quien suele y/o desea olvidarlos lo antes posible para no deberle nada a nadie, el rencoroso no olvida jamás lo que considera, con o sin razón, el culpable de su sufrimiento o de su frustración. El rencoroso es sencillamente incapaz de superar su rencor. Si este sentimiento es justificado por causa de un daño inmenso, dicha persistencia del rencor, su determinación a durar y durar hasta que llegue el día del ajuste de cuentas, tiene a veces cierta grandeza épica digna de tragedia griega, pero si el rencor obedece a la frustración de miserables ambiciones privadas, afanes de gloria que fracasaron, deseos entorpecidos, injurias o desdenes recibidos pero de ninguna importancia ni más dañinos de lo que pueda ser una palabra, un insulto o un desdén, entonces, en este caso, el rencor es una de las más feas emociones que puedan existir en el corazón humano y de tóxicos efectos, porque la entera conducta del afectado emana de dicho veneno y emponzoña la vida de los demás, quienes se hacen receptores de una sucesión interminable de injurias, ataques y malignidades pequeñas, vicarias, con las cuales el rencoroso procura conseguirse un analgésico.

El grado en que la atmósfera anímica del país está influida por el rencor es inmenso y lo permea todo. Es un rencor que, además, tiene fuentes muchísimo más próximas a nosotros que el pinochetismo. El rencor de origen reciente tiene su fuente en ambiciones y aspiraciones y discursos que culpan a terceros de todo lo que nos ocurra de malo y/o entorpezca nuestras ambiciones. Se ha azuzado el rencor contra quienes tienen más, contra quienes son ricos, contra los famosos, contra los que destacan, contra quienes no nos cotizan debido a nuestra falta de méritos, etc., con eso ha quedado montada la escenografía

del rencor donde siempre actúa un tercero culpable de nuestras tribulaciones.

El horror de los discursos políticamente hegemónicos y el de los políticamente correctos

A propósito de los discursos que azuzan el rencor, no olvidemos que al mismo tiempo de contribuir a la rabia lo hacen al clima de impunidad porque debilitan los órganos de control de la sociedad. La variedad de discurso más eficaz en sus capacidades de demolición es el que ha logrado convertirse en el políticamente hegemónico. Decimos hegemónico, no "correcto", porque este último trata de cosa muy distinta y de hecho opuesta, como ya veremos.

El discurso políticamente correcto es de uso universal y tiene como propósito no decir nada, mientras el hegemónico, al revés, es solo para los feligreses y pretende decir mucho, pero en condiciones monopólicas. Ambos brotan y se desarrollan en condiciones diferentes. El políticamente correcto supone una multiplicidad de intereses y puntos de vista coexistiendo dificultosamente, porque todos tienen algún grado de poder y por lo tanto ninguno dispone de capacidad para aplastar a los demás. En una situación como esa el entero paisaje social se convierte en un campo minado. ¡Cuidado dónde pone el pie o más bien la lengua! Una palabra inadecuada y alguien va a saltarle al cuello acusándolo de haber insultado, vejado, maltratado, etc., a tal o cual grupo, gremio o sensibilidad. Y cualquiera puede arrastrarlo a un proceso legal o destruirlo en una campaña comunicacional. Y puesto que usted no sabe dónde están puestas las minas, cuál es la palabra del día que se ha agregado al catálogo de lo obsceno, prohibido y peligroso, entonces trata de no dar ni un solo paso ni pronunciar ni una palabra. El discurso políticamente correcto es la manera de no dar ese solo paso. Y para no darlo dicho discurso sigue el sendero aceptado, el cual se mueve sinuosamente en la vaciedad e inanidad de las frases hechas toleradas por todos.

El arte de moverse levitando en la irrelevancia para no pisar una palabra peligrosa ha alcanzado suma perfección en los Estados Unidos. "Suma perfección" equivale a extremos increíbles de eufemismo, hipocresía sublime y quisquillosidad enfermiza. Más se desarrolla este discurso, más sensible se pone la piel de todo el mundo. Los parámetros que definen la afrenta progresan en exquisitez de manera que aun el mero nombre de las cosas, si no se usa el correcto, puede suscitar una explosión. Y así sucede que ya ni siquiera hay ciegos en USA, sino gente con "problemas a la vista", no hay retrasados mentales, sino ciudadanos con "dificultades de aprendizaje", no hay gente negra sino "afroamericana". Pudiera decirse que el discurso políticamente correcto es la articulación en una escala ampliada del temor a decir algo que se salga de la ruta permitida y segura a través del campo minado. Es, entonces, el equivalente en la sociedad de masas de lo que en el pasado eran los lenguajes cortesanos repletos de delicadezas, eufemismos y convencionalismos para no llegar a herir la susceptibilidad de alguien importante y terminar en desgracia o en el campo de honor, librando un duelo.

El discurso hegemónicamente correcto, en cambio, es menos un sendero que una autopista pavimentada con los vocablos, filosofemas, prejuicios y dictámenes que se han convertido en la VERDAD OFICIAL de una sociedad. Así como el políticamente correcto no dice nada sobre todo, el hegemónico pretende decirlo todo sin dejar nada afuera. Cuenta con el apoyo e incluso suele ser el sostén del poder, pero además y en ocasiones también se sustenta en un abrumador consenso del conjunto de la sociedad. Es lo que DEBE decirse, la manera como DEBE verse el mundo, el modo como DEBE interpretarse. Quien transita por el sendero del discurso políticamente

correcto, ya lo dijimos, lo hace rodeado de un mundo repleto de explosivos; quien transita por el hegemónico está en capacidad de arrojarle los explosivos a los demás. Y lo hace con la IMPUNIDAD de quien, siendo propietario de la VERDAD, no puede ser tocado por quienes viven en el ERROR o la MENTIRA.

Hay casos extremos, horrorosos, donde ambos discursos coexisten en paralelo. Fue el caso de las sociedades comunistas en sus mejores años de opresión, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años ochenta. Puesto que había un discurso que no solo era hegemónico sino más bien único, si no se era maestro en su uso más valía acogerse a esa otra forma de discurso correcto, el más perfecto de todos, el silencio.

En Chile vivimos desde hace ya tiempo con —o bajo— el Gran Auspicio de un discurso políticamente hegemónico. La izquierda instaló y consolidó su interpretación de la historia, su lista de santos y pecadores, su concepción de los derechos, de la Justicia, su visión del Bien y del Mal. Esto intrínseca e instantáneamente instaló también la impunidad porque ha convertido en legítimo destruir, al menos política y socialmente, a quienes no participan de dicho Credo. Es lo que también se llama "caza de brujas" o el imperio de la horda linchadora. Ambas solo pueden moverse en un espacio y tiempo donde y cuando reine la impunidad. Y ambas, cacería y linchamiento, se inician de igual modo: responden a los gritos de alguien acusando a un presunto transgresor. "¡Miren, ahí va una bruja, vamos a quemarla!". O tal vez "¡miren, ahí va un momio pinochetista, un fascista!". Y entonces cada miembro de la patota corre a patear en el suelo a la bruja o al facho sabiendo perfectamente que durante ese lapso maravilloso gozan de total IMPUNIDAD.

El rey, Buda, zar y papa de los políticamente correctos: Jorge Teillier

La corrección política ejemplificada por Jorge Teillier es de carácter sacramental y quizás hasta arzobispal. Verdadero Buda de loza, impávido, seco y frío, rara vez se equivoca en decir lo que es convencionalmente adecuado desde y en la vereda del progresismo pese a que tal vez ya no crea que el comunismo vendrá cuando las trompetas nos llamen a congregarnos en el valle de Josafat. O puede que aún crea, pero en ese caso su creencia ha adoptado un tono más sombrío, rutinario, burocrático y con esa porfía cansina e inevitable de quien rumia los mismos principios por toda una vida aunque ya hayan perdido su sabor, incluyendo el caldillo del día de los saludos y abrazos.

Ignoro si la personalidad de Teillier alcanza los ribetes de fría crueldad, frío y seco fanatismo, fría determinación y porfía doctrinaria que se requerían para ser un buen comisario político en la época de Stalin. El comisario clásico de esos años y lugar era una aterradora cruza entre burócrata y fanático, un santón o apóstol con pistola al cinto y que en vez de altar usaba una mesa de pino a través de la cual interrogaba al sospechoso; era engranaje de un régimen produciendo constantemente nuevas variedades de culpables, contrarrevolucionarios, saboteadores y "elementos pequeño-burgueses"; era, dicho comisario, parte de un sistema de paranoia institucionalizada donde el crimen se convirtió en una industria masiva y reglamentada. No veo a Teillier haciendo todo eso, pero tal vez cualquiera pudo. Todo depende de los tiempos y las circunstancias. Quién sabe, hasta yo me veo sentado en esa mesa de pino con la Tokarev de 9 mm en el cinto e interrogando a un presunto agente del imperialismo por cuya culpa resultó fallida la cosecha de papas. Como especie tenemos muy poca resistencia al oportunismo, el miedo y la codicia.

Pero hoy, a su edad y luego de sus experiencias, supongo que Teillier no está para esos trotes ni tampoco para hacerse muchas preguntas acerca del sentido o sinsentido de ninguno de los dogmas que todavía guían su vida, aunque sin inflamarla ni calentarla. De hecho, ya ni siquiera menciona la palabra "socialismo". En el curso de su exposición en el XXV Congreso de partido no la mentó ni una sola vez. Se limita al discurso políticamente correcto que esté al día.

Los corruptos que hoy hacen nata son otra faceta de la impunidad

Si hay una actividad que prospera en la impunidad es el delito y mucho más aun ese complejo sistema de conductas y complicidades que llamamos corrupción. Atención: "corrupción" no significa simplemente que haya muchos sinvergüenzas, sino se refiere a un estado de cosas en el que los sinvergüenzas han puesto a su servicio las instituciones del Estado, esto es, las han corrompido. Por consiguiente un "corrupto" no es simplemente un tipo que se forra los bolsillos de modo deshonesto, sino uno que para hacer tal cosa no trepida en hacer uso de los mecanismos administrativos, instrumentos, leyes y reglamentos de la administración de la República. Es, por tanto, un personaje mucho más tóxico que un ladrón común y corriente.

El grado de corrupción —mucho o no tanto según como usted lo mire— que ahora vemos campando por sus respetos sería injusto y falso atribuírselo en su totalidad a la actual administración de *madame* Bachelet. La corrupción o descomposición de la ley y las instituciones toma bastante tiempo. Toma, digamos, unos veinte años. En veinte años, casi una generación, hay tiempo para que los frescos se reconozcan unos a otros, para forjar complicidades, entender al dedillo los vericuetos de la ley y del organigrama, establecer alianzas, iniciar y desarrollar negocios oscuros, tener en la agenda el *who is who* de los que cuentan, perder la vergüenza y abrirse con todo descaro un fondo de pensiones para el futuro. Veinte años es lo que duró la Concertación en el poder hasta ser transitoriamente sustituida por el gobierno de Piñera. En esos veinte años iniciados con las más altas y hasta arrogantes pretensiones de pureza y reconstrucción moral se sentaron las bases de la corrupción. No es que la Concertación haya sido una coalición especialmente perversa y deshonesta; sencillamente no hay gobierno conocido, no hay régimen o dinastía que NO caiga en la corruptela si dispone de suficiente tiempo —una generación— para eso. No hay casta gobernante que resista la tentación si hay un gran flujo de caja. La historia universal está repleta de ejemplos. Le sucedió a la austera clase gobernante espartana luego de la guerra del Peloponeso, cuando se vio dueña —por un lapso— de los destinos y los dineros de la Hélade. Pasó en Italia con el interminable régimen de la democracia cristiana luego de la Segunda Guerra Mundial. Le ha pasado a Argentina con el peronismo y sus múltiples encarnaciones y pese a las interrupciones de los gobiernos militares. Sucedió en la URSS con la nomenclatura que se apropió del poder y el privilegio y ahora subsiste, aun peor, en el régimen de Putin.

Podría decirse que Bachelet y su administración son solo el último avatar de un proceso iniciado con Aylwin. Su gobierno ha incorporado, es cierto, a bastante y quizás a demasiada gente nueva —en especial a mujeres; el tema del género le importa mucho a la presidenta— pero siguen pululando en los vericuetos del Estado muchos personajes envejecidos, encallecidos, endurecidos, encanecidos y a menudo ya desvergonzados y complicados en tantos arreglines financieros, políticos, de *lobby*, de tráfico de influencias, de negociados, bonos, comisiones, directorios truchos, pitutos infames, etc., que ya el ciudadano común y corriente, atosigado, casi no puede creerlo porque en verdad día por medio surge otro episodio de lo

mismo y el barro salpica hasta los más altos niveles de La Moneda.

Al momento de escribirse estas líneas los episodios de irregularidades financieras y de otro tipo afectando a gente vinculada a la semidifunta Oposición, a la Nueva Mayoría y al gobierno han pasado a una segunda fase, especialmente para estos dos últimos grupos. La primera etapa fue de confusión y escándalo y predominó la frase "caiga quien caiga", porque se asumía que se trataba de "casos puntuales"; en la actual, la segunda —quién sabe cuál estará vigente al momento, estimado lector o lectora, en que usted esté leyendo este libro— el grito de guerra predominante es "cierren filas", porque habiendo ya tantos que caen y estando unos y otros involucrados en las mismas redes, no les queda otro recurso defensivo que alinearse, prestarse mutuo apoyo y socorro y afeitarse cada mañana con cemento.

A propósito de lo cual tengo el agrado de presentarles a Guido Girardi

En el imaginario colectivo suele suceder que cuando se habla de corrupción y nepotismo casi de inmediato salte a la palestra el nombre Guido Girardi. Lo hace saltar gente de su propia colectividad, como hizo Pepe Auth en mayo del 2016. De pocos políticos circulan tantas versiones y rumores negativos como de él. Los más provienen, repetimos, de su propio sector, donde o lo conocen al detalle o lo sufren en vivo y en directo o siendo poco querido y muy temido desata las lenguas venenosas del hociconeo de pasillos y cócteles. ¡Qué no se ha dicho! Si se creyeran en un cien por ciento las versiones, Girardi resultaría ser algo así como una mezcla entre Mussolini, el Padrino y Al Capone.

Su apariencia las desmiente. Los Capone y los Padrino vestían impecablemente. Al Padrino, representado por Marlon Brando, lo vimos casi siempre de frac. Guido Girardi, en cambio, se presenta siempre desaliñado y transpirado como si acabara de correr una maratón y no tuvo tiempo para pasar por la ducha. Quizás sería más exacto decir que tiene cierta pinta de garzón agobiado sirviendo demasiadas mesas a última hora de la noche. Fuera de ese desaliño, Girardi es figura ambigua en muchos sentidos. Se le ve a menudo preocupado de grandes temas científicos y no cabe duda de que, siendo inteligente, tiene una variada gama de intereses intelectuales que sobrepasan la política, pero a su vez cuando ejerce este último oficio no parece ser un hombre guiado por el poder de los Grandes Principios sino más bien por el principio del Poder. Debe haber leído mucho a Maquiavelo y por esa razón está más preocupado de controlar las máquinas partidistas que de imponer el evangelio.

Su actuación política tiene muchos matices. Girardi recuerda a esos príncipes de la Iglesia que de tanto moverse en los pasillos del Vaticano y ser parte de las intrigas de poder ni siquiera saben si siguen creyendo en Dios. Lo primero, para dichos príncipes, es preservar el poder de la Iglesia como institución humana y dejar el tema de la salvación eterna para después. Girardi hace lo mismo: preservemos el gobierno y después vamos viendo lo demás.

Esa manera de ejercer el oficio político tiene lados oscuros. Un fulano como Girardi es realista en términos del poder, de cómo adquirirlo y conservarlo, pero al mismo tiempo tiende a perder de vista para qué se deseaba y necesitaba. El personaje más cercano y quizás arquetípico de ese modo de trabajar por una causa e institución es el jesuita de los siglos XVIII y XIX. Con el fin de cumplir su misión como "brazo armado" del Papado, a quien debía directa obediencia, el jesuita estaba dispuesto a cualquier tratativa, concesión, arreglín, transaca y a hacer la vista gorda toda vez que fuese necesario. De ahí que se

movieran como peces en el agua en y por los pasillos y recámaras donde estaba la gente que contaba. Lo ideal era convertirse en el confesor del rey y perdonarle todos sus pecados a cambio de buena voluntad hacia la Iglesia. Es el sacerdote jesuita el que inventó o llevó a la perfección el arte de la casuística, que es el arte de interpretar cualquier evento "caso a caso" de tal modo que pocas veces el hechor del "caso" sea pasible de ser enjuiciado severamente por algún principio general. Es entendible que los monarcas y gente de poder y elevación, siempre dada a muchas transgresiones, encontrara de los más inteligentes a estos frailes tan componedores.

Girardi se tiene a sí mismo haciendo el doble papel de monarca y cura confesor. Siendo o habiendo sido dirigente, no era fulano que debiera darle explicaciones a nadie, salvo a su conciencia, pero bien sabemos todos que la conciencia no es ese juez tan rígido e implacable como el que pintan las películas de psicólogos tratando a una señora o caballero con ataques de remordimientos.

DERRUMBE

...no hay revolución que no requiera y/o no suponga el más completo desplome de las capacidades políticas, culturales y espirituales de la élite que ha constituido el "ancien régime" hasta la fecha. Si eso no ocurre, entonces, por definición, no ha habido revolución porque, en su esencia, esta consiste precisamente en el desplazamiento de las élites tradicionales desde los lugares de privilegio que disfrutaban como creadoras y controladoras de las instituciones y del clima cultural imperante. A veces pueden conservar sus posesiones, pero no sus posiciones. No toda la nobleza francesa perdió sus cabezas y sus tierras, pero sí perdió completamente su poder político y su hegemonía cultural; fueron desplazados del poder político, o al menos lo fueron como clase. Los que sobrevivieron en los pasillos del privilegio lo hicieron a costa de una renuncia total a lo que antes habían sido. Es exactamente lo que está sucediendo en Chile. ¡Cómo se han desacreditado los valores, las posturas, la legitimidad de las clases altas! Si son empresarios se les mira con sospecha y se tiende a considerárselos a priori como explotadores y abusadores; si son cristianos observantes se les culpa de una presunta complicidad u obscenidad con los sacerdotes pedófilos; si son políticos se les achaca una vocación y afán golpista; si son profesionales —como le sucedió a un arquitecto galardonado a escala mundial— se les reprocha no ser suficientemente adictos a la causa popular, o trabajar en

medios de prensa y no caen de hinojos ante los dogmas imperantes entonces son "fachos". Y no es un simple descrédito expresado en pacíficos comentarios de sobremesa; se expresa en acciones judiciales, en funas, en ataques sangrientos en las redes sociales, en proyectos de ley y, en algunos casos, en ataques físicos. ¿Es de asombrarse que una parte considerable que casi coincide con la totalidad de los miembros de dicha clase —o encasillados en ella por la mirada recelosa de "doña Juanita"— haya adoptado una postura y actitud de huida? Algunos, retirándose a su privacidad; otros, "reinventándose" nuevas fachadas progresistas; unos pocos, a lo Büchi, yéndose del país; otros, sacando su dinero. Como cuerpo político y cultural esta clase, representada por "la derecha", yace en ruinas. Lo están sus partidos tradicionales —la UDI y RN— ya sea por haberse involucrado sus dirigentes en irregularidades para el financiamiento de campañas o por completa confusión programática acerca de qué hacer, pero también por luchas de liderazgo que no cesan aun en medio de la derrota sufrida en las pasadas elecciones. O acaso todos esos factores operan al mismo tiempo. Sin ideas, sin programa, sin líder claro, para todos los efectos prácticos y al menos hasta mayo del 2016 la derecha dejó de existir, aunque en verdad en proceso de demolición se encuentra la entera cultura de dicho sector, el ropaje espiritual de su dominio económico y político por tantos años. Solo una cosa les resta, solo una esperanza tienen y a la que se asen como a un clavo ardiente: la convicción o al menos la creencia de que su propiedad no será tocada...

La derecha, como siempre, teme a los "comunachos"

Si acaso eso de los "fachos" es término repleto de desdén y de odio, no lo era menos el de "comunacho", su complemento lógico, semántico y político. De comunachos se apelaba a los comunistas y eran comunistas todos quienes no rezaran el Credo de la propiedad privada aquí en la Tierra como en el Cielo. Los comunachos fueron, para las derechas, objetos de odio tal como para las izquierdas lo son hoy y siempre los fachos, pero hay en estos tiempos una diferencia: esas derechas no cuentan ya ni con los medios, la onda histórica, la arrogancia ni las circunstancias para evacuar ese odio o siquiera desarrollarlo, mucho menos expresarlo, mientras que las izquierdas sí pueden hacer todo eso. Las derechas disfrutan hoy solo de una existencia virtual, fantasmal; están en quiebra no solo política sino moralmente porque ya no creen en sí mismas. De ahí el espectáculo de un derechista tras otro, salvo los más duros de corazón, haciéndole ojitos al progresismo o, como dicen los más obcecados en su mirada reaccionaria, "recogiendo las banderas del adversario". No pocos, sobre todo los más jóvenes y/o los más oportunistas, han fundado partidos de bolsillo para predicar en la plaza pública y relatarnos cómo, al fin, han visto la luz.

Desde el punto de vista de la derecha, el repelente "comunacho" de ayer se transformó en otra cosa. En parte, se convirtió en un enigma. ¿Qué quieren HOY los comunistas?, se preguntan. ¿El socialismo? ¡Pero si no lo mencionan ni siquiera en sus congresos! ¿Alguna nueva forma de populismo? ¿El Populismo 2.0 hecho posible por Estados provistos de muchos más medios que los del pasado? Y por tanto: ¿cómo se combate hoy a los comunistas y qué se combate en ellos?

Dicho de otro modo: antes los miraban con fastidio, desprecio y miedo; ahora no saben cómo mirarlos. No saben qué buscan, hasta dónde quieren llegar, cuáles son sus planes. No hay ya, ni en sus convocatorias ni en sus programas, mención alguna del socialismo, lo cual los hace amenazantes en la modalidad de lo ignoto, lo oscuro, de lo que puede ser o convertirse en cualquier cosa; no habiendo una amenaza clara, se les asocia a toda clase de amenazas. Por ahora se los ve contando con el oído de la presidenta y ocupando cargos en todo el aparato público, en especial en los asociados al gasto social, que

es como el Estado se contacta directamente con el ciudadano. Se los ve en las universidades —nada de original— y en los colegios y se les sabe presentes en los sindicatos y la CUT; se los supone con razón poblando abundantemente la Justicia y se los imagina intentando una vez más infiltrar a las fuerzas armadas; en fin, se los presume aun más sutiles, aun más subterráneos en sus iniciativas que en el pasado.

Lo que todavía y claramente se teme de ellos, lo que la derecha nunca ha dejado de temer en los comunistas, es que son infinitamente más coherentes, disciplinados, convencidos, implacables y perseverantes en sus acciones que cualquier otro grupo de izquierda. Jamás pierden de vista su sueño de la sociedad comunista, el cual, para ser justos, no se parece ni de lejos a lo que se llegó a constituir como el llamado "socialismo real", el de los países de la órbita soviética, realidades sórdidas que no hay manera de concebir ni con la mejor buena voluntad como un "primer paso" hacia nada que valga la pena, hacia esa sociedad donde ya no impere la desigualdad, la injusticia, la violencia, la pobreza y limitaciones de todo orden. Y para llegar a ese ideal no muy distinto, en su lejanía temporal y su vaguedad, al viejo sueño o creencia cristiana en la llegada del apocalipsis y/o del Juicio Final, los comunistas siempre han considerado que deben "superar" el actual modelo, al que ven como postrero avatar de lo que ha sido hasta ahora la historia humana, basada desde los más remotos comienzos en la escasez y la apropiación privada del poder y privilegio por unos pocos. La visión de ese futuro es quizás menos clara, pero la del presente sigue siendo la misma y consiste en demolerla. Es resultado lógico natural: si se pone de referente una sociedad donde no hay sino justicia, cualquier forma de injusticia o siquiera una justicia imperfecta aparece como el Mal encarnado, obstáculo, como barrera a superar.

Cuando se teme a los comunistas se exagera el peligro y se los ve por todos lados, pero cuando se desestima a un grupo organizado y coherente como ellos por ser más bien pocos se comete, también, un error; estas son, las minorías organizadas y coherentes, las que protagonizan las grandes iniciativas de la historia, no las mayorías estadísticas, no las masas amorfas, no "la calle", no la turba y ni siquiera los electores...

La propiedad es y siempre será el Santo Grial de la derecha, pero también de casi todos los demás

La derecha de hoy, en 2016, tiene como la de todos los tiempos un solo principio implacable en su firmeza, en la determinación a veces rayana en el crimen con que lo defienden, en su persistencia a lo largo de los siglos y hasta milenios, en su transversalidad, su peso casi irresistible y su fiereza: es el derecho de propiedad. Llamamos "derecha" a las colectividades asociadas a la defensa política de la propiedad de los ricos, pero esto no significa que solo los ricos son celosos de lo suyo. El desapego por los bienes conseguidos, pocos o muchos, el desprecio por los bienes materiales y hasta de la riqueza es fenómeno tan raro que quienes lo manifiestan ganan fama de santos o locos.

Esto no quiere decir que el género humano, en masa, respete la propiedad y no se decida nunca a tocarla; solo respeta en masa y absolutamente SU propiedad. La del prójimo siempre puede ser vista con sospecha, considerarse su origen como espurio y en todo sentido codiciarse y arrebatarse si es posible. Y viceversa, quienes poseen una sustantiva propiedad están dispuestos para conservarla a casi cualquier cosa, incluyendo los crímenes y las canalladas. En la historia político-militar de la humanidad no son pocos los casos donde se ha observado a una clase privilegiada traicionando su país con tal de preservar lo suyo, abriéndole las puertas al enemigo a cambio de protección de sus bienes, ofreciendo rendiciones, colaboración, lo que sea.

La derecha chilena, que se sintió derrotada de antemano en las elecciones presidenciales pasadas y dejó sola a su candidata, prefiriendo, en vez de ir a las urnas, irse a sus segundas viviendas de la playa o el campo, ahora, sintiéndose derrotados por segunda vez (aun mucho antes de la próxima elección), sintiéndose política y culturalmente arrinconados y palpando su propia incapacidad para montar un referente de oposición que vaya más allá de la presentación en sociedad en una conferencia de prensa, no se aferra sino a una sola convicción y esperanza: que no se toque su propiedad. Que se venga abajo el crédito y prestigio de la Iglesia, que cualquier flaite se sienta con derecho a gritarles que son explotadores, que los sindicalistas los escupan, que los políticos y los jueces los persigan, que la prensa los hostigue, lo que sea, pero NO NOS TOQUEN LA PROPIEDAD.

Es el tema que de súbito surgió en abril y mayo del 2016. Le vino, a dicho sector, una urgencia terrible porque se consagrara en la nueva Constitución que vaya a salir, cualquiera sea, el derecho de propiedad. Sienten que el experimento indefinido e innombrable que lleva a cabo la señora Bachelet y su gran elenco es como un temporal, un período de mal tiempo que eventualmente va a pasar; todo lo que debe hacerse por el momento, piensan, es conservar lo que se tiene; ya se arreglarán más tarde los estropicios dejados por la izquierda, los daños de siempre, la ruina, el conflicto social, el envalentonamiento de "los rotos", la indisciplina y una o dos generaciones de cabros perdidos y perdidas.

En esa postura no solo están los "ricos". Si algo progresó Chile en los últimos treinta años es que una masa bastante numerosa de ciudadanos llegó a ser propietaria. Hay una clase media emergente que hoy puede alardear de tener casa propia, auto, bienes hogareños de todo orden y uno o dos cabros en la universidad. Esta gente pudo y puede estar molesta porque aun quiere más y está atribulada por sus deudas y le pesa el tedio y

desesperación de una vida sin otro objetivo que el consumo y luego pagarlo por veinticuatro meses, lo cual ya describimos en otra sección de este libro; PERO eso no significa que llegado el caso no despierten de su sopor si llegan a creer que sus posesiones y esperanzas de aun más posesiones están bajo amenaza, por tenue que sea.

El asunto es poco visible, no se expresa, no desfila por las calles, pero es una realidad de certidumbre matemática: los poseedores son hoy en día muchos más que hace veinte, treinta o más años y eso configura una geografía submarina que, aunque no la veamos, afecta las corrientes de opinión, los flujos políticos, el comportamiento y actitudes de mucha gente. Es, a fin de cuentas, el hecho que marca LA GRAN DIFERENCIA del Chile de hoy al del año 1970, el muy distinto cuadro DENTRO DEL CUAL operan los fenómenos políticos.

¿Cómo interactuará ese hecho con otros de signo contrario? ¿Qué resulta de la colisión de entre esa clase media emergente y sus nuevos valores y temores y los segmentos de población de estratos bajos que se han vuelto más radicales, más exigentes, más rabiosos, más conflictivos y más asociados a los beneficios del Estado semiclientelístico que se está montando? ¿Cómo se relacionarán esos padres ahora con casa y auto con sus nenes, saltando y declarando su condición de hijos del Che? ¿Cómo se resuelve esta alquimia entre componentes tan distintos?

La Santa Madre Iglesia y los curas de la puta madre

Otro componente del derrumbe de la derecha ha sido y es el enorme daño que ha recibido la Iglesia católica por los casos de sacerdotes pedófilos que ocuparon la atención de la prensa y el público. Eso no afectó solamente a esa institución, sino también a la totalidad de las clases altas —la "Derecha"— porque aquella no es solamente la organización

terrenal de un credo religioso, sino además desde el origen de este país y hasta recientemente ha sido el núcleo ideológico de ese estrato social. La derecha no tiene una ideología política propia que tenga ni de lejos la articulación de la de la izquierda, pero al menos ha contado con los valores de la Iglesia católica. La clase alta chilena está intensamente apegada a ese credo. Es su ideología. Es en los templos donde recibe una justificación de su posición y existencia, no en sus negocios o mesas de dinero. Su concepción del mundo, el modo como interpretan el llamado a la solidaridad, su idea y práctica de familia, todo deriva del catecismo.

El considerable descrédito sufrido por la Iglesia en los 2010 al 2014 o 2015 fue una experiencia muy dura no solo para las sustantivas feligresías que convocaban ciertos curas emblemáticos, "formadores de generaciones", sino para la clase alta en su conjunto. La clase alta chilena, al menos su núcleo, es un organismo coherente, un colectivo en el que todos se conocen, han compartido colegio, balnearios, fiestas, romances y luego, en su adultez, se han topado en la universidad, en los negocios, en clubes exclusivos, en eventos sociales, en todas partes. Se conocen bien porque es no solo un agregado estadístico de sujetos que poseen similares características, sino un clan o familia. Lo que le sucede a uno de ellos es conocido y experimentado en algún grado por todos. El shock, entonces, sufrido por un sector de dicho sector debido a las andanzas del cura Karadima los afectó en su conjunto.

Este, el causado por los casos de pedofilia y el complementario encubrimiento celebrado a lo largo de años por la jerarquía de la Iglesia ha sido solo uno de los últimos ataques a su identidad que ha sufrido esta clase; de hecho, el ataque a sus valores y el inicio de su desmoronamiento cultural —prólogo del político— comenzó con las polémicas suscitadas hace unos diez años atrás o más alrededor del tema del divorcio, las "sensibilidades sexuales alternativas" y también, menos franca y directamente en esos años, del aborto. Dicha agenda parece hoy cosa de un pasado remoto y hasta ingenuo, pero en su momento fue muy importante. Para quienes conocen las reglas o leyes que siguen los procesos históricos, esos debates valóricos son un elocuente signo de que un entero orden social comienza a recorrer la ruta que lo conducirá a su derrumbe.

¿Cuál es la actitud, hoy, de los miembros de la élite ante su Iglesia, la institución que cobija gran parte de su visión del mundo? Sin duda un número importante de ellos ha adoptado la postura de la negación y/o reducción del tema, esforzándose por sentir que nada ha cambiado en lo que respecta a sus creencias y posturas por el hecho de que existan manzanas podridas, pero es posible que un número aun mayor de feligreses, aunque manteniendo su fe —la cual está asociada a la existencia de la divinidad, no a una presunta e imposible incorruptibilidad de los hombres— sienta que su universo moral y social se resquebraja NO porque ellos sean afectados por esos eventos, sino porque OTROS sí lo son y al perder el respecto por la Iglesia han perdido el respeto por ellos. Entiéndase esto: para una élite no es solo cosa de importancia que sus miembros sean seguidores de cierto sistema de creencias y/o valores, sino que la población en su conjunto lo sea. Sin importar cuánta sea la convicción espiritual íntima, personal, acerca de la validez de una fe o un valor, nunca deja de ser considerada la utilidad que dicha fe y convicción tiene como garante del orden social si también los OTROS, los de abajo, la masa, los *hoi polloi* las respetan.

Llega Ossandón, "tribuno de la plebe" y orador de cajón azucarero

Es en períodos históricos como este, cuando los valores que han apoyado un determinado régimen se encuentran bajo acoso e incluso ya se derrumban, cuando aparecen y logran cierta relevancia o notoriedad fulanos como Manuel José Ossandón, senador de RN, colorido político de derecha que logró hacerse bienquisto en sectores populares gracias a su gestión como alcalde en Pirque y Puente Alto. Es hombre ligado en todos los sentidos a los círculos de la élite por apellido, familia, procedencia, su credo y su desaforado número de hijos —¡ocho!—, típico de los matrimonios de ese sector, donde la sola idea de controlar la natalidad o es tabú o es innecesaria porque hay medios para tenerlos y criarlos a todos; pese a eso ha ido construyendo una imagen de derechista renovado, iluminado, popular, amigo del pueblo y enemigo del momiaje.

Ossandón recuerda y/o resucita con unos dos mil años de retraso la figura del "tribuno de la plebe", uno de los cargos políticos vigentes en la República romana cuyo propósito era defender los intereses de los miembros de las clases populares que solicitaran protección de la acción en su contra de algún ciudadano o incluso de la autoridad. A medida que la República se fue desmoronando y los valores de los notables estuvieron bajo ataque, en no pocas ocasiones esos cargos fueron usados por demagogos de "derecha" para, apoyados en la plebe, impulsar sus propias políticas.

Es de temerse —¿o alegrarse?— de que hay no poco de eso en Ossandón. Su lenguaje, su estilo y postura tienen un aroma popular, así como sus ataques o desdenes dirigidos a personeros de la derecha que, bien lo sabe, producen urticaria en muchos. No es necesario, sin embargo, cavar muy profundo para descubrir bajo su superficie arrabalera los contenidos ideológicos de siempre propios de su sector. Rasca usted un poco y aparece el "emprendimiento" y la "libertad de elegir" o "lo que la gente quiere son más oportunidades dentro del modelo, no destruirlo". Y si se rasca aún más hondo de seguro aparece Nuestro Señor Jesucristo.

De "mantequillosos" a transpirados

Hace años, en un libro que titulé *El Chile que no queremos*, bauticé a la gente linda, por entonces viviendo sus privilegios bajo un firmamento al que ninguna nubecilla empañaba, como "mantequillosos". Los bauticé así porque me parecía que en el cutis de esta gente reluce una salud impecable fruto de horas de gimnasio bajo los auspicios de un caro *personal trainer*, lapsos de esparcimiento con estupendas vacaciones en resorts en los que no tiene entrada la chusma, una gorda cuenta corriente, buena mesa, mejor licor y la gloriosa sensación de ser dueños del mundo; en breve, en ellos resplandecía la complacencia e incluso el hartazgo de quien tiene sobradamente de todo y hasta ha comprado por adelantado un *ticket* para irse al Cielo.

Pero ya no. Esos cutis resplandecientes, en muchos casos se han tornado cetrinos, amarillentos y a menudo se muestran cubiertos de esa malsana capa de transpiración fría que anuncia la inminente llegada de una gripe de mierda. ¿Y cómo no si los propietarios de dicha piel rozagante han visto horriblemente desacreditada su Iglesia, la misma que les daba cobijo espiritual? ¿Cómo no si, mucho peor aun, sus prospectos de exquisitas ganancias se han hecho dudosos? ¿Cómo no si su afán por ganar dinero, que nunca nadie —solo los "comunachos"— puso jamás en tela de juicio, ahora casi de por sí los arroja al casillero de los explotadores sinvergüenzas en busca de lucro? ¿Cómo no si pareciera que todos los espacios, salvo sus más caros clubes y sus más exclusivos balnearios, han sido invadidos por una clase media emergente ruidosa y vulgar, por

hordas de jóvenes barbarizados, por flaites agresivos y peligrosos, por combatientes y comandantes que los odian, por comunicadores de barbita y bigote a la pesca de con qué desacreditarlos, con qué ensuciarlos, en busca de secretos sórdidos, de revelaciones espantosas?

¡Ah, el mundo era ancho pero era de ellos y ahora se ha hecho estrecho y mezquino y demasiados cumas forcejean para arrebatárselos! Trato de imaginarlos en su tormento espiritual y presumo que deben sentirse como se sentía la nobleza francesa en los peores días de la revolución, a la espera del destacamento de sucios jacobinos que los arrastraría a la guillotina, viendo sus propiedades arrebatadas o por arrebatarse, sus hermosos bulevares convertidos en ferias persas, su modo de vida demolido, despreciados y perseguidos, a menudo asesinados. Y luego, cuando lo peor de la tormenta pasó y llegó Napoleón, quizás ya no temieron por su vida ni sus propiedades, pero debieron ver cómo su nobleza de larga data era sustituida por una de pacotilla creada por el emperador, por burdos militarotes con botas con barro bailando en los salones que los habían visto a ellos, descendientes de tantas generaciones, enzarzados en un elegante *minuet*.

Nada peor que ser miembro de una clase en vuelo de bajada.

Andrés Allamand, el Churchill criollo a la espera de un día que nunca llega

En medio de ese desbarajuste que vive la derecha y las clases sociales que le son anexas o siquiera próximas suele suceder que personajes de diversas épocas y ambientes, etapas y períodos históricos, se mezclen unos con otros tal como en un estudio de cine, a la hora de almuerzo, uno ve en el casino a tipos caracterizados como romanos, otros de vaqueros, allá de extraterrestres y acá de soldados de la guerra del Golfo.

Allamand pertenece a la generación que hizo sus primeras armas políticas en la ya lejana era de la upé. Hizo su nombre marchando con las señoras que aporreaban una olla para reclamar por la carestía que, en parte, habían creado ellas mismas atiborrando sus despensas y hasta clósets con mercadería comprada, bien tarde en la noche, al almacenero cómplice de la esquina. Lo identifica uno con la oposición a Allende, aunque por entonces fuera solo un chiquillo. Después vino el largo silencio político de los años de Pinochet y es de suponerse que durante ese período maduró su militancia en RN y reflexionó qué sustituiría el desplome de Pinochet, al principio augurado como próximo y luego para nunca, pero que a ojos de un tipo inteligente como era y es Allamand no podía sino acabar algún día, como le ocurre a todo régimen.

¿En qué momento de esos años, leyendo qué libros, viendo qué programa de TV, qué película u oyendo a qué personas Andrés desarrolló su enorme y aún vigente admiración y deseo de emulación de Winston Churchill? No podemos saberlo y quizás ni él mismo lo sepa, pero una cosa es indudable: no se admira o se siente uno cercano a cierto personaje si no hay rasgos que nos acercan a él. ¿Y cuáles serían en este caso, cuál es la relación entre el difunto Churchill y el muy vivo Allamand? Tal vez que ambos han sido marginales en su propio sector. O que la megalomanía de Churchill, su convicción de que un día haría algo inmenso por su país, lo que efectivamente hizo, encuentra eco en Allamand, quien quizás se imagina llamado a hacer por Chile algo muy importante. Un eco de esa actitud quizás se manifiesta en la proclividad de Allamand de ir más allá, no siempre pero no pocas veces, de los límites mentales y políticos de su partido y su clase.

En breve, Allamand siempre ha querido ser —CREEMOS, esta es solo una especulativa creencia— como Churchill, lo cual es una honrosa y admirable ambición, pero posiblemente nunca lo logre. El drama de nuestro político es que le resultará

muy difícil materializar su aspiración. ¿Por qué? Porque Allamand no tiene en Chile el abolengo y apoyo familiar y dinástico que Churchill tenía en Inglaterra. Porque Allamand no tiene el palacete y contactos de Churchill y todo lo que eso significaba. Porque carece del humor y talante de Churchill, que le permitía relacionarse eficazmente hasta con sus más enconados enemigos. Porque no tiene el talento literario de Churchill para amplificar y glorificar sus logros y hasta sus fracasos. Porque no le han tocado ni de cerca las circunstancias y oportunidades históricas que tuvo Churchill. Porque no posee el encanto de Churchill. En fin, porque no nació en el país de Churchill sino en uno tercermundista, bastante rasca, lejos de todo, en el último rincón del escenario del mundo.

Por momentos Allamand me recuerda a un compañero de la universidad que era poeta. Se acercaba, en 1969 o 1970, una elección en la escuela de Sociología y una lista de izquierda lo puso de candidato. Alguien justificó de este modo la razón: "Si Neruda es candidato a la presidencia de Chile, por qué la escuela, que es menos que el país, no puede tener de candidato a un poeta, aunque sea más rasca". En Chile, el propio Churchill, de haberle tocado la mala suerte de nacer y criarse aquí, no hubiera llegado a ser nunca Churchill. Claudio Arrau, de no irse a Alemania, hubiera terminado tocando el piano en *Sábados Gigantes*. No es fácil llegar a la grandeza en nuestro país.

El derrumbe de los coroneles, de la UDI y otros desplomes dignos de nota

Los desplomes de entidades complejas nunca son monotemáticos y/o unilaterales; sus diversas partes se desmoronan a distintas velocidades y ritmos, en distintos momentos, de forma variablemente completa y dando un espectáculo distinto; además siempre es posible que algunas secciones queden en pie como reliquias del desastre. Es el caso con la UDI. Por largo tiempo fue, para la derecha, una institución política casi tan representativa, casi tan poderosa, casi tan disciplinada y casi tan influyente como la Iglesia. Con membresía en sectores populares y de clase alta al mismo tiempo, imbuida del espíritu que pudo inyectarle Jaime Guzmán y por tanto heredera putativa del pinochetismo, la UDI llegó a ser el partido más votado, el más fuerte. Por momentos pareció ser casi —¡tantos "casi" quedaron en eso!— la expresión misma de la modernización o puesta al día de la derecha.

Nada más erróneo. La UDI no fue más moderna por ser más eficiente ni más popular por tener más votos. Se convirtió, sencillamente, en el brazo político más eficaz de su clase tal como los jesuitas lo fueron alguna vez del Vaticano, pero así como los jesuitas no por ser mundanos dejaban de creer en Cristo, la UDI no por tener afiliados en las poblaciones dejó de ser un partido de élite. Es de presumirse que su mensaje poblacional capturó a los elementos más enérgicos, trabajadores, disciplinados y emprendedores de esos sectores, a todos quienes por cualquier razón creen en su iniciativa y capacidad para salir adelante, así como la izquierda suele reclutar en esos mismos sectores a los elementos más dados a culpar de todos sus problemas, al "sistema".

Por eso mismo la cacareada popularidad de la UDI en sectores modestos fue una ilusión. Ninguna colectividad que convoque a gente con capacidad de acción por encima del mínimo necesario para cobrar un salario puede convertirse en una organización de masas, porque esa gente, los "emprendedores" de verdad y no solo de labios para afuera, son siempre muy escasos. De ahí que una convocatoria predicando más acerca de méritos e iniciativa personal que de "derechos" y beneficios puede por poco tiempo convocar a muchos o puede por mucho tiempo convocar a pocos, pero no a muchos por mucho tiempo. El hombre y mujer corriente carecen de ganas, voluntad y

capacidad de trabajo como para sumarse de modo perseverante a un llamamiento de ese tipo. El material humano común es, al contrario, clientela natural de las ideologías reivindicativas, de las que asocian el fracaso o el pesar y el dolor a la acción injusta de otros, es feligrés de los movimientos que prometen venganzas contra los de arriba y sobre todo la repartija de lo ajeno, esto es, la "redistribución".

Fuera de eso, a los de la UDI los pillaron con las manos en la plata. Boletas ideológicamente falsas, etc., usted ya conoce la historia. Novoa, el máximo líder del partido, un "histórico" en todo el sentido de la palabra, terminó procesado. En medio de ataques feroces en las redes sociales, los involucrados, políticos y ejecutivos por igual, desfilaron por tribunales.

Se desplomó su Iglesia, la UDI, su aplomo, se derrumbó su seguridad en sí mismos, su poder político, su capacidad para hacer lo que se les viniera en gana, sus secretos, su opacidad. ¿En qué, en quién confiar, en quién poner sus esperanzas?

Piñera, otrora el "chico listo", pero hoy menos alentado, más golpeado e igual de no querido

...pero no las pondrán en Piñera. Es cierto que los tiempos cuando una sociedad, un grupo, una clase o una élite entra en crisis y sus mecanismos regulares de control ya no parecen funcionar o definitivamente no lo hacen son, simultáneamente, aquellos en los que en subsidio los afligidos por esos procesos de deterioro depositan su fe y esperanza en un individuo, un salvador providencial, pero ese fulano no será Piñera por mucho que tenga más méritos que Carlos Ibáñez del Campo, quien en otro período turbulento de nuestra historia prometió llegar a La Moneda con una escoba.

Dicho sea de paso, estos salvadores de los que se espera una respuesta en tiempos tumultuosos son política, psicológica y

simbólicamente MUY diferentes a quienes encabezan procesos reaccionarios o revolucionarios; en estos últimos casos hay, tras la cara más visible, o una institución o un movimiento, amén de doctrinas o ideas más o menos desarrolladas. En el de los golpes militares que asolaron América Latina en los sesenta y setenta no era simplemente un general o coronel por su cuenta el que asestaba el golpe, sino toda o gran parte de la institución; hubiera sido imposible de otra manera. Además, las FF.AA. enarbolaban el principio ideológico de la "seguridad nacional". En el caso de los revolucionarios, estaba y está a mano algún programa de cambios, incluso una doctrina completa como lo fue en su momento el marxismo. Incluso los populistas de hoy en día se afirman en un movimiento o siquiera coalición transitoria que les da al menos una apariencia de organicidad y solidez más allá de los rasgos del hombre o mujer que los encabeza.

El "Salvador Providencial" naturalmente tiene tras sí un grupo que lo apoya, pero son fundamentalmente las virtudes reales o imaginarias del personaje mismo las que alientan la esperanza de que de sus manos brotarán los remedios. Mientras más aguda la crisis, más fuerte dicha creencia. Si se ha perdido la fe en los remedios institucionales, en los mecanismos convencionales, en las leyes y los funcionarios corrientes, es entonces de un mesías del que se espera la salvación.

La derecha, por toda clase de razones, no ha usado o necesitado o requerido muy a menudo los servicios de un salvador providencial, salvo en contadas y extremas ocasiones. En las emergencias suele esperar la acción de las FF.AA. Aun así, para la derecha chilena (o siquiera una parte de ella) Augusto Pinochet, aunque emanación de una entera institución sin la cual no habría podido ni existir ni gobernar, era visto como el "salvador", el "tatita". Un grado muy menor de personalismo se adhirió también a Jorge Alessandri, el "paleta" y por cierto a Ibáñez, con su escoba y su cara de caballo. Indudablemente el

personalismo le pena en grado mayor o menor a todo mandatario debido a las características que tiene el uso y posesión del poder desde la mirada de quienes no lo tienen, pero en estos lapsos históricos repletos de tribulaciones la ansiedad y el deseo de disponer de alguien con superpoderes crece exponencialmente.

Con Sebastián Piñera, repetimos, aunque llegue a ser candidato NUNCA será visto de ese modo ni siquiera por gente que le es cercana social, económica, política y personalmente. Al contrario, suele suscitar un fastidio y rechazo o como mínimo disgusto transversales. Algunos y algunas lisa y llanamente lo odian; otros no le tienen confianza; no pocos lo miran con sospecha; bastantes lo envidian ferozmente. ¿Quiénes, fuera de su familia, lo quieren, admiran o siquiera simpatizan?

Hay muchas razones para eso y no pocas tienen que ver con su talante o temperamento. Aunque "en la privada" Piñera resulta ser un fulano accesible, sencillo y nada de rencoroso, la sensación es que esas virtudes brotan menos de una sustancia humana similar a la nuestra que de una absoluta indiferencia hacia el prójimo. Nadie, insisto, nadie cree que él esté realmente en contacto con su interlocutor porque lo aprecia o lo respeta; nadie siente provenir desde su persona una vaharada de cariño o afecto o siquiera de mediana y convencional cercanía, esa que le ofrecemos hasta al señor que nos sirve la pilsen en la fuente de soda. La sensación es que Piñera te oye por el mínimo absoluto de tiempo necesario para sacar provecho de ti, para asimilar la información que puedas darle. Acabada dicha mercancía informativa, ya pierde interés y comienza a mirar a su alrededor como si tú ya no existieras; el hombre notoriamente está a la busca de una fuente fresca de noticias y datos. Uno, el ya interrogado, de súbito se ha convertido en una naranja a la cual ya se le sacó el jugo.

Puede que estemos exagerando. El hombre no se comporta tan definitivamente de ese modo en estos últimos tiempos. Ya no es el muy exitoso hombre de negocios forrado en dólares y participando lateralmente en política; hoy es un ex presidente que tuvo cuatro aporreados años en los cuales hasta el último imbécil se creía con derecho a burlarse, mofarse, insultarlo y vejarlo en las redes, la prensa, la radio y donde pudiera hacerse, cosa fácil porque jamás persiguió con venganzas a nadie. Se tuvo que mamar la difícil y quizás —para un fulano como él— hasta insoportable tarea de tratar con gente que no era de su elección sino que provenía del mundo político, por el cual, aunque nunca lo reconocerá, tiene un total desprecio. Lo desprecia porque considera que el promedio del personal de dicha área es intelectualmente de muy reducidas capacidades. Un hombre de empresa acostumbrado a elegir a dedo a TODOS sus colaboradores, conforme a lo que él estima sus talentos, no puede sentirse satisfecho otorgando cargos que solo parcialmente se han originado en su voluntad.

Piñera nunca pudo adaptarse bien a la muy distinta condición que entraña ser mandatario comparada con la de ser un CEO. Prueba de eso es el acto, convertido en simbólico, por medio del cual "empoderó" a sus primeros ministros no haciéndoles un discurso sino entregándoles una unidad USB y una carpeta con las tareas asignadas y sus respectivos cronogramas. Evidentemente Piñera en esos momentos veía la tarea de conducir una nación como similar a la tarea de gestionar una empresa. ¡Ojalá pudiera ser de ese modo! ¿Quién no querría que se gestionara la cosa pública con la implacable eficiencia con que se gestiona una empresa eficiente? Pero contra ese desiderátum se oponen no solo los políticos, formados con una muy distinta mentalidad, en especial en la izquierda, ajenos a la cultura empresarial y de hecho enemigos o como mínimo sospechosos de ella, sino que se opone la naturaleza misma de un cuerpo político, de CUALQUIER cuerpo político. La empresa se relaciona con un medio ambiente que lo provee de insumos y al cual entrega de vuelta sus productos; entre esas

dos instancias la empresa no es, por así decirlo, más que la intermediaria, la procesadora de lo que entró, preparándolo para salir en calidad de mercancía. Por la misma razón es sencillo evaluarla; se asocia a la calidad del producto y al costo de producirlo. Y si algo anda mal en esos aspectos, la empresa se desprende de la ruedecilla o ruedecillas que no sirven.

La sociedad política, el contrato social, es cosa muy distinta. Su "producto" y objeto de acción es ella misma. No existe sino para producirse a sí misma y preservarse como tal. No hay, entonces, otro rasero de medida de la "eficiencia" que tomar en cuenta en siquiera algún grado los intereses y necesidades de todos. Hasta el último gaznápiro puede hacer daño, sabotear de alguna manera. Todos son necesarios y/o peligrosos. ¿Y cómo "despedir" a los ineptos? ¿Cómo sacarse de encima a los que no sirven? No se puede. ¿Qué hacer con los antisociales? No es posible hacerlos desaparecer.

Ese es el gran y eterno secreto de toda sociedad: es preciso administrar un organismo enormemente complejo mediante la cooperación de todos, pero en medio de ese "todos" hay un porcentaje considerable de gente que sencillamente no es de ninguna utilidad y a veces hasta son derechamente perjudiciales. Es preciso "gobernar" rodeado no solo de ciudadanos eficientes y productivos, sino también con tipos perezosos, parásitos, deshonestos, criminales, asociales, desadaptados, idiotas, vandálicos, saboteadores y subversivos. No es posible "despedirlos". Y si acaso no son ni idiotas ni criminales, hay muchos que son insaciables y se creen con derecho a todo, a tomarlo todo. ¡Qué tarea es esta más ajena a un cultor de la eficiencia como Piñera!

De ahí que siempre Piñera aparezca, aun hoy, solo como el mal menor, como el líder por *default*, como a quien debe seguirse y apoyarse *pour faute de mieux*, y no como salvador. Piñera se da cuenta de eso y es muy posible entonces que una parte de su alma quisiera gritarles a todos lo que mi padre le decía a los majaderos: "¡Les suplico me hagan el servicio de irse a la chucha!". Por eso y aunque está primero en las encuestas de candidatos presidenciales lo está a regañadientes. Ya se curó de espanto. Ya sabe dónde el eventual gabinete se va a meter las unidades USB y posiblemente no le interese repetir el experimento.

IMPACIENCIA

...puesto que todos nos creemos dioses, nuestra resistencia ante los obstáculos es casi nula, pero tampoco tenemos paciencia si el obstáculo es simplemente el tiempo que se requiere para que se cumpla nuestro propósito. Después de todo, la condición divina supone una coincidencia instantánea entre el designio y su materialización. Somos entonces intrínsecamente impacientes porque asumimos como debida a Nos esa instantaneidad divina; por eso la más mínima demora concita un sentimiento de frustración que rápidamente deviene en ira y esta, si puede hacerlo, en violencia. Ni siquiera objetos inertes escapan de dicha furia. Un auto que no parte, un lápiz que no escribe, una puerta que no cierra pueden fácilmente desatarla. Hablo con conocimiento de causa; he ya asesinado un computador y un reloj. Mi prontuario es tan largo como el suyo, señora, señor. La impaciencia es universal y nos distinguimos unos de otros solo por el grado en que dicha peste nos posee. Quizás los menos afectados sean los adultos mayores, en especial a quienes les toca vivir durante esos lapsos cuando imperan usos y costumbres que cambian poco y valores que duran mucho. Eso permite aprender cómo lidiar con las condiciones circundantes para lograr lo que se busca y/o aprender por experiencia cuánto habrá que esperar. O sencillamente ya nada nos importa tanto. De ese modo criamos paciencia y nos evitamos muchas frustraciones. La situación opuesta

la viven los jóvenes a quienes les tocan, como ahora en Chile, tiempos de cambio, de "trasformaciones profundas". Siendo jóvenes no han tenido experiencia suficiente de la frustración, no saben manejarla, cómo encarar mejor las circunstancias y además aquellas están cambiando para en teoría ser reemplazadas por otras mejores, por lo cual no hay ni tiempo ni oportunidad para desarrollar la paciencia, sino todo lo contrario; la impaciencia natural a la espera de ese mundo dichoso se eleva al cuadrado y llega un momento cuando la sola existencia de lo que nos rodea, la sola perseverancia de lo que ya existe, su porfía por seguir existiendo, les parece escandalosa. Quieren cambiarlo todo, ahora, de un paraguazo, pero como ese mundo porfiadamente se resiste a cambiar tan fácilmente, entonces...

Los eternos pretendientes a asaltar el Cielo

...y entonces, amados hermanos, sobreviene ese colmo de la impaciencia de quien espera en vano el segundo advenimiento y se experimenta la frustración de la esperanza postergada "hasta nuevo aviso". La juventud es impaciente por naturaleza porque, ya lo dijimos, no tiene la experiencia de la espera: es como el bebé berreando por la mamadera, quien pretende no haya ni un segundo de demora entre su deseo y el acto de mamar. Más aun, en la mente de estos jóvenes se agrega la ilusión de que existe a la vuelta de la esquina un maravilloso estado de cosas donde él, el príncipe, el perla, el nene recién llegado al mundo, verá cumplirse todos sus deseos en un periquete: ingreso gratuito a la universidad, las mejores pegas, acceso irrestricto a la mina más guapa del barrio, más prestigio que Bill Gates o Steve Jobs, protagonismo heroico en una resplandeciente revolución y así sucesivamente. En otras palabras, quieren asaltar el Cielo y entrar en él de golpe, sin pagar entrada.

Nuestro país, hoy, está lleno de esos muchachos y muchachas. Hace poco "no estaban ni ahí", pero hoy se declaran hijos del Che y de Chávez. Descubrieron de un año para el otro que eran "revolucionarios". ¿Qué significa eso? ¿Un programa claro para reconstituir la sociedad? ¿Una teoría del cambio social? ¿Una visión de la historia? ¿Una nueva moral? Nada de eso; lo que los ha capturado no es sino la expresión en glorificado lenguaje político del impulso infantil por huir del tedio y derribar los muros que comienzan a cercarlos por todas partes, las barreras que se oponen a su sentido de la omnipotencia, las realidades que les dicen del modo más brutal que ni son tan encachados como Brad Pitt ni tan inteligentes como Jobs sino, al contrario, ahí no más, comunes y corrientes, alumnos de cuatrito, de cuatrocientos cincuenta o quinientos puntos en la PSU, condenados a "estudiar" carreras rascas, enrielados ya desde los dieciocho años en el carril de la medianía y la oscuridad ciudadana.

Naturalmente y como siempre ocurre, en estas oleadas de impulsividad vociferante y no poco agresiva envueltas en el fulgor del llamado "idealismo juvenil" hay una ínfima minoría que saca provecho; son los que surfean la cresta de la ola y cobran impulso para llegar al final del arco iris donde está la olla repleta de oro. Lo hicieron los nenes bonitos del movimiento y también quienes no llegaron al Congreso —todavía no— pero al menos agarraron apetitosos pitutos en la administración pública. No fue distinto en 1969, cuando otro movimiento juvenil cobró fama y gloria y propulsó la carrera política de hombres como Jerez, Insulza y un montón más que no recordamos.

Nada hay de terrible en eso. No se crea que estoy reprochando nada. ¿Cómo se van a reprochar las leyes dinámicas de las sociedades? ¿Acaso tiene sentido molestarse con la ley de gravedad? Lo que sucedió con estos chiquillos de ayer y de hoy es simplemente otro ejemplo del funcionamiento de un proceso llamado "circulación de las élites", el cual fue estudiado

detalladamente por un sociólogo italiano del siglo XIX, el señor Vilfredo Pareto. Le hablé de esto una vez a Giorgio Jackson y se quedó callado. Le dije: "Eres un poquito más listo que el promedio y entonces normal y sano es que llegues arriba por ese motivo".

Pero volvamos a Pareto. Fue un tipo duro, nada de sensible, uno de esos intelectuales agudos que no hacen la menor concesión a las almas piadosas, tipo ajeno a los discursos políticamente correctos y bueno para las matemáticas. Provisto de ese equipo mental, Pareto intentó descubrir leyes de funcionamiento de la sociedad capaces de ser expresadas con el rigor de una ecuación. Un ejemplo de eso es su formulación acerca de cómo funciona la distribución del ingreso en toda sociedad, la que, con el tiempo, ha resultado probada por todos los datos disponibles a la fecha. Es la siguiente:

$$\mathbf{Log\ N = Log\ A + mLogx}$$

...donde N es el número de gente con alto ingreso mayor que X, y mientras A y M son constantes.

Del mismo modo seco, duro, preciso e implacable Pareto examinó la constitución de las élites y su conclusión no gustó entonces ni gustaría mucho hoy a las almas sensibles; no solo aquellas élites emergen en toda condición, dijo, sino además su existencia es la base de una sociedad sana, la que de lo contrario, sin élite, se hundiría en la inepcia. Y peor aun para los quisquillosos, aseveró que la élite constituye siempre no una minoría que siga más o menos decentemente la forma gradual con que se estrecha una pirámide, sino que manifiesta una estructura mucho más asimétrica y brutal. ¿Con qué se encuentran entonces los candidatos a asaltar el Cielo? Pocos, muy pocos, trasponen la puerta de entrada y se unen a la élite con un cierto sentimiento de incomodidad, pero que se les pasa muy pronto. Los más se quedan fuera y retornan a los lugares donde siempre estuvieron y a la vida que siempre tuvieron. La fantasía termina, del sueño despiertan y al monto de impaciencia anterior se agrega una dosis adicional de molestia con quienes accedieron al Paraíso y no parecen hacer lo suficiente por nosotros, "la masa".

Ya ven lo que sucede con la Vallejo y con Jackson. No bien llegaron al Congreso empezaron los reproches. De la noche a la mañana parecieron demasiado conservadores. Muy pronto, para evadir esas críticas, se vio a Jackson aguzando su retórica. Y así, hoy en día, en lo radical no le gana nadie. Hasta organizó un movimiento de lo más progresista y empujador. Es rehén de sus ardorosos partidarios en un grado mayor al de un diputado común y corriente, de quien a menudo los electores no recuerdan ni el nombre.

Tanto los ingresados a la élite como los que se quedaron afuera se ponen aun más impacientes cada día que pasa al no ver materializado el sueño del pibe. Los que llegaron arriba imaginando que obtendrían de un paraguazo los medios para propulsar los cambios se topan con la sorda resistencia de la inercia, la activa de la oposición, los obstáculos que interponen los celos, la fricción insalvable de la negligencia y la incompetencia, a todo lo cual se agrega el simple y fastidioso hecho de que no todos interpretan los cambios del mismo modo; en cuanto a los que se quedaron fuera, estos deben digerir el rencor que les produce ver a otros llevándose el premio gordo del dinero, el poder y el prestigio, pero además han de ser testigos de que a fin de cuentas nada de lo que pretendían obtener tan velozmente ha sucedido. La realidad, esa vieja puta, una y otra vez se sale con la suya.

¿Saben ustedes de quién o quiénes se reía a gritos el gran filósofo alemán Guillermo Hegel? Se reía de quienes, decía, "pretenden darle lecciones a la historia". Se refería a las almas piadosas repletas de buenas intenciones e "ideales", siempre

indignados por las injusticias y otras cosas terribles e intentando que no sea nunca más de ese modo sino a base de pura buena voluntad. De esos se reía Hegel. No es difícil imaginar de quiénes se reiría ahora, de vivir en Chile.

El candidato de los impacientes ya saben quién es: Marco Enríquez-Ominami, el "MEO"

El modo como habitualmente se menta a este personaje es bastante horrible: "MEO". Menos mal que no se llama Patricio, me señalaba un amigo, porque el apodo sería aun peor. "MEO" pertenece a una categoría política difícil de discriminar porque en él se mezclan muchos rasgos y no todos coherentes. Sin embargo, es eso mismo lo que lo hace muy representativo. Y atractivo; el tipo es locuaz, listo, con buena pinta y seductor en el estilo de un galán de teleserie venezolana. Hace un tiempo su cabello rigurosamente negro y reluciente a punta de brillantina o de aceites naturales lo asemejaba al galán joven de la teleserie; ahora, habiéndose instalado algunas canas tan necesarias para proyectar la aureola de madurez que el ciudadano espera de un candidato a grandes cosas, asemeja también un galán, pero esta vez el maduro, el dinasta del clan, el ricachón algo inescrupuloso y poderoso que se monta a todas las minas, incluyendo la novia del hijo.

Por otro lado, MEO se proyecta como un progresista al doscientos por ciento, manejador absoluto de los lenguajes políticamente hegemónicos relativos a todo tema del momento, sea el conflicto con Bolivia, la causa mapuche, la igualdad de los sexos, las sensibilidades sexuales alternativas, la llegada de los OVNIS, la Constitución, el reglamento del tránsito, la ideología de los nenes, el clamor de los colegiales, etc. De todo está al tanto, para todo tiene una palabra en sintonía y, sobre todo, la tiene con el PROGRESO tal como lo concibe este difuso y confuso sector, esto es, sin concepción filosófica, política o sociológica de ninguna clase porque se limita a ser un sonoro vocablo, una sensación térmica, un grafiti en la pared, una identidad tribal, cualquier cosa menos un pensamiento claro acerca de nada. Eso es lo que lo hace representativo por *default*, porque no hay sensibilidad que no quepa en su agenda.

Esta es entonces la esencia de la imagen política y pública del MEO: es "progresista" de amplio espectro a gusto de todos los consumidores. Elija y exija su MEO. Con eso ya se sabe qué se puede esperar de él, pero al mismo tiempo, dada la amplitud de su registro, no se sabe con qué novedad puede salir mañana. Esto lo acerca a la condición del francotirador que escoge su blanco, el cuándo y el cómo, pero también lo acerca al riflero, lo cual es cosa muy distinta. Como es aún bastante joven agrega a dicho versátil progresismo la pureza o inocencia que se predica y se asume de todo joven aunque solo sea por el hecho de que aún no ha tenido tiempo ni oportunidad para corromperse, aunque luego de saberse su conexión a esa gran tesorería de la república progresista que resultó ser Soquimich y al caso del avión prestado por una amable compañía brasilera, tal vez dicha inocencia se haya quebrantado un tanto. Está por verse si eso hunde definitivamente sus aspiraciones presidenciales. Creo que no sucederá.

Por eso, y a propósito de Soquimich, cuando recién se supo que MEO estaba envuelto en el asunto, yo, Vuestro Servidor, se atrevió a pronosticar que lejos de ser tan perjudicado, MEO se las iba a arreglar hasta para sacarle partido o, al menos, no perder lo que ya tiene, a saber, una cierta posición en el *ranking* de los presidenciables. Desde luego asistió al interrogatorio al que se le sometió acompañado por una barra de partidarios y ya adentro se negó contestar o hablar, lo que hizo amparándose en sus derechos. No me cabe duda de que al momento de estar usted leyendo estas líneas MEO sigue vigente aunque sea en mala.

Pero ¿será ungido candidato por alguien, quizás incluso por la NM? Todo es posible. Si conserva un rating siquiera decente, es posible. ¿Y no es acaso de izquierda? ¿No se escogió en un momento de urgencia a Michelle Bachelet y DOS VECES SEGUIDAS? Después de eso, en verdad todo es posible.

Y finalmente, cerrando el espectáculo, os presento a la Excelentísima Presidenta de la República, Michelle Bachelet

Se corren riesgos haciendo un examen sobre quién es, después de todo, Su Excelencia la Presidenta de la República. Una razón es la majestad de su cargo y otra es que la señora es titular de duraderos rencores. Es, dicha vocación por una perseverante inquina, parte importante y quizás inevitable de su personalidad, pero hurtada a la mirada del público por otro gran rasgo o más bien máscara, a saber, su archiconocida apariencia de afabilidad acogedora, maternal y buena onda.

"Apariencia de afabilidad", digo. He conocido a muchas personas dotadas con la virtud de dicho talante engañoso. Son las suyas estructuras psicológicas conformadas alrededor de un núcleo constituido por la certeza de no estar a la altura del enfrentamiento mente a mente con el prójimo, la sensación de que en ese territorio siempre saldrán perdedores; es la razón por la cual la entera arquitectura temperamental de dichos sujetos suele ser muy defensiva, muy dada a las sospechas —¡no vaya a ser que me estén agarrando para el fideo!— y, por lo mismo, muy rencorosas e inclinadas a la venganza a largo plazo contra quien alguna vez las haya herido y no hayan sabido devolver el golpe en ese mismo momento. Ese mecanismo las lleva a encerrarse en un círculo de hierro de amigos y amigas que han de ser doscientos por ciento fieles, pero aun así la sospecha también recae sobre ellos y cuando sucede se les deja caer como quien tira mierda al río. Pregúntenle a Peñailillo. Son, en suma, personas reservadas, escondidas de por vida en un rígido búnker y, por tanto, carentes de flexibilidad, gente "de su idea", increíblemente porfiadas, decididas a nunca ofrecer de blanco ni un centímetro cuadrado de sus egos. La particularidad de doña Bachelet es que por razones de azar genético tiene al mismo tiempo un rostro y expresión que proyecta todo lo contrario, pero POR ESO MISMO le ha servido admirablemente para esconderse aún mejor.

Una de las cosas que ha escondido por largo tiempo aun a sus aliados de coalición —aunque algunos ya se están dando la palmada— y a muchos de sus seguidores es que lejos de ser la madre acogedora, amplia de criterio, moderada y componedora, es, al contrario, un caso químicamente puro de beatería izquierdista de la variedad más recia y obstinada. Hija de militar, dicho ambiente y lo sucedido a su padre sin duda la marcaron para siempre. No menos y quizás más lo hizo su adolescencia, juventud y experiencias en la RDA.

Otro rasgo o particularidad que —creemos— la presidenta ha mantenido en reserva es que, en su fuero político interno, lo sepa ella misma o no, lo reconozca o no, en sentimiento y pensamiento ella es feligrés del credo comunista. No por nada su estrecha cercanía y coincidencia con el PC cada vez que se discuten los puntos de su programa. Si se presenta y ha presentado al mundo como socialista es porque esa variante más laxa del credo marxista tiene mucho mejor marketing. Haber hecho pública su verdadera fe habría puesto obstáculos al desarrollo de una carrera política. Además y al mismo tiempo, dado el talento de Su Excelencia para evadirse de todo lo que pueda serle dañino, probable es que no tenga conciencia de cuán postiza es su militancia socialista. Hay además consideraciones prácticas: ¿hubiera sido candidata de la Concertación de profesar abiertamente su auténtico credo? Ser socialista es siempre menos amenazante. Para bien o para mal los socialistas tienen fama

de ser menos dogmáticos, más elásticos, más componedores, buenos para los asados, casi sin doctrina propiamente tal y por tanto bastante más inocuos, casi inofensivos.

Pero si nos equivocamos y doña Michelle no es o no se siente comunista, al menos cabe calificarla de socialista dura. Entiéndase la palabra "dureza" en el contexto político nacional y NO como el equivalente a una fe inquebrantable en doctrinas presuntamente científicas; entiéndase que esa dureza no tiene nada que ver con la solidez racional de los axiomas de la geometría euclidiana; entiéndasela como equivalente a la porfía con que un pesado mueble de cocina es difícil de mover y sacar; entiéndasela como la inflexibilidad de propósitos con que se obstina quien ya no sabe realmente por qué y para qué hace lo que hace.

Pero, como sea que entiendan su porfía, es debido a ella que no le vengan a la señora presidenta con reciclajes. De temperamento obstinado, sigue creyendo —porque de seguro lo creía ya en su primer mandato, pero también supo ocultarlo— en la perversidad esencial del actual sistema económico, político y cultural que aún subsiste en Chile. Sigue creyendo, aunque jamás lo reconocería en público, en alguna difusa, vaga e indescriptible versión del socialismo. Cree en el Estado y su único hijo, el control donde y hasta donde se pueda. Cree en el verticalismo, en las órdenes desde arriba, en los círculos cerrados de compinches leales —pero a los cuales, ya lo dijimos, deja caer sin previo aviso en el viejo y tradicional estilo con que caían los favoritos del Sultán— y en desconfiar visceralmente del mundo masculino de su propio sector, en el cual, para ser francos, aun hoy no se la toma muy en serio, lo cual es un grave error porque ella se dio y se da cuenta de ese menosprecio. Y cree en lo que le susurró y quizás aún le susurra en las orejas el ideólogo oficial del régimen, un jurisconsulto de talante muy serio que por un tiempo se hizo de fervientes acólitos en la universidad, a quienes servía, como *delicatessen*, refritos del marxismo de los años veinte y treinta del pasado siglo.

En resumen, la señora pertenece a la categoría de los beatos rutinarios que ya examinamos. En subsidio del entusiasmo o del fervor, hay en ella un sentimiento de obstinación disfrazado tras una sonrisa encantadora con la cual ha estado proyectándole a la gente una imagen de "calor humano" que es mas bien un artefacto, un magnífico truco que descubrió ya de cabra chica, un excelente modo de ganarse a los demás aun antes de haber ni dicho ni hecho nada.

EL TSUNAMI

Si los lectores me solicitaran una metáfora para representar unitariamente, como síntesis, todo lo que hemos descrito en este libro —y que por supuesto dista de representar TODO lo que sucede en el país— posiblemente escogería la imagen de un tsunami, quizás de aquel que devastó las costas del Pacífico Oriental hace unos años atrás. Por eso es el título del libro. La escogí porque un tsunami es un fenómeno muy poderoso, porque no se lo puede detener, porque su masa arrastra toda clase de objetos y escombros, valiosos o no, porque su impacto es devastador y porque esa devastación es indiferente a lo que devasta, sea una costa poblada por miserables villorrios o lujosos y modernos *resorts*.

Un tsunami representa bien la mecánica con que operan los períodos de conflicto, demolición y cambios que se presentan cíclica e inevitablemente en todo tiempo y lugar donde viva y haya vivido la humanidad. Como lo dije ya en el primer párrafo de este libro, épocas como estas, cualquiera sea el nombre con que se prefiera bautizarlas —período de reformas, transformaciones profundas, proceso de independencia, liberación nacional, etc.— le acontecen periódicamente a todas las sociedades. Es más, puede decirse que las oleadas de conflicto y demolición sociales son más cíclicas y regulares en su ocurrencia que los tsunami, los cuales se producen tarde o temprano

frente a cualquier costa, pero son mucho más intermitentes e imprevisibles. Una oleada de siquiera serios conflictos y a veces hasta revolucionaria se anuncia, en cambio, con toda clase de señales y suele desencadenarse más o menos cada veinticinco años, es decir, una vez por generación o generación y media.

Hay una diferencia importante a considerar si se pretende ser ecuánime: el tsunami es puramente destructivo, mientras que de una oleada social pueden esperarse demoliciones, pero también siquiera potencialmente algunos beneficios. Al menos algo de lo destruido era perjudicial, al menos algo era obstáculo para un ulterior progreso. ¿Cuánto? ¿Cuál es la relación costo-beneficio? Esa es la esencia, el meollo de cualquier evaluación. Es evidente que para los "revolucionarios" el resultado siempre es positivo y todo costo es necesario y aceptable, mientras que para los conservadores es exactamente lo contrario. Es obvio también que muy a menudo es posible rescatar un beneficio de casi cualquier situación y entonces justificar o aceptar un desastre con la frase "no hay mal que por bien no venga", pero aun así queda en pie la duda de si no había OTRAS opciones para obtener ese Bien sin pagar un costo tan alto.

El ejercicio de revisión a *posteriori* ha sido hecho para el caso de varias revoluciones —o "tsunamis"— pero no ha habido ni puede haber ninguna conclusión definitiva. Los "qué hubiera pasado SI...", llamados "contrafactuales", son por definición totalmente especulativos. Hay, sin embargo, casos en que el curso de los acontecimientos es tan obviamente desastroso que por *default* cualquier alternativa hubiera sido mejor. De no haber existido Hitler no habría existido el nazismo y todo lo asociado con ese movimiento político, guerra incluida. En otros casos es muy difícil hacer una comparación, o hasta imposible. Tanto la Rusia zarista como la Francia de Luis XVI estaban viviendo un proceso de modernización ANTES que estallaran las respectivas revoluciones, pero ¿en qué sentido las cosas hubieran ido mejor para esas naciones de evitarse aquellas? Rusia se habría ahorrado los millones de muertos, sufrimiento y opresión que entrañó el comunismo, en especial en los años de Stalin, pero tal vez —¡tal vez!— un régimen más normal, menos brutal y despiadado no hubiera sido capaz de resistir la máquina de guerra alemana y tal vez —¡otro tal vez!— una derrota rusa y la ocupación del territorio por el nazismo hubiera traído aun más sufrimientos. ¿Cómo saberlo? El caso de Francia es también difícil de evaluar pese a que podemos imaginar como alternativa una Francia gobernada, como el Reino Unido, por un monarca constitucional y evitando los horrores del terror revolucionario y la mortandad de las guerras de Napoleón, criatura de la revolución.

Regresemos a Chile. El tsunami ha producido malos resultados o ningún resultado o solo resultados ambiguos. Con y durante el gobierno de la NM la situación del país ha empeorado o se ha dejado que empeore. Ha empeorado el conflicto iniciado, desarrollado, promovido y protagonizado por la CAM en el sur del país y en el mismo lapso y por similares mecánicas se ha ampliado e intensificado el clima de impunidad que sirve de abono a la delincuencia. Ha empeorado el panorama económico porque se ha entorpecido o derechamente perjudicado el crecimiento. Se han generado brutales cambios en la institucionalidad educativa a un costo enorme y sin que haya ninguna claridad acerca de los resultados. Se ha deteriorado perceptiblemente el manejo y el costo del aparato estatal, lleno a repletar de aun más funcionarios, muchos de ellos, incluso en los niveles altos, de escasa o ninguna competencia. Se ha permitido, alentado o se ha sido tolerante con el desarrollo en todo orden de cosas de una pérdida de legitimidad de la autoridad, la majestad de la ley, la disciplina laboral y estudiantil, el respeto a los más básicos lineamientos del orden social. Por donde se lo mire este no es un buen cuadro. Y es porque todo eso ha ocurrido y sigue ocurriendo que se escribió este libro. Por eso y no porque todo vaya estupendo es que las encuestas

reflejan, según el momento, entre dos tercios y tres cuartos de rechazo al gobierno y sus planes, incluso a la señora presidenta, su más valiosa posesión.

Si a alguien le parecen duras, exageradas o mala leche mis palabras, le sugiero que lea u oiga lo que escriben o dicen profesionales del área de la economía. Es el caso, por ejemplo, de Arturo Cifuentes, director académico del Centro de Regulación y Estabilidad Macrofinanciera (CREM) de la Universidad de Chile, quien tiene suficiente prestancia y prestigio académico como para haber sido invitado a declarar dos veces por el Senado norteamericano en su calidad de experto en finanzas cuando se produjo la crisis del 2009.

En una entrevista que le hizo Olga Bustamante, para *Pulso*, en febrero del 2016, resumió con esta imagen el efecto de las políticas del actual gobierno. Citando la *Divina comedia*, dijo: "*En medio del camino al desarrollo, Chile se extravió por selva oscura*". Y luego y sin más citas literarias aseveró que Chile "*se jodió por los próximos diez años. Puede que algo se arregle, pero lo que pasó con este gobierno es extraordinariamente grave...*".

¿Y qué razón dio para ese extravío? Lo dijo así:

> *Aquí llegó un gobierno de gente muy mediocre en puestos clave y muy mal preparada, con cosas muy improvisadas y que trató de hacer muchas reformas al mismo tiempo y eran todas malas [...]. La reforma laboral es mala, la educacional es mala, la tributaria es mala y la idea de cambiar la Constitución también es mala. [...] todas las reformas que este gobierno ha impulsado, junto con ser malas conceptualmente, han estado mal implementadas, lo que le agrega una dimensión extra al tema.*

Ahí tienen, en un párrafo, resumido este libro...

Llega el momento de las confesiones personales. He escrito este libro sin el más mínimo placer. Si alguien cree que he disfrutado en la confección de los retratos de algunas personalidades, se equivoca. Si alguien supone que gozo con los desastres y torpezas de esta administración, vuelve a equivocarse. Me inunda el hastío, irritación y a menudo hasta rabia cuando los innumerables signos de lo que este gobierno es, lo que hace y lo que provoca me invaden apenas he abierto el diario o salido a la calle. Y una y otra vez se me viene a la memoria una imagen que vi en una novela de ciencia ficción, hace muchos años, *Sirio* de Olaf Stapledon. Es una escena donde se habla de las limitaciones de la raza humana para progresar más allá de cierto punto fijo y se pone como ejemplo un insecto que está en el fondo de una tina de baño e intenta salir de ella trepando por un costado, pero siempre e infaliblemente solo llega hasta cierta altura y desde ella se cae y regresa bruscamente al fondo de la bañera.

Siento que esa triste metáfora se aplica a la perfección al caso de Chile. Cada vez que hemos empezado a escapar de la pobreza, basta que alcancemos cierto punto de la trayectoria que nos llevará al desarrollo para que nos vayamos de espalda y retrocedamos hasta la casilla inicial. Nos sucedió luego de la Guerra del Pacífico. Nos sucedió con la riqueza del salitre, en gran parte despilfarrada. Nos sucede ahora luego de que, al fin, parecíamos estar definitivamente enrielados en la vía correcta; al borde estábamos de llegar a ese umbral y entonces tenía que reaparecer, como una maldición inescapable, la tribu de las izquierdas, de los rezongones, los demoledores, los rencorosos, los ingenuos, los enrabiados, los "idealistas", los perdedores, los mediocres y los chantas en sus muchas variedades, transversalmente de acuerdo en echarlo todo abajo con el pretexto de la revolución, la justicia social, la equidad, la cancha emparejada, etc.

¿Hay algo en el alma nacional que nos impide ser ganadores? ¿Se disparan ciertos mecanismos automáticos cada vez que nos asomamos al éxito, al primer lugar, al *top one*, siquiera al top veinte? Parece que es mucho más cómodo el fracaso.

Parece más cómoda la mediocridad. Es, este, un territorio que entendemos bien y al que pertenecemos.

¿Cuál será el resultado? El señor Cifuentes, al que citamos unos párrafos atrás, lo dice brutalmente: al menos diez años perdidos. ¡Diez años!

Diez años con suerte. El cálculo de Cifuentes es que a la NM la sustituirá un régimen populista aun peor y solo después de aquel alguien tendrá que recoger los pedazos, pero es un cálculo optimista: este tipo de regímenes se afirman mucho más tiempo en el poder, como bien lo ha revelado el caso venezolano. Habrá quizás que esperar aun más para que llegue el populismo y entonces esperar por otro lapso para que maduren las ruinas del populismo y luego aun otro para que llegue la crisis purificadora.

Santiago, octubre 2015 - mayo 2016